



Jesús Fernández Santos

Laberintos

Lectulandia

Un grupo de amigos y conocidos, jóvenes pintores o gente relacionada con la pintura, se reúne en Segovia durante la Semana Santa. Son días de vaciedad provinciana, incrementada por el recogimiento de la pequeña población con ocasión de las fiestas religiosas.

Las contradicciones y conflictos que cuadriculan la vida de los personajes se ponen de relieve con especial crudeza: la delgadez de la vida moral a través la crisis de una pareja, los mecanismos vergonzosos del mercado del talento o la connivencia de algunos de los presentes con la cultura franquista oficial de la época.

Laberintos, que en cierto modo es lo que en Italia se denominó una «novela sectorial», muestra las constantes, a menudo disimuladas, que revelan la mezquindad del mundo artístico.

Lectulandia

Jesús Fernández Santos

Laberintos

ePub r1.0

Titivillus 16.04.15

Título original: *Laberintos*
Jesús Fernández Santos, 1964

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Se despertó súbitamente. La vigilia del día anterior le había rendido. El sueño no fue largo, a juzgar por la hora, pero el paisaje más allá del cristal era ya distinto.

Julio, frente a él, comentó:

—Te dormiste...

—Un poco.

Pensó que era tonto justificarse. Miró los pinos que el tren dejaba atrás, los bosques divididos por el talud de la vía, procurando olvidar la noche anterior, las horas que aún pesaban en su cuerpo.

Monte bajo, más bosques de retamas y el río en zigzag, bajando en relámpagos de luz, desde la sierra. El tirón de la máquina no había sacado a Celia del sueño. Dormía, casi tranquila, con la cabeza apoyada en el abrigo, sobre el quicio de la ventanilla. El resplandor de fuera, interrumpido a veces por la sombra súbita de un puente, tejía sobre el rostro laberintos de luces, descubriendo bajo los ojos, dos prolongadas y oscuras huellas. Su rostro, los pómulos hirientes, la piel tirante, aquel profundo sueño que ni la voz de Julio ni la marcha del tren conseguían romper, le hacían consciente de su propio cansancio, trayendo a la memoria las pesadas imágenes de la madrugada.

Además, Julio preguntó:

—¿Qué tal anoche? ¿Os divertisteis?

—No estuvo mal.

—¿Quién había?

Dudó antes de responder:

—Los de siempre.

—¿Pintores?

—Los de siempre... Amigos de Pablo...

—¿Hasta qué hora estuvisteis?

—Hasta eso de las cinco. Luego, cuando amaneció, nos fuimos a tomar unos churros. Dijeron que bajarían esta tarde a la estación, pero se ve que se durmieron. — Miró los pinos sobre los que comenzaba a oscurecer, murmurando:

—Era una tontería, desde luego...

Intentaba dar a su relato un tono trivial, pero no debió conseguirlo, a juzgar por la expresión de Julio.

—Estaría Fornell...

—Por allí andaba con un sueco que creo que pinta.

—Y Pablo, claro...

Le miró intentando conocer su intención.

—¿Cómo no iba a estar?

—A veces hace esos números de marcharse a dormir en pleno folklore.

—Pues ayer aguantó hasta el final.

—Habría bebido.

—¡Todos estábamos buenos! —respondió maldiciendo su dolor de cabeza.

—¿Y de ninfas? ¿Qué tal?

—Tres o cuatro, pero aguantaron poco. Se marcharon a eso de las doce.

—Siento no haber estado allí.

—Yo lo que siento es haber ido.

Al recordar la hora del alba, sin vino, sin café, sin cigarrillos, con el resplandor de la mañana alumbrando los rostros vacíos, viendo a Celia dormida enfrente, pensando en sí, deseó dormir, olvidar la noche, los amigos, el estudio de Pablo con su carga de música, de tedio y de deseo.

El vaivén del vagón le adormecía. Bostezó, preguntando:

—¿Falta mucho?

Julio consultó su reloj.

—Como una hora.

Paseó la mirada por el centro del vagón, largo y de un solo hueco como los de las líneas que llevan a la sierra. Veraneantes prematuros, camino de pequeñas estaciones, un cura rodeado de muchachos, charlando de conferencias cuaresmales, parejas con equipo de montaña y vecinos de pueblos cercanos. Ahora, el tiempo y las paradas los iban mermando. Todos, como ellos tres, como los autos cuyas luces comenzaban a brillar paralelas al tren, huían del tedio, de Madrid, hasta el domingo de Resurrección, por toda la Semana Santa.

Por su gusto, por su malestar de aquel instante, no hubiera salido aquel año, pero el viaje se hallaba concertado de antemano, sin pensar en la fiesta de Pablo Además, Julio había insistido toda la mañana, sin dejarles apenas dormir, asegurando que de no quedar con ellos hubiera buscado otro modo de matar aquellos días.

Tanto daba. En caso de aburrirse demasiado, con otras dos horas estaban de vuelta. Siempre quedaba la esperanza de una paz con Celia, aunque un hotel de provincia, con Julio a los talones, no fuera el mejor lugar para ello.

Pero no era una provincia, una ciudad cualquiera. Era pequeña, mas para él representaba la niñez, la libertad, la guerra. Años y tiempos en que era inútil recordar pero que siempre fueron un mínimo refugio en las malas épocas. Siempre deseó aquel breve viaje y por su misma cercanía, Celia, hasta ahora, se negaba.

La oscuridad iba borrando ya los montes que pensó reconocer, la verja blanca de la colonia donde con el hermano, con los demás veraneantes vio llegar a los primeros soldados, el perfil de la ciudad donde, tras los primeros meses, fueron llevados todos, y que ya, poco a poco, debía perfilarse al final de la vía, en las tinieblas.

Celia y la noche habían borrado súbitamente toda aquella esperanza. En aquel instante su único deseo era poder estar con ella a solas en cualquier lugar, en cualquier parte, lejos de casa, de lo que él mismo y Celia llamaban su casa, pero que no lo era. Poder hablar, reñir si era necesario, echarla en cara su amargura, lejos de la madre y del hermano.

Cuando el amor vacilaba entre los dos, añoraba sobre todo un cuarto, un piso, un rincón que realmente le perteneciera, donde el silencio no acabara agriando hasta los más nimios incidentes.

Celia dormía aún. Viéndola así, siempre se preguntaba qué andaría soñando, si aquella facilidad para inhibirse le daría su tranquilo estar ante la gente, ante su propia familia.

La voz de Julio le sorprendió mirándola.

—¡Cómo se nota ya la primavera!

Hizo un gesto de duda. Podía ser de primavera aquella brisa leve con aroma de jara, o de otoño, o de verano fresco, o de invierno templado. También era posible que Julio tuviera razón y solo su modo de hablar le molestara.

El camino invisible se estrechaba en ocasiones, llenando el vagón de resonancias, haciendo reconocer por el estruendo los túneles, los puentes, las pequeñas estaciones de aldeas cuya presencia revelaba un lejano destello.

De nuevo, Julio preguntaba:

—¿Sabes si vienen los pintores?

—¿Quiénes? ¿Los abstractos?

—Pablo y comparsa.

—Creo que no. —Concretaba en la respuesta todo su deseo—. Ahora tienen mucho trabajo.

—Ya supongo, pero no será tanto. Además, a la velocidad que pintan ya les pueden echar encargos.

Hizo un silencio, continuando en tono melancólico:

—¡Pensar que hace un par de años vivían de milagro, y en quince meses hubo quien ingresó en el banco más de millón y medio!

—¡Mucho dinero es ese!

—Los que no tienen coche, compraron pisos de seiscientas mil. Calcula...

La amistad de Julio con Fornell arrancaba de cierto verano en la Universidad de Santander. En los cursos de arte, durante un coloquio de pintura, Julio había afirmado que *La Carga de los Mamelucos en la Puerta del Sol*, cabeza abajo, era un cuadro abstracto. Un oyente le había insultado, poniendo a su favor automáticamente a Fornell y a sus amigos. Desde entonces escribía las notas de casi todos sus catálogos. Sin embargo los años difíciles comenzaban a ser olvidados. La repentina fortuna de todos los distanciaba desde que los marchantes extranjeros compraban cuanto aquí les recomendaban sus agentes.

Llegaban en primavera, y tal prisa se daban en acaparar obra que los pintores debían encerrarse otra vez para atender los nuevos encargos que fatalmente llovían en otoño. Una ardua carrera contra el arte y el tiempo cubría los veranos, como si cada cual temiera que aquella racha feliz e inesperada pudiera cesar súbitamente.

Julio había descrito a Pedro, en cierta ocasión, un sorteo de cuadros en el estudio de Fornell, entre un marchante suizo y un norteamericano que no lograron ponerse de

acuerdo. Fornell lanzaba una moneda al aire y el que acertaba, elegía. Se lo recordó ahora, concluyendo:

—No te digo más que quedó el estudio limpio. Lo vendió todo.

—A ellos, con el cambio les saldría por nada. Pero Pedro no le escuchaba, proseguía:

—Dibujos, litografías, guaches... No le quedó ni un papel presentable. Yo creo que no les vendió los de la época surrealista, por vergüenza.

—¿Pero ya no lo es?

El gesto impaciente, un poco compasivo, de Julio hizo a Pedro excusarse en tono de broma.

—Ahora hace una cosa al estilo de Kline, pero muy en español, con más fuerza. ¿Cómo te diría yo? Más primario...

La voz de Celia llegó aún entre sueños:

—¡A ver si cambiáis de tema, por favor!

La charla de Julio debía haberla despertado. Este, en tono paciente, explicó:

—Hablabamos de Fornell.

—Ya os vengo oyendo desde hace un buen rato.

—¿Y qué te parece?

—¿Quién? ¿Fornell a mí? Ese no es más que un... Cortó Pedro, señalando con la mirada a los pocos viajeros que aún quedaban:

—Oye, Celia... Luego nos lo explicas.

Por costumbre, había dado un tono de humor a sus palabras. El modo brusco con que ella solía expresar su opinión sobre los demás, era un juego que, ya de novios, causaba regocijo entre los amigos. En un principio, él mismo se lo había cultivado, pero ahora, al cabo de los años, le aburría. Se preguntó si, como aquellos juegos, la vida entre los dos, habría cambiado tanto y para quién habría de ser más doloroso el final que ya se avecinaba. Pensó que para el más débil, para él por lo tanto, en razón de su miedo, aunque Celia también llevara una gran fe, una gran ilusión, al matrimonio. Desde entonces, desde aquellos días, aquella ilusión común, su común esperanza había quedado pendiente entre ambos, como flotando en el vacío. A ese mundo real e intangible a la vez, como un campo de niebla, llegaban de fuera voces, rostros amigos o indiferentes, que en su afán de ayudarles a encontrarse, les arrastraban a menudo, por caminos baldíos. Cada error suponía un paso atrás. En cierto modo aquel viaje lo era: una droga benigna, un remedio colmado de recuerdos familiares, de jomadas cercanas a su mejor edad: la infancia.

Pensando en ella, fue entornando los ojos, fingiendo un sueño que no sentía, bajo la luz agria del vagón, en el silencio que el convoy llenaba con monótono paso.

2

Por aquellos días, el tío era famoso. No una gran fama, pero sí su nombre conocido a través de revistas ilustradas y media docena de novelas. En pleno auge económico que a poco comenzaría a declinar y la guerra ahogaría por completo, decidió poner casa. Alquiló un ático y él mismo diseñó los muebles, con especial interés por la mesa de trabajo, que como un mostrador iba de muro a muro, cubriendo todo un rincón. Tras ella, estanterías para libros, con el Espasa, la viva mancha de los Episodios Nacionales y un montón de biografías encuadernadas. Los libros que el tío había escrito, siempre estuvieron vedados para Pedro. Ni él, ni su hermano, tenían permiso para abrir la vitrina en que su padre los guardaba y aunque infaliblemente, crecían en un tomo cada año, continuaron inaccesibles durante mucho tiempo.

La prohibición fue creando en torno a su figura, un halo misterioso que cierto día dejó de serlo para Pedro. Sucedió a principios de junio recién inaugurado el piso. Como de costumbre, antes del veraneo, fueron a visitarle con la madre. Él les atendía cariñoso, interesándose por las notas, los aprobados, los suspensos, pero al final, como siempre, se aburría y acababa charlando a solas con su hermana.

El bochorno había llevado aquella tarde la tertulia a la terraza.

El resplandor de la calle arrancaba destellos rojos y dorados en la pared cubierta de libros. A Pedro le recordaban una foto del tío que guardaba la madre, sentado tras la mesa, con aire pensativo. Descansando la cabeza en la mano derecha que adornaba un grueso anillo, con aquella muralla de volúmenes sirviéndole de fondo, parecía más alto, más imponente. El padre achacaba a su poca estatura, su afán por sentar en seguida a las visitas.

—A esta altura —comentaba—, todos somos iguales.

La madre, como de costumbre, cada vez que uno de los dos hablaba mal del otro, salía en su defensa:

—¡Como si los hombres se midieran por la estatura!

—¿Y quién habla de hombres? Yo hablo de visitas femeninas.

Un gesto aludiendo a la presencia de Pedro, le había hecho enmudecer como siempre, y sus palabras pasaron, como otras muchas alusiones, a incrementar la desconocida personalidad del tío.

La luz de la sala había borrado súbitamente la penumbra.

—¿Qué haces? —preguntó Pedro a su hermano, con la mano aún en el interruptor.

—Me lo mandó mamá. Me dijo que encendiera. Ahora, los ojos, acostumbrados a las tinieblas, le dolían.

—¿Te habías dormido, de verdad? —Y viendo que no contestaba—: Porque ya nos vamos. Por eso te lo digo...

La luz del techo devolvía a los libros su apariencia normal, como tantos, como los que llenaban el despacho del padre. Ello le animó a levantarse para verlos de *cerca*, a

pesar del hermano.

—No andes con ellos —le previno, adivinando su intención—. Si te ve mamá, te la ganas...

—Tú mira si viene.

Pero el hermano también se hallaba interesado en la aventura y no se movió.

—Bueno, por lo menos, si se abre la puerta, haces una señal, toses un poco.

El primer volumen era una geografía. Un poco vieja, distinta de las que usaban en el colegio, con multitud de dibujos, con paisajes, razas y animales. Al principio, sus páginas que olían a moho, consiguieron retener su atención, pero poco a poco comenzaron a aburrirles. No llegaron a abrir el segundo, abandonando el estante, decepcionados.

—No hay nada.

Al decirlo, no sabían a ciencia cierta qué pensaban hallar.

—Bueno, déjalo ya.

—Espera un poco.

Pedro se había deslizado tras la mesa. Acababa de descubrir en el sitio de honor, bajo un gran retrato del tío, todos sus libros. Allí estaban, al alcance de la mano, sin llave ni cristal, encuadernados en piel azul, con letras de oro.

—Bueno, yo me voy —advertía el pequeño.

Sacó uno al azar, hojeándolo apresuradamente, sin apenas enterarse de lo que leía. Nuevo desengaño. Aquellas páginas inútiles no compensaban de tanto riesgo. Solo cuando descubrió, dentro de la misma mesa en un pequeño anaquel, en lugar visible solo desde aquel lado, una abultada carpeta sin rótulos, ni título, adivinó que andaba por camino seguro. Al abrirla, quedó sobrecogido. Ni una palabra en ella, tan solo, pegadas en grandes folios de papel gris, fotos de distintos tamaños, todas parecidas. A medida que pasaba aquellas páginas cubiertas de retratos, algunos dedicados, como los de la sala, otros, simplemente, recortes de revistas, un sentimiento de culpa surgía en su interior. Sin darse cuenta había enrojecido. Cerró el álbum de golpe, a su pesar. Lo estaba colocando en su sitio, cuando la puerta de la terraza se abrió, sin que el hermano avisase.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó la madre. No supo qué responder. Aún pensaba en las fotos—. ¿Qué hacías? —insistió.

—¿Qué van a hacer? —intervino el tío, en tono mediador—. Entretenerse.

La madre había lanzado en torno una mirada que debió tranquilizarla, porque, despidiéndose, empujó hacia la salida a los chicos. La postrer mirada del tío, en la puerta, dejó a Pedro en la duda de si habría adivinado lo ocurrido. Algo debió sospechar, porque cuando algún tiempo después, volvieron de visita, la carpeta no estaba en su lugar. Por más que la buscó, no pudo hallarla.

En los aburridos días del verano, vino a su memoria muchas veces, aquel hallazgo extraordinario que aclaraba vagamente la personalidad del tío. Con el padre en Madrid, la madre dejaba a los chicos en libertad completa. Pero, incapaz de seguir los

juegos del hermano y sin chicos mayores, de su edad, vagaba entre los pinos por cálidos declives cubiertos de retamas, espionando de lejos el paso de los trenes, el humo que surgía de los montes. El horizonte le atraía sobre todas las cosas. En su lejano perfil, imaginaba fantásticas figuras que huían barridas por la brisa, faunas, paisajes cambiantes que solo a él pertenecían, que sus ojos gustaban de seguir, minuto tras minuto, largo tiempo. La casa, los pinos, la madre, el mundo en rededor, le parecía luego seco, hostil, vacío, y solo a oscuras, en la cama, tras la rápida cena, su espíritu se volvía a animar con el rumor del viento azotando los pinos lejanos, allá junto a la sierra.

Al pequeño, en cambio, aquella hilera de montañas no le hablaba, nada le decía. Siempre acababa amenazando.

—Anda, cierra la ventana.

—Espera un poco.

—Es que hace frío. Además, va a entrar alguien.

—¿Tienes miedo?

—Si no cierras se lo digo a mamá.

—¿Qué le vas a decir?

—Lo de las fotos. Ya estás pensando en ellas.

Era verdad, y además, el otro, decidido, se levantaba de la cama. Era preciso claudicar, entornar las maderas, y a poco, en el silencio del cuarto, llegaba el sueño.

En aquel tiempo de tedio, de continuo deseo, otra gran ilusión era la lluvia, verla caer en ráfagas velando las cimas o sentir su rumor junto a la puerta del hotel, batiendo las hojas del castaño. Cambiaba la luz, el color de las cosas, parecía traer la línea de los montes al alcance de la mano.

Un sábado de lluvia vino el padre de Madrid a la colonia como todas las semanas, y al día siguiente hubo excursión a la pequeña ciudad. Del viaje, de la visita le quedó la imagen de la silenciosa catedral con sus naves vacías donde los pasos retumbaban ante altares cerrados, apenas entrevistos. En lo alto, ráfagas de luz rompían las tinieblas a través de abigarradas vidrieras y fuera, la dorada torre ceñida por el vuelo de millares de grajos, parecía orientar el curso de las nubes. De vuelta a la colonia, pudo seguir mirándola largo tiempo desde el tren y contemplar cómo su oscura silueta se iba fundiendo en la ciudad, en la llanura.

Ahora, en cambio, la catedral aparecía repleta de turistas. Se llamaban bajo las altas bóvedas, procurando no quedar rezagados, apretándose en torno a la voz del guía. La visita acababa en el tesoro, con un rápido viaje a la sacristía. Escudriñaban los rincones, los rótulos al pie de los cuadros, como intentando sacar mayor provecho a su billete, impresionando fotografías a hurtadillas, por el dulce placer de lo prohibido.

Pedro, viéndolos, se preguntaba qué idea llevarían, tras aquella fugaz visita, camino de Madrid. Le había sorprendido la mañana deambulando también por las naves, tras los vagos recuerdos de la infancia que a pesar de su voluntad, quedaban fuera, en el gran patio enlosado, al pie de la maciza torre. Celia dormía aún en el hotel. Quizás ella tuviera razón y todas las catedrales fueran parecidas.

Un nuevo grupo le obligó a apartarse. Salió al sol de la plaza que comenzaba a caldear las mesitas recién colocadas ante los bares. Andaba calculando cómo matar el mediodía, cuando descubrió a Daniel.

—¿Qué haces tú aquí?

Aún sin reconocerle, sintiéndole llegar, había alzado la cabeza.

—¡Hombre, así, a contraluz, no te veía! —respondió al fin, tras una leve duda—. Anda, siéntate —colocó una silla a su lado, comentando, divertido—:...Y con esta van...

—Yo creo que tres veces...

—Tres o cuatro por lo menos.

Que Pedro recordara, se había encontrado con Daniel, aparte de Madrid, donde algún sábado pasaba por el café a buscarlo, una vez en París y otra en el tren, camino de Sevilla. En esta ocasión la sorpresa era menor porque ya Julio había contado la semana anterior que pensaba matar de modo parecido aquellos días.

—¿En qué pensión estás?

—En ninguna. En casa de un amigo. ¿Y vosotros? Porque habrás venido con Celia, me figuro.

Le dijo el nombre del hotel, en dirección a la calle principal.

—¿Hacia qué parte? ¿Es el Hostal?

—No, hombre, no... Es un hotel modesto. ¿Por quién nos tomas?

—¡Ah, vete a saber! —Y en tono más serio, preguntó—: ¿Qué haces?

—De momento, nada.

—¿Nada de nada? ¿Ni proyectos?

—Poca cosa.

Le molestó su propio tono. No había tanta razón para justificarse. Tampoco Daniel tenía ocupación concreta, ni sueldo fijo, ni empleo alguno, pero el hecho de que tuviera que ganarse la vida, a él, perenne hijo de familia, siempre le cohibía un poco, le colocaba en incómoda postura. En el vago límite del final de carrera, entre la

tesis y la oposición, Daniel vivía de dar clases, con las pequeñas ayudas que a veces la familia le enviaba. Gracias a ello, hacía aquellos viajes que daban lugar a encuentros imprevistos y compraba más libros que ninguno, llenando con ellos muros y rincones de su modesta habitación en la calle Torrijos. Tenía mérito haber reunido tantos, sobre todo porque, a veces, los prestaba.

—¿Y quién es ese amigo misterioso?

—¿El de la casa donde estoy?

—Ese mismo.

—Le puedes conocer si quieres. Va a venir dentro de un rato.

—Depende de lo que dure el rato.

—¿Tienes prisa? ¿Adónde vas ahora?

—Es que me estoy helando.

—¿Tienes frío aquí?

Él debía estar bien. Pasaba a cuerpo verano e invierno, y pensando en el invierno, en la última vez que coincidieron, preguntó:

—¿Qué tal la oposición?

—Nada que hacer.

—¿Te cepillaron?

—No llegué a presentarme.

—¿Y ahora?...

Daniel rio, porque siempre que se encontraban, surgían preguntas parecidas. Hizo un rápido cálculo antes de responder:

—Me parece que no me va a quedar más remedio que intentarlo otra vez, pero con pocas esperanzas.

—No las convocarán ahora...

—Allá para octubre o noviembre. Cuanto más tarde, mejor. ¡Total, para irme a Soria!...

—¿No puedes poner un suplente?

—Eso hacen todos, pero no creas que una cátedra se la dan así a cualquiera. Están copados todos. Depende de quien tenga el Ministerio.

Y como si el tema no le agradase, preguntó, viendo llegar al camarero:

—¿Qué tomas?

—Un café.

—¿A esta hora?

—Una «Coca Cola».

—Traiga dos, entonces.

Oyéndole hablar, Pedro nunca llegó a saber si se hallaba o no contento con su suerte. Conocía a multitud de amigos que vivían mejor maldiciendo constantemente de su vida y, sin embargo, a Daniel, tan solo en una ocasión le oyó quejarse. Fue cierto día en que para dar una clase de latín, un portero se empeñó en hacerle subir por la escalera de servicio. Habían discutido y estuvieron a punto de llegar a las

manos. Luego se lamentaba:

—No lo siento por la clase. Comprenderás que seiscientas al mes... Lo siento porque estuve hecho un energúmeno.

Pero por lo normal su humor era bueno siempre y a pesar de sus clases que duraban todo el día, aún le quedaba tiempo para interesarse por el porvenir de los demás.

—¿Y Celia?

—En el hotel, durmiendo.

—Quiero decir que si sigue pintando.

—Piensa exponer este otoño, si tiene obra bastante.

—¿Va a trabajar aquí?

—No... Aquí estamos... —Dudó porque de pronto no hallaba la razón del viaje. Al menos una razón que pudiera explicarse en pocas palabras.

—Estamos de turismo —concluyó.

Bien mirado, de turismo llevaban desde la boda.

—¿Vende?

—¿Quién? ¿Celia? —Su cavilar le había distraído—. Regular... Algún encargo y un par de retratos que está haciendo. Con eso y con la beca que me dieron vamos tirando. Ya sabes que vivimos en mi casa.

—Entonces lo de la beca será para tus gastos.

—Para vicios. En realidad la consiguió mi madre. Fue al ministerio a hablar con no sé quién. Ella tiene allí enchufe. Yo no hice más que pegar los artículos en unos cuantos folios y mandarlos.

—Y ahora, ¿no escribes?

—¿Quién ha dicho que no?

—¡Dices que no haces nada...!

—Algún artículo cae de vez en cuando, pero eso es como nada. Lo que quiero empezar es otra novela.

—¿Social o de las otras?

—No sé... No me gusta hacer las cosas por moda. También en tiempos de mi tío se llevaba el estilo y *garsoniers* a todo pasto. En fin, asunto cama. —Bebió su «Coca Cola» nervioso—. Hoy abres uno de sus libros y te mueres de pena, y si coges uno de los otros, de los que hizo después de la guerra, cuando se volvió moral, y cambió la chaqueta, como tantos, no te digo...

Hizo una pausa. Daniel, viéndole pensativo, callaba. Al fin, dando suelta en alta voz a sus cavilaciones, continuó:

—... Y lo malo es que ya la gente no se acuerda y de pronto un día te encuentras a mi madre defendiéndole.

—¿A quién?

—A mi tío, a los de su generación.

—Bueno —repuso Daniel, conciliador—, ella defiende a la familia.

Pedro le miró, casi ofendido.

—¡Que me defienda a mí, que más lo necesito!

—Pues tu tío tampoco debe andar muy bien de perras.

—Mi tío es un tacaño. Y no solo de perras. Mi tío no echa una mano a nadie así le maten. No hace un favor si no sabe que pueden devolvérselo. Y a uno que empieza, menos. En absoluto.

—Pues si mal no recuerdo, a ti algún artículo te colocó, en tiempos.

—Antes, cuando iba a su casa a aguantar a sus amigos. Ahora ya me debe haber puesto la ficha de gamberro.

—Me parece que exageras un poco —comentó Daniel.

—No lo creas. Para mi tío es un término muy amplio. Se pasa la vida utilizándolo.

—A tu tío creo yo que le pasa lo que a todos. Cuesta tanto llegar, que cuando se está arriba cada cual se defiende como puede.

—Es que él no está arriba. ¡Ni pensarlo! Estaría en sus tiempos. Allá por el treinta y dos. Hoy ya no le lee nadie.

Y sin ganas de discutir más, cogió el periódico que Daniel había dejado sobre la mesa.

—¿Lo has leído ya?

—Sí... y tú también. Es lo mismo de siempre.

—Hombre, tan poco no traerá. A ver... —Comenzó a leer los titulares—. Mira, aquí viene algo importante. Están a punto de conseguir una bomba atómica limpia. —Levantó la mirada—. ¿Tú sabes lo que es eso?

—Una bomba que no deja residuos. ¿No?

—Eso es... Que solo mata a quien tiene que matar. ¡Al que le cae encima... vamos! —Quedó mirando pensativo el periódico y murmuró—: ¡Cómo será cuando la doran tanto!...

—¡De qué humor te has levantado hoy!

—Hombre, como el futuro. ¡Menudo porvenir se nos prepara! ¿Tú nunca piensas en la guerra?

—No mucho. No creas que me quita el sueño.

—Yo, sí. ¡A ver si reventamos de una vez!

De pronto se quedó sin saber qué añadir, y como Daniel también callaba, vino otro silencio. Apartó lejos de sí el periódico, mirando su reloj.

—¿Tienes prisa?

—No... Prisa, no. Es porque no se me pase la hora de comer.

Daniel miraba en dirección de la catedral, murmurando:

—Este no acaba de venir...

—Es verdad. Me había olvidado de tu amigo. La verdad es que ahora no dan ganas de marcharse. Por mi gusto me echaba aquí una siesta.

Con el sol en lo alto, llegaba el calor. Las aceras bullían de viajeros a medida que

la plaza se iba llenando de viejos autobuses formando una línea de color, en torno al andén central. La gente de los pueblos, antes de subir, se demoraba en charlas, en postreras recomendaciones que casi siempre interrumpía el cobrador amenazando con cerrar la puerta. Venía luego como un lento desfile a lo largo de los soportales desde los que deudos y amigos saludaban antes de que el coche desapareciera cuesta abajo, camino de la vega.

De cuando en cuando, las mesas de los cafés que ahora cubrían todo un rincón de la plaza, trepidaban al paso de los relucientes «pullmans» extranjeros. Llegaba en una ráfaga la voz del guía, y a través de los cristales, miradas opacas que solían resbalar sobre los escaparates de las tiendas.

—¿Por qué serán tan viejos? —preguntó Pedro.

—¿Quiénes? ¿Los turistas?

—Sí. Los de los autobuses.

—No son viejos. Nacen ya así. Sentados en el coche.

Pedro se puso en pie, desperezándose.

—Voy a ver qué hace Celia.

Al decirlo, volvía el vago malestar de la otra noche. Se habían acostado en la incómoda habitación del hotel, sin decir palabra, encerrado cada cual en su mutismo, fiando al silencio, la solución que no eran capaces de hallar con las palabras. De noche era fácil permanecer callados, pero durante la comida, apenas se encontrasen, el mutismo de poco serviría.

—¿Nos vemos luego? —preguntaba Daniel—. Podemos hablar mal de alguien otro rato.

Rio de mala gana, a su pesar.

—Cuando quieras. ¿Por qué no me llamas por teléfono? —Le dio el número y otra vez el nombre del hotel—. ¿Te quedas mucho tiempo aquí?

—Depende. ¿Y vosotros?

—No sabemos.

—Entonces, estamos en las mismas. —Miró en torno, de nuevo, buscando al amigo que no acababa de llegar—. Este me parece que no viene. Le diré que estáis aquí, a ver si os invita una tarde. A ti, que eres un esteta, te gustará su casa.

—Por nosotros muy bien. Para eso estamos. ¡Chao!

—Hasta luego.

Calle abajo, la calzada se estrechaba y torcía, bajo el pesado abrazo de los toldos. Tiendas viejas y nuevas, vitrinas con aparatos de radio y lavadoras, oscuras barberías, comercios oliendo a pana, a madera sin curar, a loza desparramada ante la puerta.

En el hotel, Pedro, por pura fórmula, pidió la llave de la habitación, pero como esperaba, Celia no había salido.

—Está arriba la señorita.

Vestida ya, sentada en la cama, se entretenía dibujando los tejados que alcanzaba a ver desde el balcón. Sintiéndole entrar, miró por un momento hacia la puerta.

—¿Eres tú?

—¿Quién va a ser?

—Julio, que tiene a veces la mala costumbre de entrar sin llamar. ¿No estaba contigo?

—No. No le he visto esta mañana.

—Estará escribiendo al guacamayo.

—¿A la uruguaya?

—Claro...

Miró la mancha azul que, en rasgos decididos, crecía sobre el papel. Por encima de todos los reproches, siempre tenía que reconocer en Celia su vocación tenaz. El cuello delgado, su nuca que un tenue vello oscurecía, se hallaba ahora muy cerca de él, próxima a su boca. Apenas la besó, ya estaba arrepentido. Ella se había incorporado, apoyando la cabeza en su pecho, como un lejano eco a su ternura. Luego volvió al trabajo. Su actitud le dio fuerzas para quitarle el papel de entre las manos.

—¿Hablamos un poco?

—¿Qué haces? —le miró sorprendida.

—¿Hablamos? —insistió.

—Anda, trae eso. —Le pedía—. No juegues con ello.

—Luego. Espera un momento.

—Bueno, pues di lo que quieras de una vez, empieza.

Era difícil comenzar así, y ella lo sabía.

—Eres tú la que tienes que decir.

—¿Yo? —preguntó incrédula.

Pedro asintió y ella hizo otra vez aquel gesto de duda, mientras su mirada dejaba de vagar.

—¿Qué quieres que diga?

—Lo sabes de sobra. ¿No te acuerdas cómo estabas la otra noche?

Pareció hacer memoria antes de responder:

—¿Y tú? Tú, ¿cómo estabas?

—Yo, cuando bebo, sé lo que me hago.

—Y yo, no, claro...

—¡No, no lo sabes! —exclamó—. ¿Cómo vas a saberlo si ni te fijaste cómo te miraban?

—¿Quiénes me miraban?

—Todos. Ni uno solo te quitaba ojo.

—Sí... buenos estaban. Peor que tú. Además, ¿a mí qué me importa que me miren?

—Pero a mí sí.

—¡Ya empezamos! —respondió Celia con gesto aburrido.

—¡Qué vamos a empezar si es la historia de siempre!

Se alejó hasta su cama, como si quisiera terminar aquella discusión, que él mismo

había comenzado, pero Celia insistía:

—Me parece absurdo que te pongas así ahora. ¿A quién se le ocurrió ir al estudio de Pablo?

—A mí. Ya lo sé. Pero él fue quien invitó.

—¡Pues con no haber ido! No sé de qué te vienes quejando ahora. ¿O quieres que me esté sentada en un rincón, escuchando cómo arregláis el mundo?

—¡Lo único que quiero es que no te vuelvan a mirar así!

—¡Vuelta otra vez! ¿Pero cuándo fue eso?

Pedro bajó la voz, al responder:

—Cuando volvisteis de ver los cuadros. Media hora estuvisteis Pablo y tú en el cuarto.

Celia había enrojecido. Replicó con rabia:

—¿Lo estuvisteis contando?

—¡Sí!

—¿Qué vais a saber, si estabais borrachos?

—¡Pero lo vi! ¡Lo vieron todos!

—¡Tú no estás bien de la cabeza!

«Muchos de sus cuadros producen esa impresión de polvo cósmico donde flotan alucinantes los astros. Es su pintura la de una época de perspectivas interplanetarias, ansiosa de infinito y de luces nuevas. Para esta exploración cuenta el pintor con una experimentada labor de espeleólogo del subconsciente, buceador de propios arcanos, que lo mismo que el microcosmos prefigura al macrocosmos, le permiten atisbar desde lo más íntimo, lo más remoto.»

Julio, alzó los ojos de la revista que tenía entre sus manos. ¿Qué diría Fornell, si en su monografía le llamase espeleólogo del subconsciente? Un par de años atrás, quizás lo hubiera tomado a mal, pero ahora no era fácil prever cómo respondería. Puede que le gustase aunque al parecer, su nueva fortuna le había cambiado poco.

—Sigue igual —decía Pedro—. Igual de tonto quiero decir...

Pero Pedro era un resentido. Ya se sabía. Aparte de los problemas que Celia le creaba, había publicado, años atrás, un libro que pasó sin pena ni gloria. A muchos les sucedía igual. Unos lo superaban y otros insistían, pero Pedro no trabajaba, ni por lo visto, quería olvidarlo. Su orgullo, su abulia le perdían. Pensó en Fornell y sus amigos. Solos, cada cual por su lado, nunca hubieran llegado a donde estaban, pero formaron un frente común dejando a un lado pasadas rencillas. Así surgió su grupo. Se reunían en el piso de Fornell que el padre le acababa de comprar para que se casara y mientras los otros pintores, los realistas, charlaban en el café, de mujeres, de ventas y política, ellos buscaron un nombre que pronto circuló impreso en folletos y programas y sobre todo, al pie del manifiesto. Se llamaron «Grupo 60» y cuando pensaron que el ambiente estaba suficientemente preparado, salieron a la calle con su primera exposición.

Era una tienda vieja pero céntrica. Blanquearon las paredes colocando paneles y tableros para ganar espacio. Todos se hicieron grandes fotos, mayores a veces que los lienzos, a los que en alguna ocasión, oscurecían. Aquellos rostros graves, ceñudos de un metro por sesenta, parecían amenazar al visitante desde imprevistos ángulos, convirtiéndose inevitablemente, en los protagonistas de la sala.

Julio, como amigo de Fornell, asistió a la inauguración. No fue nadie. Ni un solo crítico, ni los otros pintores que solo hubieran tenido que cruzar la calle. Parecían adivinar en todo aquello algo hostil, algo que en el fondo les desazonaba.

La primera crítica que salió en un periódico, hablaba de «cierta juventud que se expresa en un lenguaje oscuro, tortuoso, horrible, que causa tristeza y amargura; juventud enferma, titubeante, ambiciosa, sin justificación, que no puede sentirse orgullosa de sus afanes anormales».

Aquella reseña les gustó. Era la primera y además les encantaba sentirse

perseguidos. La segunda les llamó más o menos pederastas. Recordando aquellas fotos en mangas de camisa con la barba crecida y los brazos cruzados sobre el pecho, Julio pensó que buscarían al crítico para pegarle, pero se equivocaba, optaron por un silencio ausente, incluso cuando coincidieron, con él, meses más tarde, en un vino de honor.

Hubo conferencias en la sala. Fornell habló sobre forma y contenido en la pintura actual. De nuevo se movilizaron amistades y cuando el futuro comisario de la próxima Bienal se dejó ver por la exposición, esta se dio por terminada.

Fue por entonces cuando Pablo trabó amistad con Celia y Fornell. Julio aún recordaba el día en que llegaron los dos a la sala recién inaugurada. Pedro sabía que nada de lo que podía encontrar le gustaría y sin embargo, allí estaba oyendo a Fornell disertar sobre la angustia del mundo actual reflejada en la pintura. Celia, mientras, se aburría. Al final, acabaron por irse a cenar todos juntos; Pedro no cesó de discutir con Fornell en toda la noche, sin dirigir la palabra a Celia, y Celia que menospreciaba a los abstractos, acabó por encontrar simpático a Pablo que le cavó en suerte a su lado.

La amistad de Pedro con Fornell, su posterior ruptura, las visitas frecuentes más tarde, al estudio de Pablo, Julio las comprendía porque Pedro necesitaba, por encima de todo. Alguien con quien charlar, con quien discutir y para ello Celia no servía.

Suspiró, alzándose de la cama. Era preciso acabar aquellas breves notas. Sacó de la maleta algunas reproducciones que se entretuvo mirando, antes de sentarse a la máquina. Llevaba cerca de dos meses sin ir por el estudio de Fornell y de algunos cuadros apenas se acordaba. Aún no llevaba escrito un folio, cuando sobre la mesilla sonó el teléfono.

—¿Quién es? —preguntó descolgando de mala gana.

—¿Julio? ¿Eres tú?

Reconoció la voz de Pedro. A juzgar por el tono, aún no debían haber hecho las paces con Celia.

—¿Qué querías?

—¿Estabas durmiendo?

—No. Trabajando un poco.

—Te llamaba por si te vienes un rato.

—¿Dónde vais? ¿Al café?

—A dar una vuelta supongo. Pero no ahora mismo. Dentro de un rato.

Julio dudaba si aceptar, tras el silencio agobiante de la comida. Pensando en una tarde así, se echó a temblar, pero quedar en la habitación hasta la noche, pensando en Fornell y su pintura, se le antojó un tormento parecido. A fin de cuentas, la voz de Pedro era normal, tranquila, incluso la de Celia que sonaba a su lado, lejos del auricular.

—¿Qué haces? ¿Te decides?

—Os llamo luego. A eso de las cinco...

—¿Para qué? Te esperamos abajo. A las cinco en punto, estamos.

Acabó por claudicar y a las cinco y media aparecieron ellos. La siesta parecía haberles reconciliado. Quizás fuera así siempre después de sus riñas, porque Celia estaba muy guapa, descansada, sin apenas rastro de ojeras, con los labios recién pintados rompiendo el oscuro tinte del rostro.

—¿Qué? ¿Has escrito mucho? —preguntó.

—Regular, tirando a poco.

—¿Qué le cuentas a Wanda? ¿Lo bien que lo pasamos?

—No era a Wanda. Estaba con el libro.

—¡A cualquier cosa llamas libro! Además, ¿qué escribes tú si no entiendes nada de pintura?

—Por eso... A ver cuándo me regalas algún cuadro para que vaya aprendiendo.

—Un dibujo querrás decir. —Se echó a reír con un poco de lástima. Y volviendo otra vez a la carga—: ¿Tú que clase de crítico vas a ser? ¿De los que piden los cuadros directamente o de los otros, de los que se insinúan?

—Yo, caro. No me voy a dejar comprar por menos de un retrato.

Pedro, cansado de aguantar su charla, se puso en pie, señalando la puerta:

—¿Nos vamos?

—¿Dónde puede uno meterse a esta hora?

—¡Yo qué sé! Se puede tomar café en alguna parte.

—¡Pues si no lo sabes tú que te conoces esto...!

—¿Conocerlo? Sí... desde la guerra. Igual está...

—Bueno —se levantó Julio también—. Voto por el café.

—A mí no me apetece nada —declaró Celia con un gesto de asco.

—¿Qué te apetece entonces? ¿Un *orange*? —Y viéndola negar con la mirada, Julio seguía preguntando:

—¿O tila, o manzanilla? Lo que quieras...

Pedro lanzó una mirada en tomo. La penumbra disimulaba la mugre de los sofás, el tinte desvaído de los muros. Mientras tanto, Julio proponía:

—¿Queréis que vayamos al cine?

—No hay cine esta semana. Ni teatro, ni baile, ni nada. Todo cerrado.

—Hay *Los Diez Mandamientos*.

—¡Cómo para animarse! —repuso—. Además para meterse en un cine, no me muevo de Madrid. Pongo la radio y me aburro oyendo el *Miserere*.

—Bueno, porque hayamos venido de Madrid, no nos vamos a pasar aquí toda la tarde, mirándonos las caras. Me subo otra vez a trabajar.

—No empieces con chantajes.

—No son chantajes, pero me hacéis bajar y luego no os decidís por nada...

—¡Es que proponen cada plan...!

—Si tuviéramos un coche —suspiró Celia.

—Si tuviéramos un coche, ¿qué harías? —preguntó Pedro impaciente.

—Dar una vuelta... No sé... Tomar el aire un poco.

—Se puede alquilar —respondió Julio.

—Estás muy rico tú. ¡De dónde sacamos el dinero!

—Entre todos, a escote, no saldría muy caro. Podíamos dar una vuelta, ver algo por ahí.

Celia acogió la idea con bastante entusiasmo. Incluso a Pedro no le pareció mal. Salieron a la calle, seguidos por la mirada de la dueña que allá, en el mostrador, tras sus papeles, alzaba de cuando en cuando la cabeza.

Pedro preguntó, sin saber qué camino tomar:

—¿Dónde están esos coches?

—En la plaza mayor. Allí los he visto yo aparcados.

Ahora, bajo los toldos, solo algún turista subía por la calle, demorándose, como de costumbre ante las tiendas. Parecían sonámbulos navegando calle arriba, en lentos zig zags, de acera a acera. A media cuesta, al llegar a la antigua sinagoga, se asomaban al patio vacío donde un rótulo en distintos idiomas explicaba que desde siglos atrás se hallaba convertida en convento de clausura. Con tozudez profesional espiaban por los resquicios de la puerta, sacando fotografías de algún rincón, de la lápida y el pozo. Luego, tras un vistazo general, seguían su peregrinaje.

A media tarde los comercios abrían, pero ya la hora de las compras había pasado y solo algún rezagado visitante entraba a por paquetes de dulces, o en busca de un postrer regalo. Eran inútiles las invitaciones que los dueños de talleres hacían para ver trabajar dentro, el cuero o el hierro.

—*Please... Please...* —perseguían a los americanos vacilantes, y luego, viendo llegar a Pedro y Julio con Celia:

—Por favor, señores, sin ningún compromiso.

—No, gracias.

—Trabajo típico, les va a gustar.

Insistían un poco, y rápidos, pasaban a buscar otro cliente. En algunas casas se veían andamios, donde toscos pintores revocaban ceremoniosamente las fachadas, con vistas a las próximas fiestas. En la plaza se hallaban alineados los coches de alquiler.

Julio señaló la fila donde los chóferes charlaban tomando el sol, fumando.

—A ver cuál os gusta más.

—A mí lo mismo uno que otro —respondió Pedro—. Supongo que andarán.

—Pregúntaselo al chófer. A ver qué te contesta.

—A propósito de chófer —preguntó Celia—. ¿Qué vamos a hacer con él?

Ninguno de los dos comprendía la pregunta. Solo al fin, Pedro comentó:

—No pensarás que vamos a quedarnos por ahí hasta la noche...

—¿Solo ir y volver?

Pero ya se alejaba, camino del bar, proponiendo:

—¿No tomamos café, antes?

—¡Dichosos cafés tuyos! ¡Qué pesadez!

—¿Lo tomamos o no?

Celia le siguió de mala gana, con Julio.

—Venga, tómatelo, pero en la barra.

Pidió cada cual el suyo, excepto Julio que no quiso nada. Viéndole aguardar, impaciente, daba pena.

—¿Qué tal tu úlcera? —preguntó Pedro—. ¿Progresas?

—¡Qué bromas tienes tú! —le reprochó Celia.

—Ahora, en primavera, cogen más fuerza, igual que los geranios.

Julio se puso aún más triste y viendo al fondo de la sala una gramola eléctrica se alejó hacia ella.

El bar pintado de rojo y blanco, debió ser, tiempo atrás, café de tratantes. Aún conservaba de entonces manojos de columnas complicadas sosteniendo un techo de ninfas y ángeles un poco desvaídos por el humo y los años. También perduraban las mesas con sus tableros de mármol embutidos ahora en fundas de plástico, mientras la barra, totalmente nueva, cubría todo un lienzo de pared con sus taburetes y abundante batería. Al fondo la televisión, y la vitriola, donde Julio acaba de poner una moneda.

*«Me llaman José Pecado
porque el Destino lo quiso así,
la vida me ha encaminado
estoy conforme, soy feliz...»*

Las palabras se arrastraban como en un lamento. Celia preguntó, fastidiada:

—Pero, ¿qué has puesto ahí?

—¿No os gusta?

—A mí, sí —respondió Pedro—. Me gustan las canciones con mensaje.

*«Como el hijo natural
yo soy hijo de la vida
y es mi único pecado
no saber dónde he nacido...»*

Tras el café, de nuevo Julio planteó la cuestión:

—Bueno. ¿A dónde vamos, por fin? Hay que decidirlo.

—A un pueblo —propuso Celia—. Cuanto más pequeño, mejor.

—Entonces no matamos la tarde. Dentro de media hora estarnos aquí otra vez. No va a estar el chófer allí, esperando.

El entusiasmo de Celia parecía apagarse tan súbitamente como se había iniciado:

—¿Sabes qué es una solución esa tuya del coche?

—Propón tú otra.

Pero a Celia ninguna se le ocurría. Ni siquiera debía pensar en ello. Prefería esperar a que Pedro decidiese.

—¿Por qué no vamos hasta un valle que hay aquí cerca? —propuso él.

—¿Lo conoces tú? —preguntó Julio desconfiado, como siempre.

—Claro que lo conozco. Íbamos muchas veces cuando la guerra.

—¿Y qué hay que ver allí?

—El valle. ¿Qué va a haber? —Y notando aún su gesto de duda, añadió:

—Además, tiene la ventaja de que se puede volver andando. De pequeños lo hacíamos. Todos los jueves estábamos allí.

—¿De excursión?

—A buscar fósiles.

Celia rompió a reír:

—¡Pues es para animarse!

Contrataron el coche. Se acordó que les llevaría lo más cerca posible, pues hasta el mismo valle no había carretera. Bajando hasta la vega, cruzaron el río ganando los arrabales. Al borde de la carretera desfilaban casitas miserables envueltas en parras retorcidas, iglesias extramuros, pardas, hundidas. La ciudad iba quedando atrás, surgiendo en las colinas, en torno a la gran catedral.

—¿Qué os parece desde aquí? ¿A qué se ve distinta?

—No está mal.

Pedro les mostraba la hilera de campanarios, sobre la muralla.

—Desde arriba se verá mejor. Antes de que la tapen los pinares.

El coche entre álamos y chopos a punto de brotar, a través de campos rezumando humedad por las lluvias de la temprana primavera, iba dejando atrás canes furiosos y ráfagas de polvo en blancos remolinos.

El valle se extendía circular, casi cerrado, en desnudos escalones sobre los que el color marcaba estratos diferentes. Un pequeño torrente partía en dos su fondo que parecía huir en pos del agua, como una flecha de verdes prados.

Los dos hermanos solían ir con algún que otro chico del colegio, en especial con uno de la clase superior que conocía bien el camino. El primer día que les llevó, apenas salieron al gran anfiteatro, extendió el brazo como un descubridor y dijo, señalando las montañas del otro lado:

—Allí está Madrid.

Los tres, sin querer, se estremecieron. Los años lejos de casa, la huida desde la colonia, las alarmas nocturnas, la muerte de los hombres, el miedo de algo que no acababan de entender, pero que llegaría si la guerra llegaba a perderse, les hizo anhelar fervientemente aquella breve cordillera azul. Tras el primer vistazo, bajaban una a una, aquellas enormes gradas, hasta llegar donde, lindando con los prados, se abría la boca de una cueva.

—Por ahí, se pasan a Madrid. —Susurraba el amigo.

—¿Quiénes pasan?

—Los que quieren irse con los rojos.

—¿Se van? —Miraron con aire incrédulo la oscura boca, como si de ella fuera a salir una turbia bocanada del infierno.

—¿Por qué se van?

El amigo se encogía de hombros.

—¡Yo qué sé! Querrán ver a la familia o volver a casa. ¿Tú no querrías estar en casa, ahora?

No lo sabía. Al cabo de dos años, apenas se acordaba. A veces hacía por recordar el largo pasillo donde jugaba en invierno, con su hermano, el despacho del padre con su múltiple retrato de fin de carrera y sus sillas de cuero, o la casa del tío.

Y el tío, ¿dónde estaría? El padre aseguraba que escondido, que cualquier día acabaría por casarse. Quizás apareciera en la negra boca de la cueva, como en los buenos tiempos, con su chaleco blanco cruzado y los zapatos puntiagudos. Si entrando por allí se salía a Madrid, también podría hacerse el viaje a la inversa.

El hermano, en cambio, no creía en las palabras del amigo.

—¡Con lo lejos que está! Por ahí no se sale a ningún sitio.

—Anda, entra —le invitaba el otro—. ¿A que no te atreves?

—¿Por qué no entras tú?

—Yo ya bajé una vez, un poco...

—¿Y qué hay?

—¿Qué hay? —Arrastró una pesada piedra hasta la boca—. Escucha.

Al dejarla caer se oyó un fragor que fue alejándose vertiginosamente, multiplicándose, cada vez más profundo, hasta perderse. En el húmedo aliento de la

cueva quedaba flotando una tenue nube de polvo.

Otros días buscaban fósiles, dientes de tiburón, huellas de plantas, caracoles marinos, hojas de piedra con todos sus nervios intactos como si aún vivieran. El valle fue en tiempos remotos un gran mar surcado por enormes animales. El profesor de Ciencias se lo había explicado y quizá por ello, a la caída de la tarde, daba miedo.

El miedo vino también, cierta noche, cuando los presos de la ciudad se amotinaron y a falta de tropa, movilizaron a todos los hombres disponibles, formando lo que llamaron «la guardia ciudadana». El padre se fue con mosquetón y una cinta al brazo del color de la bandera. Desde entonces no volvió a dormir en casa. Anduvo siempre sombrío y preocupado hasta el fin de la guerra.

Pedro lo había imaginado muchas veces. Casi siempre, al modo solemne de otras ocasiones. En la plaza Mayor, desde el balcón donde ondeaban las banderas españolas junto a la roja con la cruz gamada, la portuguesa y la fascista, el general de otras veces hablaría a la muchedumbre de militares y refugiados. Daría la noticia escuetamente:

—Madrid es nuestro. Esta mañana se ha rendido.

Luego, como siempre, pero en grande, discursos, abrazos, desfiles, manifestación y Te Deum en la catedral.

Sin embargo no fue así. El vecino del quinto, refugiado como ellos, desde los primeros tiempos, había bajado abrazándose al padre.

—Antonio, esto se acaba.

—¿Qué pasa? ¿Qué dices que se acaba?

—La guerra, Antonio, la guerra —pudo apenas contestar—. Se ha rendido Madrid. Lo acaba de decir la radio.

Quedaron todos en silencio. La madre también rompió a llorar. A la tarde llegó el entusiasmo, las campanas sonando, los brindis, la gran manifestación y durante toda la semana los preparativos para aquel breve viaje de dos horas que ya duraba casi tres largos años.

En unos meses, la pequeña ciudad, sin el frente cercano, volvió a lo que siempre había sido. Quedó muerta, vacía. Marcharon los italianos con sus grandes tractores, sus camisas de seda, su brillantina y sus perfumes, los alemanes de ademán desdeñoso, los rubios requetés, los falangistas afilados. Se acabaron las medallas al cuello, los «Detente bala, el Corazón de Jesús está conmigo», los paquetes de ropa, los bailes en el casino y las colectas. Se acabaron también las colas ante la puerta de los dos prostíbulos.

Solo quedaron unas cuantas oficinas militares y algunos refugiados esperando a poder reunirse con sus familias, y más allá del colegio, en las afueras, los que ya no podrían volver a casa, al hogar, a Madrid, a parte alguna, los que el frío, la guerra, el miedo o las represalias habían vencido, los que hicieron ampliar dos veces en tres años, la casa de los muertos.

Siempre que en los últimos años oía a la madre quejarse de la vida, Pedro

recordaba aquellos días en que la radio, los periódicos, la gente y los discursos parecían vibrar. Tal era su entusiasmo.

El abrazo del tío, ya en Madrid, un poco envejecido, prometía un nuevo bienestar, con todos reunidos otra vez en la casa, pero los meses de refugio en la embajada pesaban. Padecía de insomnio y a veces despertaba en la noche, buscando la pistola que guardaba en el cajón de su mesa. Una noche, Pedro tuvo que ir con la madre para tranquilizarle, y él se la mostró con dos peines calibre cuarenta y cinco, a punto, engrasada.

—A mí no me cogen esta vez. ¡Que vengan a buscarme!

Con un rápido golpe la cargaba. El bruñido cañón apuntaba a los libros, a las viejas fotografías, se revolvía contra blancos invisibles, porque con la nueva guerra, la guerra de Alemania y Mussolini, de nuevo el miedo estaba allí, entre aquellas paredes.

Tras los primeros años, tras los rápidos éxitos del Eje, la suerte en los frentes, poco a poco, cambiaba. Todo el mundo adivinaba un final cercano. De nuevo aparecían los padres preocupados. Después de cenar, mandaban a los chicos a la cama, mientras ellos, en la sala, oían los boletines de la BBC.

El padre no había recobrado su pasado optimismo, la vitalidad de antaño. Los seguros andaban tan solo regular y la guerra, como a otros muchos, le había vuelto religioso. Nunca olvidaba ahora la misa del domingo y muchas veces hablaba del más allá, de la otra vida, como si de cuando en cuando se acordara de la muerte. Pedro pensaba que el miedo había envejecido prematuramente a los dos, el miedo y los apuros pasados en los tres largos años. Algunos días, les sorprendía la medianoche buscando emisoras extranjeras.

—¿Tú crees que perderán la guerra? —preguntaba la madre.

—¿Los alemanes? ¡Bien perdida la tienen!

—¿Y eso de las bombas?

—Eso ya llega tarde.

—No sé —suspiraba la madre—, no sé qué va a pasar...

El padre, a la busca de partes de guerra, inundaba de ruidos el pasillo.

—No lo pongas tan alto. Despiertas a los chicos...

Los chicos bien despiertos estaban. Pedro sobre todo. Ya no eran niños y sabían, como el padre, que el tío tenía pasaporte con visado listo para Portugal.

—¿Es que se marcha? —preguntaba el pequeño, en la oscuridad, deslizándose a tientas entre las sábanas.

—Ahora, no. Lo tiene por si acaso.

—¿Por si acaso?

—Por si pasa algo...

—¿Qué va a pasar?

—Anda, cállate y duerme.

La incertidumbre se acentuó cuando los periódicos reconocieron, al fin, la derrota

del Eje. Ni siquiera el Japón, la Alemania del Oriente, como el fraile de Historia decía, pudo aguantar a los americanos, a pesar de que según el sentir general no estaban acostumbrados a la guerra. Según la gente, llevaban al frente bares y chicle, cine, hamacas y refrescos. No eran sobrios, ni adustos, ni tenían un himno solemne, ni un lema que decía «Gott mit uns», pero acabaron ganando. La embajada alemana cerró sus puertas y el cónsul licenció a las mecanógrafas regalándoles sus máquinas. La gran águila desapareció del porche, como el conserje sonriente que repartía a los muchachos folletos ilustrados con las victorias del Tercer Reich. Solo quedó de todo ello una gran cola de firmantes, rubricando los pliegos de la puerta, su pesar por la muerte de Rommel.

Todos temían algo, pero nada sucedió, y ello debía compensar de lo mal que vivían a los amigos de la casa, que se lamentaban cada vez que venían de visita.

—¡Por lo menos, mientras tengamos paz! —exclamaba la madre, consolándose.

Y así, sin esperarlo, llegó para el padre la paz definitiva. La vida se trocó más dura entonces, pero salieron adelante con la ayuda de amigos y un poco de dinero que heredaron. Fue preciso renunciar a carreras costosas. Carlos estudió una ayudantía y Pedro comenzó Letras. De vivir el padre no le hubiera consentido, pero el tío le animaba. Acababa de sacar su primer libro, después del treinta y seis. Se tituló: «Sueño y compás de la América Española», y a Pedro le gustó tanto que muchos párrafos se los sabía de memoria. Por entonces, cuando los exámenes en la Facultad no le apremiaban, solía asistir a las tertulias de su casa. Allí se concretó su vocación, la idea de seguir su carrera, dejando la Universidad, a pesar del disgusto de la madre. Debió ser todo aquello por el año cincuenta, dos antes de que, yendo a buscar a un amigo, en San Fernando, conociera a Celia.

6

A media mañana del día siguiente, Celia y Daniel tomaban el sol, ante el bar de la plaza. Dentro, en el salón, Julio fue a poner una nueva moneda en la gramola, pero un siseo insistente desde el mostrador, le detuvo.

—¿Es a mí?

—No funciona.

—¿Cómo que no funciona? ¡Pero si ayer...! —Y como si no creyera demasiado en sus palabras, fue de nuevo a poner la moneda en la ranura, buscando un disco en el fichero. El otro, tras la barra, volvió a negar con la cabeza, insistiendo:

—Desde hoy ya no se puede tocar hasta el domingo.

Dando fe de sus palabras se acercó a apagarla. Julio quedó sin saber sobre quién descargar su mal humor.

—¡Qué barbaridad! Ni siquiera un disco. —Luego, dirigiéndose al dueño—: ¿Y la peseta, quién me la devuelve?

El de la barra le miró cansado.

—¿Y para qué la echa usted, si le digo que no? Luego, al pasar junto a la caja, pidió al encargado: —Anda, dame una peseta.

Julio tuvo que aceptarla y con cierta sensación de ridículo que aumentaba su anterior fastidio, salió a la terraza.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel, viéndole la cara, tras haber seguido de lejos la discusión en torno a la gramola.

—Nada, que no se pueden poner discos hasta el domingo.

—¿Ahora te enteras?

—Alguna ventaja había de tener esta semana... —comentó Celia.

—Menuda ventaja... Será para ti...

Celia no se ofendió, por el contrario, preguntó, divertida, viendo su semblante:

—¿Y qué disco pensabas poner ahí? ¿La *Novena*?

—No es por los discos —respondió—, lo que me molesta es que cada vez prohíben más cosas.

—Pues puedes prepararte —hablaba Daniel ahora—, porque a lo mejor la televisión tampoco funciona.

Pero el malhumor de Julio ya iba remitiendo y contestó, alzándose de hombros:

—¡Lo que es a mí...! ¡Para oír conferencias, me voy al Ateneo!... Ni sabía que la hubiese.

—La tienen solo desde enero...

—Me extraña, con la sierra.

—Eso pensaban, por lo visto, los entendidos, hasta que un ingeniero de aquí, después de muchos cálculos, se hizo una antena especial.

—¿Y la cogió?

—A veces, cuando el tiempo estaba bien.

—El talento hispano, que se dice...

—Aquí pasaba por un Marconi, hasta que este invierno, el dueño de aquí — señalaba al café— se cogió el autobús a Madrid y volvió con su antena normal y su aparato.

—Y resultó que se veía igual.

—No. Mejor.

—Y después de él, la invasión, me figuro.

—El diluvio... Sobre todo, desde que transmitieron la primera corrida.

Un camarero recogía el servicio. Hizo un ademán a Julio, preguntando si pensaba tomar algo, pero él negó, y tras disimular un prolongado bostezo, exclamó:

—Me aburro. Me aburro como no os podéis dar idea.

—Nadie lo diría...

—¿Qué tal ayer? —preguntó Daniel.

—Calla, hombre, no me hables...

No quiso explicar más. Se levantó de pronto, dejando sobre la mesa el importe de su consumición.

—Me voy a dar una vuelta. Hasta la vista...

—Que te cunda.

—Y a vosotros también... Divertiros.

Celia y Daniel, viéndole alejarse, quedaron en silencio. Fue Daniel el primero en preguntar, extrañado:

—¿Qué le pasa a este?

—La uruguaya, que le trae por la calle la amargura —replicó Celia—. Entre Pedro y él, ¡menuda tarde ayer! Él lamentándose, queriéndonos hacer creer que no puede vivir sin ella y Pedro contando, desde que salimos, historias de la guerra. Una puede pasar, pero toda la tarde, no hay quien lo soporte. ¿A mí qué me importa lo que pasó en la guerra? Ni a nadie, creo yo. Podía preocuparse de otras cosas.

—¿De qué, por ejemplo?

—De hacer algo, de trabajar un poco.

—Él dice que está con una novela.

—No le hagas caso. No hace nada, aparte de ir al café. Eso sí, todos los días.

—¿Y tú? ¿No vas?

—Ni comparar. Él, por la mañana, antes de comer, ya aparece por allí. Luego, a la hora de la siesta, y si no, a media tarde, y como debe parecerle poco, si vamos al cine alguna noche, a la salida, vuelta otra vez...

—Bueno, eso es parte de su trabajo, ¿no?

—Es que a ese trabajo se apunta cualquiera. Total, ¿para qué? ¿Para arreglar España? Pues si tiene que esperar por ellos, está lista la pobre.

—¿Tú qué sabes?

—Si no lo sé yo, que estoy casada con él, lo vas a saber tú.

Estuvo a punto de recordarla que conocía a Pedro desde antes que ella, mucho

antes de la boda, pero cuando Celia comenzaba así, era inútil razonar. Podía hacerla recordar también el tiempo en que el café le parecía el lugar más divertido de Madrid. En cambio, preguntó:

—¿Sabes si va a venir ahora?

—Creo. Dentro de un rato.

Callaron como antes, aunque cada cual debía seguir en su interior la discusión. Celia bebía a grandes sorbos su refresco y Daniel buscaba en el fondo de su vaso un tema menos comprometido.

—Yo creo que un viaje fuera os vendría bien —dijo al fin, sin mucha convicción.

—Ya estuvimos en Francia. ¿No te acuerdas?

Lo recordaba. Le vino a la memoria, al tiempo que sus palabras estaban en el aire. Recordaba la vuelta, su aspecto de abúlica derrota. Habían ido a conquistar París o al menos, como tantos otros, a quedarse, pero volvieron pronto, antes incluso del plazo que ellos mismos se habían señalado. Según voz común en los amigos, allí surgieron las primeras disensiones: reproches mutuos y un par de breves temporadas en las que Celia fue a vivir en casa de sus padres.

—A mí me gustaría volver a París, ir a Roma, por ejemplo, pero, ¿de dónde sacamos el dinero? Si a Pedro le gustase, ya lo buscaría, pero mientras tanto, aquí nos tienes esperando.

—¿Esperando qué?

—Eso digo yo. También me gustaría saberlo.

Había en sus palabras un deje de amargura. Sus ojos miraban más allá de Daniel, como si hablara a solas. Sacó sus gafas negras y con un gesto que traicionaba malhumor, se las puso.

—A veces te aseguro que estoy más que harta.

Su expresión cambió. La mirada debió endurecerse, tras los cristales.

—Me imagino... Si las cosas van como tú dices...

—¡Qué vas a imaginar, si apenas le conoces!

—Desde la Facultad.

—¡A eso llamas tú conocer!

—Algo es algo. Yo creo que cuando Pedro se centre...

—¡Ya estamos con la historia de siempre! Pedro no hará nunca nada.

—Y, ¿qué hacen los demás?

—Por lo menos lo intentan.

—Cualquiera diría que cada año salen en España tres o cuatro talentos. —Dudó, antes de añadir—: Además, tú ya sabías cómo era.

—No es verdad. Cuando nos casamos era distinto.

El tono brusco, casi furioso de la respuesta, hizo preguntarse a Daniel cuál sería la razón de aquel obstinado empeño en condenar a Pedro. Insistió:

—¿Tú crees que es tan distinto ahora?

—¡Claro que sí! Antes era más alegre, más simpático.

—Esas no son razones serias. ¿No querrás decir que te casaste con él porque era divertido?

—Ahora solo sabe hablar de política, se harta de llamarme burra, porque dice que no me interesa nada de lo que pasa por el mundo.

—Es que tú también has cambiado un poco.

—¿Yo? —preguntó, defendiéndose—. ¿En qué he cambiado yo?

Daniel, adivinando el nuevo sesgo de la conversación, deseó que Pedro llegara de una vez, en tanto murmuraba:

—Estás mejor, más guapa.

Se hallaba tan metida en la disputa, que tardó en reaccionar. Fingió ofenderse, aunque en el fondo le encantaba.

—Anda, no seas idiota. Dime en qué he cambiado yo.

—Ya te lo he dicho. ¿Te parece poco?

—Tú tampoco me tomas en serio —respondió cansada—. Tú eres como él. Lo único que os interesa son vuestras cosas.

A pesar de sus lamentaciones, no daba sensación de encontrarse tan sola. Sola, insegura, un poco desplazada, debía estar cuando él la conoció en la Facultad, cierto día en que Pedro se empeñó en llevarla. Cohibida por las chicas elegantes que por entonces comenzaban a frecuentar las aulas, por un ambiente desconocido para ella, ocultaba su timidez en un gesto grave de su rostro sin maquillar, en su jersey oscuro de alto cuello. En la intimidad, en la Escuela, según Pedro, cambiaba. Daniel suponía que también en el amor, porque los dos vivieron un noviazgo veloz, apresurado.

—Ahí viene Pedro. Mira...

Le molestó su propio tono, un poco cómplice.

—Veremos con qué pie se ha levantado.

Nada más llegar, antes incluso de sentarse, lanzó una mirada sobre la mesa, como buscando algo.

—¿Tenéis algún periódico?

—Primero se saluda —respondió Daniel.

—Hola. —Envolvió a los dos en un ademán—. ¿Tenéis o no tenéis?

—Aquí llegan a eso de las dos.

—¿Y los de anoche?

—Los de anoche no quedan.

—Estamos bien... —Pidió al camarero, que ya se acercaba:

—Tráigame un café solo.

Se estiró, alargando los pies bajo la mesa. Parecía feliz, bien dormido, con el pelo aún mojado de la ducha. Al rato, rompió un largo silencio, preguntando:

—¿Qué programa tenemos para hoy?

—Tú dirás —respondió Celia.

—¿Cuándo empiezan las procesiones?

—El jueves, por lo menos. Hasta entonces, hay oficios, nada más.

—Yo creí que salían toda la semana.

—Eso es en Sevilla. Además, aquí son de poco pelo.

—Entonces como el café —respondió, apartando la taza que acababan de servirle.

—Ayer vino mi amigo. Nada más irte tú.

—¿Y qué? ¿Cuándo nos reunimos?

—Cuando queráis. Él no sale de casa.

—¿Vive solo?

—Con su padre, pero tiene un estudio para él.

—Un picadero, vamos...

—No creo que por aquí haya mucho que picar. Además vivo yo en él, ahora.

—¡Caray! ¿Y duermes bien?

Daniel, sin hacer caso de sus bromas, buscó dinero en el bolsillo y, llamando al camarero, propuso:

—¿Queréis que vayamos?

—¿A estas horas? —preguntó Pedro, extrañado.

—Y, ¿por qué no? —se animaba Celia.

—Porque entonces, a ver qué hacemos esta tarde.

—¡Qué obsesión tienes! —repuso fastidiada—. ¡Algo saldrá!

—Bueno, bueno... Vamos entonces. No digáis luego que os gafo los planes.

Se levantaron, cruzando la plaza. Aún no habían rebasado la catedral camino de casa del amigo, cuando Daniel les detuvo...

—Oye... Nos olvidábamos de Julio.

—Olvidamos. ¿De qué? Él no dijo que volvía.

—¿Estaba con vosotros? —preguntó Pedro.

—Estuvo un rato —respondió Celia—, pero luego se marchó. Estará con su libro.

—¿Está escribiendo un libro?

De nuevo Daniel había emprendido la marcha.

La angosta calle de la catedral dejó escapar una helada ráfaga que les hizo refugiarse en el sol. Por la acera diminuta iban los tres en hilera, sorteando las contadas personas que por ella transitaban. El único que parecía ajeno al frío era Daniel, en tanto Pedro se quejaba:

—¡Qué viento tan simpático! ¡Hace aquí casi tanto frío como en el hotel...!

—Un poco menos —tiritaba Celia.

—¿No tenéis calefacción?

—Sí tenemos, pero la dan muy floja. Se conoce que para no acostumbrar mal a los clientes.

Las casas se sucedían monótonas, con las grandes puertas de par en par, mostrando patios vacíos con alguna maceta solitaria y geranios arriba, entre el pesado herraje de los muros. Repentinamente la calle se ensanchó, abriéndose a una gran explanada, partida en dos por la cuña dorada de un claustro. En su mitad, apuntando a un cielo de tormenta, la torre, con su cima de pizarra y un gran gallo dorado.

Al fin se detuvieron ante la casa del amigo.

—¡Oye, menuda choza! —exclamó Pedro con entusiasmo.

—¿Te gusta?

—No está nada mal —respondió Celia.

—Debe ser algún pobrecito. ¿Y aquí es donde tú vives?

—No. El estudio cae detrás, encima de la muralla.

Pasaron a un antiguo zaguán enlosado con grandes piezas blancas y rojas, con gruesas vigas sosteniendo el techo. A través de una antigua vidriera, se, movían en el jardín, las sombras de los árboles. Daniel fue a llamar a la derecha, a una pequeña puerta, casi escondida en el rincón. A poco abrió la doncella.

—¡Ah, es usted! —exclamó reconociéndole.

—¿Sabe si está el señorito?

—Espere que voy a ver. Creo que sí.

—Dígale que he venido con los amigos que le dije.

Les hizo pasar a una salita con mesa circular, sofá y sillas tapizadas en raso. Los quinqués, los marcos redondos de los retratos y algún grabado diminuto, le daban cierto aire evocador, como de viejo decorado. Celia se entretenía examinando los cuadros.

—¿Qué te parecen?

—Esto lo pinto yo mejor.

Le mostraba un paisaje diminuto. Sonó la voz de Pedro a sus espaldas.

—Eso te piensas tú —replicaba Pedro—. Entonces, por lo menos, sabían el oficio.

Celia se volvió y sin molestarse en responder, preguntó a Daniel:

—¿De quién fue la idea de poner la casa así?

Él, con un ademán, señaló la puerta que daba al interior.

—La casa era de la abuela. Luego pasó a la madre y desde que murió no han movido ni un mueble. Lo digo por si sale el tema.

—Entendido —respondió Pedro, mirando de nuevo a Celia, que acababa de sentarse en el sofá, frente a él.

—¿Por qué me miras así? ¿Crees que soy tan lerda?

—Lerda, no; pero a veces te gusta dar la nota. Le miró, mortificada. Ya iba a responder, cuando la criada les invitó a pasar.

Cruzaron el comedor del mismo estilo y después un pasillo repleto de grabados. La casa entera parecía un pequeño museo. Salir al jardín, ver al dueño en jersey, acercándose a recibirlos chocaba, hería a los ojos, casi como la luz brillante que el sol dejaba caer sobre el follaje.

—¿Pero a qué viene tanto cumplido? Haber entrado. —Estrechó las manos de todos, mientras comentaba, aludiendo a Daniel:

—Bueno, vosotros ya le conocéis.

—Era por si nos encontrábamos con tu padre.

—Está en Madrid. Precisamente se ha ido esta mañana. Además, ¿qué importa? Estos amigos se van a creer que es una especie de monstruo.

Los llevó hasta un rincón del jardín, ganado a la muralla, pendiente sobre el río. Allí, resguardados del viento, el sol casi picaba. Había unas cuantas sillas de lona en torno a un antiguo velador de piedra.

—Os voy a presentar a un amigo que también es artista.

Pedro maldijo la palabra en su interior, en tanto el aludido se apresuraba a levantarse, comentando en broma:

—Artista de secano...

—¿Escritor? —preguntó Pedro, temiendo lo peor.

—De todo —intervino el huésped.

—He hecho algo de pintura, pero no vale nada. La tengo abandonada.

—Pues mira —respondió apresuradamente el anfitrión—, Celia ha expuesto ya en Madrid. ¿Es Celia, verdad, como te llamas?

Celia asintió, mirándole como si no existiera.

—Antonio va mucho por Madrid. Es raro que no hayáis coincidido alguna vez. Claro que también voy yo, y tampoco os conocía.

—Puede que en alguna exposición —murmuró Pedro—, pero así, de momento...

—Me interesa mucho la pintura que se hace ahora por Madrid. —Antonio miraba las puntas de sus pies embutidos en impecables mocasines—. Antes, para ver arte abstracto, había que marcharse a Barcelona.

Pedro y Daniel esperaron la respuesta de Celia, pero se limitó a decir:

—Sí... ahora están las dos por el estilo.

En el mismo jardín, tras el muro cubierto de parras, la ciudad terminaba sobre el río. Más allá, en la ribera opuesta, proseguían las casas en apretado arrabal, cara ya a campo abierto. Pardas colinas, lomas baldías hasta el horizonte surcado por un enjambre de caminos que enlazaban aldeas diminutas, solitarias ermitas, sotos de álamos y ventas.

—Fue buena idea hacer este mirador —dijo Celia, intentando ser amable.

—Se le ocurrió a Antonio.

Desde la balaustrada, miraba fluir el río abajo, entre los escombros desgajados de los muros. Se estaba bien allí, pero el dueño de la casa no les dejó tranquilos mucho tiempo.

—¿Queréis ver el estudio donde duerme Daniel? También la decoración fue idea suya.

—Oye Joaquín, déjalo ahora —se quejó Antonio, cruzando tras ellos el jardín, sin ningún entusiasmo.

Tras la presentación, no era difícil adivinar lo que vendría ahora: Un amplio ventanal encuadrando el paisaje, mesas simples de pino sin barnizar, a la altura del suelo, y cómodos sillones. Las paredes totalmente encaladas. A medio muro, nichos corridos, con libros encuadernados en vivos colores. Pedro cogió uno al azar:

«Tortilla Fiat», de Steinbeck *garsoniers*.

Celia se había sentado en el sofá que centraba el cuarto, frente a la chimenea. Preguntó a Daniel:

—Tú, aquí, ¿dónde duermes?

—Donde estás tú sentada.

—¿Aquí?

—No te levantes —le rogó adelantándose—, duermo bien de todas maneras.

El dueño de la casa había abierto un armario empotrado en la pared mostrando su carga de botellas.

—¿Qué queréis tomar? No hay mucho que escoger, pero algo queda.

Pedro se encogió de hombros.

—A mí me da lo mismo.

—Lo que más rabia te dé —respondió Antonio—. Saca un poco de vino.

Sacó almendras, en un plato de cerámica, y jerez en copas grandes, talladas, como cálices. Todo estaba tan bien que producía desazón. Pedro pensaba que hasta las almendras debían sentirse cohibidas en aquel hermoso entremesero. Se preguntó cómo Daniel podría dormir allí. Quizás fuera como el frío del hotel: cuestión de acostumbrarse.

El anfitrión mientras tanto, alzaba su copa.

—Por todos vosotros.

—Chin, chin.

—Salud. ¡Y que el tiempo mejore!

—Suerte.

En el silencio que se hizo mientras bebían, llegó desde el jardín el rumor de la lluvia.

—¡Vaya, por Dios —se quejó el amigo de Daniel—, llevaba mucho tiempo sin caer agua!

—Se van a mojar las procesiones.

—No lo siento por eso. Lo siento por el techo.

—Hay un alero medio descubierto —explicó Antonio—. El viento se llevó en enero la pizarra.

—Hacen las cosas mal y luego viene esto. —Les mostró el rincón junto a la puerta, manchado de goteras—. Yo no sé cuántas veces hemos llamado para que vengan a arreglarlo, pero parece que a la gente le sobra el dinero.

—¿Los muebles los hicisteis aquí? —preguntó Pedro.

—Todos —repuso el otro satisfecho—, Antonio copió los modelos en Madrid y me los hizo el carpintero de casa.

—Eso se llama robo de propiedad intelectual.

—¿Y qué te crees que hacen los arquitectos de Madrid? ¡A ver si se lo inventan!

—Ellos dicen que sí...

—Dejad en paz a los arquitectos —dijo Antonio—, que de ellos es el reino de los

Cielos.

—Pues a este carpintero también le podían hacer allá arriba un hueco.

—Es muy bueno. Antes trabajaba más, pero ahora, desde que se le fue el hijo a Francia, no hace nada. —Suspiró viendo caer el agua—. Como mi padre dice, ya no hay quien tenga amor al oficio. El chico podía haber sido un buen tallista aquí, pero se empeñó en marcharse y en Francia está, desde hace dos años. Trabajo no le iba a faltar, porque entre la finca y la casa, dan de sí bastante, pero hoy la gente quiere cada vez más. Solo cuenta el dinero.

Más allá del ventanal, las colinas iban tomando un tinte oscuro. Las nubes revueltas, se abrían en brillantes halos, en cortinas de lluvia, bañando la tierra.

Junto al cristal empañado de gotas, el anfitrión, aún melancólico, ofreció a Pedro un cigarrillo.

—¿Pensáis quedaros mucho tiempo?

—Toda la semana —respondió Celia por él, a sus espaldas.

—¿No habréis venido a ver las procesiones?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque aquí valen poco —repuso el otro con gesto de lástima.

—Ya les previne yo —advirtió Daniel.

—Bajaron mucho en los últimos años. No es que antes valieran gran cosa, pero al menos eran auténticas. Ahora, con dejar a oscuras las calles por donde van los pasos, el alcalde cree que tienen ese espíritu místico que dice la prensa. Con eso y con la cantidad de nazarenos que salen cada año quieren hacer la competencia a Cuenca y Zamora, cuando la verdad es que los turistas acaban siempre marchándose a Sevilla. Hasta un criado de mi madre sale con cruz y arrastrando cadenas.

—Pues yo a Sevilla, no iba ahora, ni pagándome el viaje —dijo Daniel.

—¿Por qué? —preguntó el amigo, sirviendo una nueva ronda.

—Porque es el sitio más caro y más incómodo de España.

—Bueno, en Semana Santa, ya se sabe.

—Lo malo es que cuando acaba la Semana Santa, ya está la Feria encima y después de la Feria, viene la temporada de verano. Todo el mundo está con el tabuco en alto: desde el taxista que te cobra el doble porque le autorizan hasta la mujer del tabaco que lo sube porque quiere. Es como los restaurantes, o los hoteles, todos de primera, aunque salga hasta el portal el agua de la ducha.

—¿Y las tapas que te ponen en los bares? ¿qué?

—Para eso te las cobran con el chato...

—En Sevilla —replicó Antonio—, está el mejor hotel de España.

—Bueno, el mejor hotel de España, para ricos.

¿Y para quién va a ser?

—A propósito de Sevilla —cortó el dueño—. ¿Queréis oír unos buenos discos de flamenco?

—¡No serán la dichosa *Antología!* —le previno Antonio.

—No. Estos son discos viejos. De setenta y ocho revoluciones. Los compré en el Rastro, el mes pasado. Esperad, que en un minuto los traigo.

—Oye, Joaquín, no te molestes...

Aún intentó Antonio quitarle la idea, pero no obtuvo mayor éxito. Debía hallarse muy satisfecho de su compra. A poco, una voz gastada, como lejana, se alzaba del *pick-up*, en monótono lamento.

El dueño ilustraba cada cante con explicaciones que sonaban a manual, mientras los diferentes estilos se sucedían ante el tedio de Daniel y Pedro. Alguien había dicho cierta vez —Pedro no recordaba quién, ahora— que el flamenco se echó a perder desde que los de las gafas se metieron en sus cosas. Era verdad. No había reunión intelectual sin su entendido en cante jondo, sin sus discos añejos, sin visita final, sobre todo si se trataba de amigos extranjeros, a cualquier sala de fiestas minoritaria, en busca de la esencia del país, de algún bailaor desconocido.

Joaquín era el único que, al parecer, se divertía. Seguía la letra, el compás de los melismas como un profesional, cambiando impresiones consigo mismo. Al principio daba a conocer el nombre del intérprete:

—Este es Manolo, el de Badajoz, cuando empezaba... Fijaros qué voz tenía entonces.

Cada cual miraba a los demás, preguntándose hasta cuánto duraría el recital, pero Antonio, al concluir el tercero, se levantó, acercándose a la ventana.

—Me vas a perdonar, pero a mí se me hace un poco tarde y tengo que aprovechar esta escampada. Mañana seguimos...

—¿No llueve ahora? —preguntó Celia, preparándose a su vez, la salida.

—En este momento, no —se volvió el otro—. ¿Nos vemos mañana?

—Como queráis —replicaba Joaquín con buen conformar, en tanto los demás asentían.

—Por nosotros no hay inconveniente. Al contrario...

—Quiero que vengáis a casa —añadió Antonio—. Si vais a estar aquí toda la semana, haremos porque os sea leve.

Joaquín no quiso ser menos:

—El sábado, además, viene mi padre. Podemos ir a la finca con el coche.

Y preguntó después, viendo que Daniel también se levantaba:

—¿También os vais vosotros?

—Tenemos que comer temprano en el hotel. Si no, nos quitan la mesa los de las agencias.

—¡Qué malos son esos turistas! —comentó de buen humor, dando una palmada en la espalda de su amigo—. Habría que expulsarlos del país. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Con no dejarles entrar era bastante...

—¿Y las divisas, qué? ¿De dónde las sacamos? El día que llegues a ministro vas a ser un desastre.

—El día que llegue a ministro, me iré a vivir a ese hotel que dice Antonio.

—En Sevilla, para siempre.

—En Sevilla... Toda la vida viendo procesiones.

Se demoraron buen rato, antes de salir, porque el dueño de la casa se empeñó en no dejarlos marchar sin enseñarles todo: muebles, sofás, cubiertos de cojines; abanicos luciendo en vitrinas, entre collares y medallas, relojes dentro de sus campanas de cristal, llenando con su tic tac la vacía soledad de las salas. La voz implacable de Joaquín les perseguía explicando el tamaño de los cuartos, su bajo techo que no concordaba con el espesor de los muros exteriores.

—La casa se incendió a principios de siglo. Solo quedó la fachada que es del diez y seis. Lo reconstruyeron al gusto de la época. Los muebles los hicieron poco a poco. Algunos los encargó en Madrid mi padre.

En la alcoba de la madre guardaban todos sus frascos de lociones. Sobre la cama, un enorme Cristo de marfil, y un oscuro rosario, colgado en la cabecera. En los balcones, pesadas cortinas, y sobre el mármol de la coqueta, en bandeja de plata, el peine de concha que la difunta usaba. También había un pequeño reloj con caja de nácar, parado en la hora de su muerte.

—A mi padre no le gusta que enseñemos este cuarto, pero yo creo que vale la pena. Al menos tratándose de personas que saben apreciarlo.

Saliendo al exterior, como antes al jardín, sintieron la misma sensación de alivio.

Camino del hotel, volvió a abrirse el cielo. Las calles mojadas aún, brillaban devolviendo el sol en opacos reflejos.

—Menuda mañana... —comentó Celia, apenas doblaron la esquina de la plaza.

—No estuvo tan mal. Peor hubiera sido estamos ahí sentados.

—Entonces, ¿te gustó la casa?

—¿A ti no? —preguntó Pedro.

—A mí me parece un panteón. ¡Y la alcoba esa con el peine lleno de pelos...!

—No inventes. No tenía.

—¿Y lo del reloj parado? ¿También lo invento yo? Eso son delirios de grandeza. Ni que la madre fuera el padre de Fabiola. Lo deben haber visto en alguna revista.

—Habérselo dicho, en vez de estarte tan callada.

—También podía haber dicho otras cosas y ya ves, ni palabra...

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Por ejemplo, que ese Antonio, el de las sienes plateadas, estuvo una vez en el estudio de Fornell. —Y ante la perplejidad de Pedro que pugnaba por hacer memoria, continuó—: ¿Te acuerdas de aquel grupo que apareció por allí, el día en que cerraron la exposición?

—¿Los de Pepito Ochando? ¡No fastidies!

—Sí, señor, los de Pepito Ochando...

—No me lo creo.

—No te lo crees porque no te acuerdas, pero yo bien segura estoy.

—¡Tú lo que tienes es mucha fantasía!

—¡Menuda fantasía! Si me apuras un poco, hasta fue otras dos veces, fíjate. Una cuando hablaron de dar aquella fiesta a Cocteau.

—Hace bastante entonces...

—Ya lo creo que hace. Y la otra, luego, en verano, cuando andaban como locos porque iba a venir Marión Brando.

—Que tampoco vino.

—Sí vino, pero no sé qué pasó que no pudieron verle y se fue a Torremolinos. Cosa de celos...

Pedro callaba, intentando recordar todos aquellos detalles que Celia refería. Al llegar a la puerta del hotel, antes de entrar, ella preguntó aún:

—¿Qué? ¿Tengo memoria o no?

Él la miró dudando y luego respondió:

—Muy buena... cuando quieres.

El comedor se hallaba rebosando. Los cubiertos alzaban un suave tintineo sobre el rumor de las conversaciones. Los turistas se sentaban por países y edades, en torno a mesas unidas, entre las que vagaba el guía, haciendo recomendaciones, impartiendo órdenes o sirviendo de intérprete ante los camareros.

Inglesas con blancos sombreros de flores y vestidos claros, alemanas de semblante impasible y piernas sin forma, consultando su *Guide bleu* durante la comida, familias de franceses con sus blusas de *nylon* y su agua mineral, con su aire eterno de estarle haciendo la disección al plato.

Entre tanta senectud, un par de chicas mustias y algunos hombres solitarios, almorzando en silencio.

Julio acertó, guardando la mesa, a pesar de las miradas hostiles del maître. Luego de deambular media mañana por las calles, había vuelto pronto a trabajar.

—Terminé, me di una ducha, hablé un rato con Wanda por teléfono y me vine aquí, a coger sitio.

—¡Qué chico tan formal! —comentó Celia—. ¡Debes ser más feliz!

—Casi... Me falta un poco todavía.

El camarero tomaba nota de los platos, sudando como en pleno verano.

—Buena mañana... —comentó Pedro en voz alta, mientras Celia leía la carta.

—No me hable, por Dios —suspiró ruidosamente—. ¡Ganas tengo de que pasen estos días!

—¿Mucha gente a comer?

Lanzó una mirada en rededor.

—Mucha gente, sí señor, y todos con prisas. —Tomó nota rápida de los platos y se alejó apresurado, sorteando las mesas, sin escuchar las múltiples llamadas que de ellas surgían.

—¿Cuántos almorzarán aquí hoy? —preguntó Julio.

—Dos o tres autobuses. Este debe ser el auténtico negocio. Con el hotel ganan poco.

—Se nota, por lo mugre que lo tienen. A propósito —añadió—. ¿Hablasteis con el conserje?

—¿Con el conserje? No... Ni siquiera me fijé si estaba.

—Me preguntó por vosotros.

—Tendrá alguna carta —opinó Celia.

—No sé quién va a escribirnos aquí.

—Me preguntó a qué hora veníais.

—Bueno, luego iré a ver qué tripa se le ha roto.

Tras los postres, se demoraban los turistas. Pedían copas de Chartreuse, buscando las mujeres los cigarrillos en sus grandes capachos. Arreciaban las consultas al reloj, las súplicas del guía, las discusiones con el maître a la hora de pagar. Finalmente,

salieron todos, mientras llegaba de fuera el ronco zumbar de los motores.

En el comedor semivacío, esperando el café, Pedro aprovechó la pausa para levantarse, camino del hall.

—¿Y Wanda? —preguntó Celia a Julio, mientras tanto—. ¿No viene?

—¿Aquí? No viene, no...

—¿No la apetece?

—Dice que quiere dejarme trabajar.

No pudo menos de sonreír, aún a riesgo de molestarle.

—¡Ni que estuvieras haciendo los *Episodios Nacionales*!

Julio pareció no oírla, sin embargo, respondió:

—Los que llegan mañana o pasado son los pintores.

Fue Celia quién tuvo que adoptar ahora un aire indiferente.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

—¿Es que tú no estabas enterada? —Y como ella no parecía interesada en responder, añadió—: Me lo dijo Wanda, también. Viene Pablo...

—¿Solo?

—Con Fornell y alguno más. Hasta creo que traen al comisario de la Bienal.

—Entonces va a estar esto divertido.

—Eso mismo pienso yo.

Se preguntó por qué le aguantaba, por qué no le dejaba allí, con sus idiotas ironías, pero recordando sus propias burlas anteriores, permaneció sentada. Julio era siempre así. No valía la pena tomárselo en cuenta. A fuerza de vivir entre pintores, en cierto modo dependiendo de ellos, a veces le gustaba rebelarse y aquel día, por lo visto, le tocaba soportarle a ella.

Se entretuvo doblando la servilleta hasta un tamaño inverosímil. La espera en el comedor vacío comenzaba a ponerla nerviosa, sobre todo, tras el anuncio de la llegada de Pablo. Si ahora se presentaba allí de nuevo volverían las escenas. Había prometido quedar en Madrid, no aparecer, esperar hasta el fin de la semana, pero como de costumbre, sus decisiones eran meras palabras.

Ahora, tras año y medio de problemas parecidos, aquella perpetua desazón la fatigaba. Los paseos en Madrid a orillas del río, bajo las frondas de San Antonio, las citas en el Museo del Prado, los encuentros en inhóspitos cafés, en sórdidas casas de citas, huyendo siempre, siempre con el miedo de ser vistos, la humillaban. Pablo espaciaba cada vez más las entrevistas, desde que meses atrás los, pintores del café le sorprendieron llevándole los cuadros al Salón de Otoño.

Ella se había quedado pagando el taxi, mientras subía rápido la escalinata con las telas. Iba a entrar en el registro cuando se los tropezó.

—Hola Pablo... ¿Qué haces tú por aquí?

—De visita, como vosotros.

—¿De visita? ¿Y esos cuadros?

Hizo un gesto vago, intentando seguir, pero los otros dos le detuvieron.

—A ver, déjanos echar un vistazo.

—A ver ese misterio...

Junto al coche, Celia presenciaba la escena sin saber si debía acercarse o no.

—¿Desde cuándo pintas bodegones? —preguntó uno.

—Oye, están bien estas peras.

Había cortado aquella mofa subiendo a su vez, quitándoles los cuadros de la mano. Ellos fingieron asombrarse mucho al saber que no eran de Pablo y se alejaron con afectada seriedad.

Todo el día estuvieron amargados. A Pablo, la broma de los otros le molestaba más que si les hubieran sorprendido abrazados.

—¡La culpa es tuya por hacerme venir!

—Yo lo dije por vernos hoy un rato...

—Por un día, no nos íbamos a morir, me parece...

Acostumbraba a ser injusto cuando las cosas iban mal, cuando algo se ponía en contra. De nuevo impaciente, en la larga cola para entregar las obras, entre fieros abstractos y humildes paisajistas, apenas volvió a musitar palabra.

—¡Empezamos mal este otoño! —murmuró.

Sus augurios se cumplieron porque los del Salón no colgaron ninguno de los lienzos.

Durante el invierno, a través de helados paseos, en cuartos mortecinos, nerviosos bajo el frío contacto de las sábanas, volvieron aquellos silencios que la deprimían.

—¿En qué piensas?

—En nada... En cosas.

—¿Estás cansada?

—Debo tener la mala racha...

Súbitamente sentía ganas de vestirse, de huir, no verle más...

—¡Es todo tan siniestro! —insistía.

—Si quieres apagamos la luz, o vamos al estudio...

—¿Qué más da? Es lo mismo.

Cerraba los ojos. Al contacto de su cuerpo, el mundo gravitaba hasta acabar de pronto, en una oscura congoja.

La despedida en la opaca habitación, entre cromos de santos y fotos de la dueña, era rápida siempre, casi de trámite.

—Mañana te llamo, ¿eh? Sal tú primero.

Era vano esperar. Los días se prolongaban en ausencias imprevistas, como si por encima de cualquier circunstancia, de su amor incluso, Pablo guardara para sí, una vida distinta, no sabía si mejor, pero vedada a ella.

De cuando en cuando, su capricho renacía. Entonces organizaba encuentros imposibles, viajes como el que Julio anunciaba ahora, o aquellas horribles fiestas en su estudio. Siempre en perpetua culpa, siempre temiendo, los meses transcurrían pendiente del teléfono, del hermano y la madre, mientras Pedro continuaba en el café,

a vueltas con su mundo.

De noche, quedaba leyendo hasta la madrugada. Al menos eso decía, aunque en alguna ocasión, sucedió despertar súbitamente encontrando sus ojos fijos en ella. Era difícil prever sus cambios de humor. Pasaba semanas enteras sin preguntar qué hacía de su tiempo, hasta que súbitamente, por cualquier motivo, la cubría de reproches. Todo le echaba en cara menos lo que ella temía. Era como si temiera hacer cara a la realidad, incluso cuando llegaba a pegarla obligándola a defenderse con la amenaza de una separación definitiva. Luego, tras los golpes, su excitación hacía crisis y rompía a llorar. Viéndole así se estremecía. Era un llanto entrecortado, silencioso, difícil de olvidar.

—Bueno, arreglado...

Allí estaba, de vuelta, tras hablar con el conserje.

—¿Qué quería?

—Nada importante.

—¿Y para nada te hace ir?

—Para decir que nos cambiaron de cuarto. Por lo visto nos han dado otro mejor.

—Vio el gesto de Celia y añadió—: ¿Qué tiene de malo?

—De malo nada, pero podían avisar.

—Ya nos han avisado. ¿Qué más quieres?

—Antes, quiero decir. Podían preguntarnos. ¿No?

—Ahora con la Semana Santa tienen mucho trabajo... Por lo visto les hacía más servicio el nuestro. Por las dos camas...

—Ya empezamos con que todo es igual —repuso impaciente—. Si estamos pagando la habitación será nuestra, digo yo, con Semana Santa o sin semana. No tienen por qué disponer de ella. Además, ¿qué han hecho con la ropa?

—La llevaron a la otra...

Celia le miró alarmada ante el tedio de Pedro que comenzaba a cansarse.

—¡Pero si estaban las maletas abiertas!

—Las habrán llevado como estén. ¿Qué quieres que te diga?

—No quiero que me digas nada. Si te parece normal que nos cambien así, cuando les da la gana...

Pedro alzó los ojos de su café:

—¿Por qué no vas tú y se lo cuentas a la dueña? Te aseguro que a mí me da lo mismo una que otra...

Celia se alzó y cruzando el comedor, torció hacia la puerta que daba a la escalera. Arriba, en el descansillo, recordó contrariada que había olvidado preguntar el número. La antigua habitación ya debía estar ocupada.

La camarera, como de costumbre, no aparecía. Subió un piso más.

Al fondo del pasillo, sonaban voces. Vino una vaharada de cocina y se acercó dudando sin decidirse a entrar.

—... un chico moreno, fuerte él...

—Sí, con ese. Estuvimos saliendo como cosa de un mes.

—¿No estaba en la mili?

Las voces llegaban entre rumor de platos. Era absurdo permanecer allí porque nunca se habría decidido a llamar. Además, el olor a coles le repugnaba. Volvió sobre sus pasos, mirando, al azar, las puertas, los números del sucio pasillo.

De pronto, una voz le llamó a su espalda.

—¿Buscaba usted algo, señorita?

Era la camarera de otro piso, pero debía conocerla porque al saber que deseaba encontrar su nueva habitación, se brindó a acompañarla. Acomodó su paso al lento andar de la vieja que explicaba:

—... Es verdad. Les cambiamos esta mañana. Me parece que la treinta y dos. Espere —se detuvo a pensar—. ¡Qué memoria! Sí, esa es: la treinta y dos, en el piso de abajo. Venga, que se la voy a abrir.

No hizo falta. La llave estaba en la puerta. Un cuarto de techo muy alto, con lacias cortinas de cretona.

—Este es mejor —proseguía la vieja—. Además, con cama de matrimonio. Que el otro no tenía...

El tono de la vieja, sin saber por qué, le produjo una sensación desagradable. Pensó, para justificarla, que se andaba buscando la propina, pero no llevaba ni un céntimo y tuvo que esperar hasta que cansándose, salió.

—Bueno —volvió desde el pasillo—, me voy, si no me necesita. —Y tornando al tono confidencial—: Nosotras comemos ahora... ¿Sabe usted?

Asintió, sin saber qué decir, sin querer prolongar por más tiempo la charla.

—Que duerman bien, que pasen buena noche.

Salió con su sonrisa celestina, con su menudo paso, y de pronto, Celia comprendió el porqué de tanta libertad para cambiarlos, la razón de las miradas de la dueña, cada vez que pasaban ante su pequeño mostrador, abajo. La dueña, como el conserje y la criada, pensaban que no estaban casados.

Recordando su expresión impertinente, viendo las camisas de Pedro, las medias, los jerséis, embutados juntos, asomando por las maletas entreabiertas, sintió que la ira le ganaba.

Descolgó el teléfono. El zumbido se prolongó largo rato sin respuesta, colmando su paciencia.

—A ver, dígame... —Llegó por fin la voz del encargado.

—Mire, aquí es... —Dudó, sin saber qué nombre dar—. Aquí es la señora de la habitación que han cambiado esta mañana.

—Sí, dígame —repitió la voz sin enterarse.

—Es usted el que tiene que decir.

—¿Cómo?

Era inútil. Al otro lado la voz soñolienta repetía:

—¿Cómo dice usted?

—¿Les han cambiado?

—Le pregunto por qué nos han cambiado.

—¡Sí! —Procuró no dar a sus palabras un tono violento—. Mire: ¿Quiere decir a la dueña que se ponga?

—¿La dueña?

—Sí... La dueña, la señora.

Ni aun así, comprendía. Llegaba ahora, por el auricular, una segunda voz más lejana con la que el encargado dialogaba antes de responder.

—Dice la señora que la habitación que les ha dado es mejor que la otra.

—Dígale que la que yo quiero es la de antes —respondió Celia furiosa.

Otro aparte. De nuevo debía andar consultando la respuesta.

—Mire, es que la otra está ya ocupada.

—Pues ustedes verán lo que hacen...

Colgó de golpe y sin saber qué hacer, fue a sentarse en la cama. No tocó las maletas, ni siquiera se molestó en subir las persianas. Aunque Pedro se inhibiese, no estaba dispuesta a claudicar. En aquel momento le odiaba como a Julio. Podían criticarse, hablar mal uno del otro, pero en el fondo, siempre acababan entendiéndose. Ahora, abajo, debían esperar a que volviese. Se sintió deprimida, terriblemente sola, en la penumbra donde únicamente llegaban vagos rumores de fuera.

De cuando en cuando, el furtivo zumbido de un autobús sacudía los cristales. El teléfono sonó de nuevo.

—Diga.

—¿Habitación treinta y dos? —Reconoció a la dueña en aquella voz impersonal, autoritaria—. Mire, me dice el conserje lo del cuarto. De momento no queda ninguno disponible, porque el suyo lo tienen ya unos alemanes. Quédense con ese y a ver si más adelante podemos cambiarles. ¿Conformes?

—No. Nada de conformes.

—Es que ya le digo que no hay otro.

—Es que yo no quiero otro. Yo quiero el que tenía.

—Lo siento, pero no puede ser.

—Pues vaya haciéndonos la cuenta.

Debió sorprenderle la decisión, porque hizo una pausa antes de responder en el mismo tono distante:

—Como quieran...

La ira le hacía meter torpemente toda su ropa en las maletas. Se echó un vistazo en el espejo y bajó al comedor. Solo un par de camareros recogían los manteles. Julio y Pedro estaban en el *hall*.

—¿Pero dónde vas? —preguntó Pedro viéndola con el impermeable al brazo.

—A Madrid. ¿Dónde quieres que vaya?

Apenas lo dijo, se sintió ridícula viendo además al conserje que seguía, extrañado, la escena.

—Pero, ¿por qué? ¿Por la dichosa habitación?

—Por eso mismo. De todos modos, como a ti no te molesta, puedes quedarte si te apetece.

Ahora tendría que elegir aunque no quisiera. Era una pequeña satisfacción, una pobre venganza, pero en aquel momento la única a su alcance.

—Espera un momento —comenzó.

—Te advierto que ya he dicho que nos hagan la cuenta.

Aún dudaba intentando pactar como siempre. Miró a Julio, que no quiso opinar, y al fin, como en un gran esfuerzo, se puso en pie.

—¿Y dónde quieres ir?

—A Madrid. A cualquier parte.

—¿A Madrid ahora?

Era el sitio más lejos que pudo pensar en aquel instante, el que mayor molestia podía acarrearle.

—¿Por qué no? Hay trenes toda la tarde.

—Vámonos a otro hotel —claudicó—. Anda...

La dueña apareció un instante tras el mostrador, pero ya no estaba cuando cruzaron camino de la escalera.

—¿Pero os vais a marchar en serio? —preguntó Julio, viendo a Pedro empaquetar sus libros. Pedro respondió con un vago gesto.

—A mí me parece que no es para tanto —insistió.

—A mí también, pero, como ves —cerró de golpe la maleta—, no queda otro remedio.

Calle arriba, de nuevo buscando una pensión, porque solo había otro hotel: el Hostal, y era de lujo, para fines de semana, discretos y turistas caros.

En algún lugar de la ciudad rompieron a batir los primeros tambores. Redoble procesional, devuelto en ecos por las plazas y calles, al que inconscientemente se acomodaba el paso. Llovía. Un agua tan helada como el viento, como en París en la época en que ellos estuvieron, siempre con las nubes amenazando, eternamente discutiendo bajo la lluvia, con el plano en la mano. Era como vivir aquellos días sin el fervor de entonces, como una infeliz caricatura de aquel viaje al que habían fiado, por un año, su mayor esperanza.

Se fueron a vivir cerca de Saint Germain por idea de Pedro, aunque la buena época del barrio había ya pasado, y ahora enseñaban la casa de Sartre en la rue Bonaparte, como la lápida de Augusto Comte o la inscripción a la puerta del hotel, según la cual, Oscar Wilde vivió y murió allí en uno de los cuartos.

Lápidas, leyendas borrosas, épicas inscripciones. Si en alguna calle nadie escribió algún libro medianamente célebre o inventó teorías o descubrió algún germen nocivo y poderoso, algún militante de la Resistencia había caído bajo disparos alemanes. La leyenda entonces crecía inmensurable a la puerta del pequeño taller o la modesta fábrica, en la placa de mármol costada por los compañeros de trabajo, donde se hablaba más de su vida que del trágico momento de su muerte. Repasar todas aquellas inscripciones era para Pedro como hacer un balance de saber general, como aquella inefable *Historia* de la Facultad, donde en un solo tomo, en cuatrocientas páginas, se encerraba la cultura del mundo, todo cuanto los hombres fueron, desde Beethoven a Cromagnon, desde la dinastía Ming hasta Fernando VII. Celia quería siempre pasar de largo, y algunas veces se sentaba cansada, negándose a andar más. Los dos vivieron una época exaltada y solitaria en los bares repletos de estudiantes que jugaban al *flipper*, en las infinitas librerías, en las minúsculas salas de pintura, entre el Sena, la Escuela de Bellas Artes y el bulevar que daba nombre al barrio. Para Celia, cada exposición era peor que la anterior. Al final se contentaba con mirar el cuadro del escaparate y pasaba de largo. A Pedro, en cambio, tanto libro le cohibía. Menos mal que allí estaban los periódicos. Su gran pasatiempo era comprar un gran fajo con todos los del día y leerlos luego pausadamente en la cama. A veces, la criada llegaba a hacer el cuarto antes de que los hubiera terminado.

A fuerza de pasar horas muertas en los dos cafés de la plaza, comenzaron a tener amigos. Los de su edad escribían todos o pintaban o estudiaban filosofía en la Sorbona.

—Aquí, hasta las criadas estudian filosofía —comentaba Celia.

Flacos, macilentos en su mayoría; con nervios a flor de piel por exceso de café y cinemateca. Jóvenes lectores de español, embutidos en sus trajes negros, empeñándose en mostrarles Montmartre, volviéndose a mirar a las mujeres por la calle, como sintiéndose herederos, fuera de España, de los impulsos vitales de la raza.

Conocieron a viejos exiliados, con acento americano de tanto trabajar en embajadas, algún antiguo alcalde de provincia explicando español por los liceos. Preguntaban vagamente por España, pero pronto la diferencia de edad les aburría. Ni Celia ni Pedro debían suponer nada para ellos, para el país que dejaron al marchar, tal como lo imaginaban, tal como día a día se lo forjaron luego.

Los sudamericanos, siempre a la última en cuestiones literarias, bien comidos, con dinero fresco que llegaba puntualmente de la patria, eran los más virulentos. Un día, Celia hizo comentarios acerca de una chica que pasaba estrechamente abrazada

con un negro.

—Tú hablas así —respondió rápidamente el colombiano de tumo— porque las mujeres españolas solo son capaces de acostarse con blancos.

—No lo digo por el color, lo digo por la cara que tiene. Un hombre con esos granos y esa boca... ¿Dónde vas con él? Igual que hay feos blancos, habrá feos negros, digo yo...

—Los racistas suelen decir cosas parecidas.

—Yo no soy racista. Me da igual negro que verde o amarillo. Además, chico, si te sientes tan demócrata, cástate con un piel roja. ¿Qué quieres que te diga?

Cada noche, mientras los barrios fronteros quedaban muertos, seguían las tertulias en las terrazas, ante los cafés cerrados ya. Estudiantes, alumnos de la escuela cercana, con enormes carpetas, con sucios *anoraks*, de cazadora y *blue jeans* como único uniforme.

A Celia le molestaba que las calles quedaran desiertas tan pronto.

—Pero, bueno, ¿y la gente, dónde está?

—¿Dónde va a estar? En su casa...

—¿Y qué hacen en su casa a las nueve de la noche?

—¡Yo qué sé! Cenar... ver la televisión, leer el periódico.

—¿Y luego?

—Luego, irse a la cama.

—¡Vaya vida! No sé cómo no tienen más niños, con lo aburrido que debe ser acostarse a las diez.

Al hablar así, por encima de la broma, venía a su voz una tenue nostalgia por los hijos.

A eso de las dos, volvían al hotel. En las noches templadas, antes de entrar, seguían hasta el río. A esa hora, la Escuela de Bellas Artes surgía en la bruma, con sus muros tapizados de pasquines. La neblina cubría las luces del puente ante su entrada, esparciendo en el aire un difuso resplandor. Abajo, invisibles, dormían las gabarras, muertas como París, como las márgenes vecinas.

Cruzando ante los puestos de libros, Celia solía decir:

—Son como los de Claudio Moyano, pero menos divertidos.

—¿Por qué? ¿Porque no tienen cuenta? ¡Menuda diversión!

Volvían con frío y humedad, tras mucho detenerse ante los escaparates apagados de las tiendas de antigüedades.

El tiempo se iba y, a su paso, el dinero, en pequeños restaurantes, baratos pero en realidad inasequibles a su cerrada economía. Fue preciso reducir el presupuesto, comenzar a comer en el cuarto, renunciar al café de media tarde, al cine, a los periódicos, tomando cada noche la firme decisión de buscar un lugar más barato, de trabajar en algo. Comenzó a asustarles de verdad la miseria, cuando comprendieron que nada concreto sabían hacer, ni siquiera apretarse el cinturón como los otros o andar al *ramassage*, vivir en sórdidas buhardillas, de liceo en liceo, a la caza de

clases. Celia intentó pintar, pero acabó claudicando el día en que la dueña del hotel descubrió una mancha de óleo en la colcha. Además, ¿para qué? Acababa de saber por un periódico que en París vivían cerca de doce mil pintores.

Un mes antes de volver a España, oyendo poemas en el estudio de un amigo, encontraron a Daniel. París no le afectaba, ni en su modo de hablar como a tantos, ni en su opinión sobre las cosas. Con su eterno traje, con su misma corbata deslucida parecía flotar sobre los otros, ajeno a todo cuanto le rodeaba en el estudio, excepto a las tiradas de versos que salían del gramófono. Bajo la luz difusa, un poco deprimente que dejaba escapar la claraboya, la voz monótona del poeta hablaba de Madrid, del mercado de Arguelles, de una casa con flores, con perros y chiquillos.

El humo de los cigarros cargaba el ambiente. En las pausas, cada cual hacía su breve comentario, cuidando de no mostrar al desnudo su nostalgia, y, a poco, la voz soñolienta proseguía:

*«Huélamo, Carrascosa Alpedrete, Buitrago
Patencia, Arganda, Galve Galapagar, Villalba».
«Peñarrubia, Cedrillas
Alcocer, Tamarejo
Aguadulce, Pedrera
Fuente Palmera, Colmenar, Sepúlveda».*

El poema iba trazando el perfil de la patria en la pesada atmósfera del cuarto. Lomas de granito cubiertas de robles, peladas en la cima; llanuras rojas, pueblos cenicientos, rodeados de mies centelleante.

Cuando el último disco concluyó, todos callaron. Nadie supo explicar lo que sentía, aunque estaba en el ánimo de todos, en su mirar perdido, en las lágrimas de Celia. España era la única razón que les unía aquella tarde y, a poco, cuando el gramófono volvió a su rincón, unos tras otros se fueron despidiendo. Pedro y Celia marcharon con Daniel. Salir a la calle era un alivio.

—¡Aquí fuera se puede respirar! —exclamó Pedro nada más pisar la acera mojada—. Allá arriba, con todos fumando...

Y como si le urgiera olvidar la velada, propuso ir a cenar celebrando el encuentro con Daniel.

—Os invito yo.

—No, hombre, no. Te invitamos nosotros. ¡Estaría bueno!

—Vosotros tenéis que ahorrar.

—Y tú también.

—Yo me marcho esta semana.

—¿Tan pronto? —preguntó Pedro con extrañeza.

—Llevo aquí casi un mes...

—¡Y no nos fuiste a ver! ¡Tienes tú cada cosa...!

—¿Cómo? No sabía las señas...

—Haberlas preguntado a mi madre antes de venir. Se excusó vagamente. Pedro supuso que habría estado, como siempre, visitando misteriosos amigos.

—¿Y por Madrid? ¿Qué tal?

—Como lo dejaste. Todo lo mismo.

—¿No vas por el café?

—¿Para qué voy a ir si no conozco a nadie? Alguna vez estuve a punto de entrar, pero luego me arrepentí.

—Seguirá igual que siempre.

—Un poco más caro. Ahora deben ir menos amigos tuyos. Hay mucho cineasta. Bueno... y los poetas.

—¿Siguen en el rincón?

—Allí siguen a la hora de la siesta. Preparando la temporada del otoño.

—¿No dices que no conoces a nadie?

—Es que son los únicos que quedan.

—¡Muy misterioso sigues tú!

Hizo un gesto como excusando su silencio.

Llovía. Un agua helada azotando las esquinas. El cielo bajo, blanquecino, monótono, limitaba la calle oscureciéndola, apagando los muros donde multitud de ventanas comenzaban a encenderse. La doble fila de automóviles aparcados se prolongaba siempre, bajo los árboles del bulevar. Algún anuncio luminoso rompía las tinieblas y la gente se apresuraba bajo impermeables y paraguas. Por la calzada, más coches, camiones, *scooters* y bicicletas, persiguiéndose, como huyendo de algún cataclismo, en veloces carreras que solo a ratos los discos cortaban.

Al borde de la acera, los tres aguardaron un instante, buscando un hueco para cruzar.

—Venga, no seáis paletos —les apremiaba Celia—, si esperamos a que nos dejen, no pasamos nunca.

—Está rojo el disco.

—Nos vamos a calar con esta lluvia.

En plena calzada, un viejo cuatro-cuatro cruzó rozando, sin intención de apartarse, dejando tras sí una ráfaga prolongada de maldiciones.

—Ese se va acordando de nosotros.

—¡Que aproveche!

Ahora, Daniel guiaba por calles más tranquilas.

—Pero, oye —preguntaba Celia luchando con su pelo mojado—, ¿se puede saber dónde nos llevas?

—Calma, que ya llegamos. —A poco se apartaba para hacerlo entrar—. Esto no es el Ritz, pero para cenar, ya vale.

Se sentaron al fondo, en torno a una gran mesa que corría paralela a la pared. Un grupo de estudiantes alborotaba cerca de la puerta, en torno a dos chicas americanas. Parecían turistas, y aguantaban de mala gana el juego de los otros, en el que también

intervenían dos muchachos ingleses de galonada chaqueta azul y un negro. El juego consistía en formar una larga hilera a lo largo de la sala, y por turno ir las besando, atentos a su gesto cuando llegaba el turno al negro. Luego cantaban a coro en torno a este que, subido en la mesa, se alzaba la camisa sobre la cabeza, gritando:

—*Je suis Jeanne d'Arc!*

Todos habían bebido y la dueña los aguantaba, sin dar importancia a sus azotes, cada vez que volvía la espalda tras servir una nueva botella.

Pidieron sopa y carne por ahorrarle cuartos a Daniel y porque la carta tampoco prometía demasiado. Ya iban los bistecs mediados cuando hizo su pregunta favorita:

—Y vosotros, ¿qué tal?

—Nosotros, ya nos ves.

—¿Trabajáis?

—¿En qué vamos a trabajar?

—Hombre, no sé... Quiero decir que si os dedicáis a algo.

—Así, en concreto, a poco.

—A nada, querrás decir —aclaró Celia.

—Pero algo tendréis a la vista.

Los dos se miraron en silencio, en mudo balance de su porvenir.

El caso es —comenzó a explicar Pedro— que hacerse un hueco aquí es más difícil de lo que parece. Hay gente que lleva dos y tres años, y está como el día en que llegó.

—Supongo... y hay quien está toda la vida...

—Sí —reconoció—. Hay quien se pasa así toda la vida, y en peores condiciones que nosotros. Claro que a nosotros también se nos acabará.

Daniel fue llenando los vasos, intentando levantar los ánimos que parecían en quiebra.

—Vino de la casa...

Pero Pedro continuó en el mismo tono:

—Se nos acabará antes de lo que pensamos. —Se rio tristemente de sí mismo—. ¡Qué sentencioso estoy! Si seguimos así, te vamos a dar la noche.

—Por mí no os preocupéis. Lo que siento es haber sacado el tema.

—Pues yo te lo agradezco. Si no es hoy va a ser cualquier otro día... ¿Qué más da? Si hay que hacerse a la idea de marcharse, cuanto antes mejor.

—¿Pero os pensáis volver tan pronto?

Pedro dudó antes de responder:

—Te parecerá mentira, pero hasta hoy no habíamos hablado seriamente del asunto.

—Lo habréis pensado por lo menos.

—Pensarlo, sí —medió Celia vivamente—. Pensarlo, siempre.

—Yo creo —continuó Pedro— que por pensarlo demasiado no intentamos nada aquí. Quiero decir que no hemos hecho nada por quedarnos.

—¿Y no lo vais a echar de menos ahora?

—¿Esto? —Eché una mirada en rededor, como si a lo largo de los muros pudiera abarcar París entero—. Lo que yo echo de menos es la Gran Vía o el café de Madrid, o la Casa de Campo...

Daniel le miró divertido.

—No te rías. Ya sé que son tópicos. —Miró el fondo del vaso, añadiendo en tono pensativo—: Te pasas la vida luchando contra ellos y luego resulta que cuando estás fuera, es lo único que verdaderamente te interesa.

—Pero, ¿y los tópicos de aquí?

—¿El barrio? —preguntó Celia.

—El cine, por ejemplo. Poder ver todo el cine que quieras. O los periódicos, o los libros... Incluso los pintores...

—Pintores los hay mejores en Madrid —repuso Celia con presteza.

—Y lo que es el ambiente —concluía Pedro—, puede que tengas razón, que lo echemos de menos, pero esto del viaje no es cosa que pueda razonarse. Es algo físico. A mí la idea de pasar aquí el invierno me pone malo.

Daniel callaba. Quizá como decían no hubieran hablado nunca de la marcha, pero de un modo tácito habían ya tomado su decisión. Dejar pasar el tiempo, implicaba la vuelta. Era curioso escuchar las razones de ambos añorando el regreso: casi idénticas a las que prepararon su viaje a París. También entonces había, según Pedro, algo físico por medio, algo que no era fácil razonar, pero que les arrastraba fuera.

—Además —continuó, cortando el hilo de sus cavilaciones—, ese no es el caso. El asunto es que aquí, maldito lo que hacemos.

—¿Y allí?

—Allí es distinto. Es el país de uno.

Y sin embargo, tan solo un año antes, el país de Pedro era un desierto. Al menos en eso, París seguía igual: capaz de hacer hallar a cada cual su propio sitio aún en el páramo de que Pedro hablaba.

—En tu país puedes trabajar, y si no... —calló sin decidirse a continuar.

—Si no, está la familia —concluyó Celia por él. Había un suave cinismo en sus palabras que Pedro se apresuró a paliar:

—Es que estamos a cero —explicó—. Nos queda dinero para un mes escaso.

Daniel sirvió vino de nuevo. Ambos le miraban, como si de la botella que tenía en sus manos fuera a surgir, repentinamente, una rotunda solución.

—Vais a decir que me meto en lo que no me importa...

—No. ¡Qué tontería! Déjate de rodeos...

—Yo, lo que haría con ese dinero, con ese mes de vida, sería quedarme, pero intentando buscar algo, de verdad.

—¿Quedarnos?

—Hacer un último esfuerzo. En un mes, cuando se lleva ya tiempo, puede encontrarse cualquier cosa. No es como si se acabara de llegar.

Callaron. La respuesta debió decepcionarles. El vino, los poemas de la tarde, la ocasión de tratar, por fin, el tema de la vuelta, les hacía soñar con el viaje hasta el punto de que por su gusto lo hubieran emprendido al día siguiente.

—Yo no digo quedaros para siempre —explicaba Daniel—. Quedarse para siempre me parece tan absurdo como marcharse ahora. Yo hablo de un año o dos, por lo menos.

—¿Un año? ¿Para qué?

Pensó que si no lo comprendía, era inútil pretender explicarlo. En aquel momento parecía no haber término medio entre marchar al día siguiente o quedar toda la vida. Además, la razón de la familia que Celia había apuntado, era de por sí bastante poderosa.

Quedaron en silencio. Los estudiantes habían marchado ya, llenando la calle con sus voces. Quedaba solo la dueña haciendo balance ante la caja, cerca de la gran estufa que dividía en dos la habitación.

—Entonces, en Madrid, ¿os iréis a vivir a casa de tu madre?

—¡Qué remedio!

—Y tú hermano, ¿qué va a decir?

—No dirá nada. Trabaja mucho y vive bien. Ahora va a comprar coche. ¿Para qué quiere más? El día menos pensado se casará y agarrará un buen pico. Ese no es como nosotros.

Otro silencio. Cada pausa enfriaba más la discusión, hasta degenerar en simple charla. Daniel sentía ahora haberla suscitado cuando bien se veía que ya estaba todo decidido. A todo durar, quedarían aún dos meses o tres, y quizá no llegaran a tanto. Sin embargo, insistió, esta vez, con pocas esperanzas:

—A mí lo de tu madre me parece un error.

—¿Ir a vivir con ella?

—Si estáis decididos a volver, ¿por qué no alquiláis un piso en Madrid y empezáis en serio?

—Podría ser... No creas que es ninguna mala idea...

Salieron a la calle negra, inhóspita y vacía. Daniel les acompañó un buen trecho y luego se separaron, quedando para verse al día siguiente.

Al día siguiente estalló lo de Argelia.

Camiones militares en las calles. Alambradas ante el Quai d'Orsay, gritos por los Campos Elíseos y el helicóptero de la policía retumbando sobre los tejados. Todo el mundo pendiente de la prensa, de Córcega, del partido que tomaría el Ejército, del general De Gaulle. Los españoles traían el recuerdo del 18 de Julio, pero los amigos franceses aseguraban que el Ejército no se levantaría. Los del café hervían iracundos contra los paracaidistas, y en el Barrio Latino se iniciaban gestiones para una manifestación que nunca llegaba a organizarse.

Por fin, De Gaulle habló. La tarde de su esperada conferencia pilló a Pedro fuera del barrio, con Daniel, y no pudo volver a casa porque el centro estaba acordonado,

casi en pie de guerra, y esta vez, además del helicóptero, una segunda avioneta sobrevolaba la ciudad a la caza de posibles manifestantes. Todos escuchaban, los soldados, junto a los aparatos de transmisiones, y la gente en casa o en los bares. Por media hora, la ciudad quedó inmóvil. Luego vino el lento éxodo de los que vivían en las afueras, porque los Sindicatos de transportes habían declarado la huelga y el Metro no funcionaba.

—No ha dicho mucho —comentaba Pedro, camino del hotel.

—Solamente que se pone a disposición de las empresas.

—¿Y tú qué crees? ¿Que le van a llamar?

—¡Qué remedio les queda!

Los autos recogían obreros y transeúntes. En las bocas de Metro aún quedaban fotógrafos encaramados, esperando manifestaciones.

—¿Entonces a ti te parece que de huelga general nada?

—Aquí no hay quien se vaya de huelga, cara a las vacaciones.

Según la tensión iba cediendo, desaparecieron los camiones, los cascos militares. Días más tarde, viendo salir de Notre Dame grupos de niñas en traje de Primera Comunión, era difícil imaginar que el país se hallara al borde de la guerra.

Sin embargo, los amigos comenzaban a temer la censura que quizá vendría tras las restricciones de los primeros días.

—¿Sabes qué te digo? —comenzó Pedro, al cabo de una semana, mientras esperaban a Celia en el cuarto del hotel—. Que os vais...

—Justo. Nos vamos contigo. Ahora, con la primavera, es la mejor época en Madrid.

Daniel se le quedó mirando.

—Tú, desde luego, tienes cosas de viejo.

—No sé por qué dices eso.

—¿Que por qué? ¡Si te pasas el día añorando el sol!

—¿Y es malo eso? ¿Es malo acordarse de España?

—¡Dichosa España! ¡También hay sol en Capri, y en la mitad del mundo, por lo menos! ¡Yo digo que lo malo es esa vida absurda que tú llevas!

—Todas las vidas son absurdas.

—Sí. Ya lo sé. Dentro de cien años todos muertos. —Se detuvo aburrido—. ¿Para qué vamos a discutir si ni tú mismo lo crees?

—Entonces, ¿por qué lo digo?

—Por frivolidad, y porque en este momento te conviene.

Daniel calló. Pedro miraba los periódicos atrasados que cubrían la mesa. Más allá del hotel, al otro lado del patio interior donde se abría la ventana, una pareja de muchachos se afanaban a ambos lados de una mesa de *ping-pong*. El seco golpe de la pelota en su ir y venir, llenaba el húmedo silencio de la noche. Sonaron pasos en la escalera y Celia entró empujando la puerta.

—Hola, Daniel. —Depositó sobre una de las sillas los paquetes que traía—. La

cena...

—Te invitamos —dijo Pedro.

Daniel lanzó una mirada sobre el envoltorio.

—¿Tú crees que habrá bastante para todos?

—Ya nos arreglaremos.

Fueron sacando pan, queso, jamón y un par de latas, que Pedro colocó sobre la minúscula mesa.

—¿Le dijiste ya eso? —preguntó Celia.

—¿Lo del viaje? Ya lo sabe.

—¿Y qué opinas?

Daniel se encogió de hombros.

—Yo soy un liberal —respondió—. Cada cual es dueño de su vida, hasta para equivocarse.

9

«En 1955, José María Fornell consigue, por vez primera, una formulación clara, orgánica, expresiva, de su mensaje pictórico. Atrás queda la vieja etapa surrealista, con sus lejanas perspectivas de paisajes vacíos, etapa de tanteo, camino balbuciente, si se quiere, pero sin el que es imposible comprender el momento actual de su arte».

Julio, ante su máquina, se detuvo.

Desde la calle subía el implacable martilleo de los obreros que comenzaban a alzar las tribunas para las procesiones. Un almacén de hierros y tablas se perfilaba ya ante la puerta del hotel. Maderas blancas, hierro oscuro, recién salido de la fábrica. Se entretuvo pensando un título para aquella estructura, imaginándosela en el aire, sin obreros ni calle, flotando en el vacío. «Concepto espacial». No era malo, pero tampoco original. Quizá demasiado abstracto, pensando en el futuro. Ahora la tendencia general derivaba hacia un leve realismo. Además, a Fornell no le gustaba oír que pintaba por pintar. Según él, sus cuadros querían decir algo, y eso era lo que, a media mañana, un día antes de su llegada, intentaba averiguar.

Sin embargo, el tiempo transcurría y por más que hojeaba las reproducciones, la idea no llegaba. Fuera, el ruido de los obreros iba en aumento. Seguiría pensando luego, a la hora de la siesta. Se apartó de la ventana y, descolgando el teléfono, pidió conferencia con Madrid. Al cabo de un rato vino la voz de Wanda, velada por el sueño.

—Hallo...

—Soy Julio, Wanda...

—Buenos días, mi vida. ¿Cómo estás?

—¿Te desperté?

—¡Oh, no! Ya llevaba un rato desvelada. ¿Y tú? ¿Escribes? ¿Cómo va el trabajito?

—Por la mitad, más o menos...

—Pensé que lo estarías concluyendo, y aparte de escribir, ¿qué hacéis?

—Aburrimos como tigres.

—¿Cómo dices?

—Aburrimos mucho.

—¡Pobre! —Su voz se volvió más dramática—: ¿No beberás?

—No, descuida.

—Tómame las pastillas...

—Claro que las tomo. ¿Todavía está tu familia ahí?

—Sí, mi vida, por toda la semana.

—Entonces, hasta el lunes no te veo...

—Mi vida, hay que sacrificarse un poquito. —Hizo una cariñosa transición—. ¿Me quieres todavía?

—Bastante.

—¡Qué frío lo dices!

—Sí... Te quiero mucho —repitió un poco cohibido, pensando en la telefonista.

—Así me gusta más.

—¿Dónde los llevaste?

—¿Cómo dices?

—Que adónde llevaste a tu familia...

—Al Museo.

—¿Al Prado?

—Sí. A papá le agradó mucho. Sobre todo los salones de Goya.

—¿Por qué no les convences para ir a Andalucía?

—Ya estuvieron el año pasado. Conocen toda España mejor que tú.

—No es difícil.

Debió incorporarse en la cama. A poco proseguía:

—Cariño, es terrible lo mal que está el museo. Con el día nublado, casi no vimos los cuadros. No tienen luz apenas...

—Haber ido otra mañana.

—En España no saben instalarlos, seguro. Todos llenos de brillos, en rincones oscuros. —Arrastraba su acento americano—. ¡Unos cuadros tan lindos!

—¡Pues yo siempre los he visto muy bien! —aventuró tímidamente.

—¡Ah, si vieras en Nueva York cómo los tienen...!

—¿Con luz artificial? —preguntó, por decir algo.

—¡Oh, no! Natural. Las salas llevan un dispositivo que enciende la artificial, según va bajando la luz del día...

—Un poco siniestro, ¿no?

—¿Por qué siniestro, mi vida?

—No sé... Lo del dispositivo...

—Así se aprecian mejor las pinturas. No aquí, que apenas se distinguen.

—Bueno... Está bien...

—¿Cómo?

—Que ya está bien de criticar...

—Cariño, a los españoles no se os puede decir nada. Así no sé adónde vais a ir a parar.

—Eso mismo digo yo...

—Ayer mismo fui con papá a reservar los billetes para el «Jet» y la *hostess*...

Ahora venía una de sus eternas historias. Oyéndolas, parecía que el país entero conspiraba en contra suya. Era preciso resignarse y meditar en otras cosas, sin perder el hilo de sus lamentaciones, a fin de responder cuando acabara, de un modo conveniente.

Se dedicó a pensar en su próxima partida. Wanda marchaba a América. Volvería a Europa cada invierno, con sus veinte maletas, con sus delirios de turista importante, aparentando siempre más dinero del que su marido en realidad le asignaba. Y él,

Julio, ¿qué haría? Por su gusto, marchar también, pero no podía calcular dónde. Si seguía viviendo con sus padres, tendría que acabar la carrera y ya se prolongaba demasiado. Sus antiguos amigos, sus compañeros de clase, andaban opositando a notarías, a secretarios de juzgado, a inspectores de timbre, a múltiples empleos, a toda aquella gama de puestos y trabajos que ni se sentía con fuerzas de ganar, ni en realidad les apetecían. Escribir le aburría también. Era poco dinero. Además, no había mucho que decir... Mejor acabar el libro de Fornell. Con su amistad y aquellas breves páginas, con artículos luego, a poca suerte que tuviera, no era difícil prosperar.

—... dije que no, de ninguna manera. Estaba dispuesta a hablar con el cónsul. Pedí ver al director, ¿comprendes?

—Claro, el director.

—Le dije que una mujer tiene sus derechos...

Julio miró el reloj. La conferencia duraba ya más de quince minutos.

—Total, que no pagaste suplemento.

—No pagué, y, además, ¿sabes una cosa?

—Me la cuentas mañana...

—No seas brusco; no me cortes así.

—No te corto. ¿Qué ibas a decir?

—Ya te quedas sin saberlo. Adiós...

—Escucha un poco —intentó justificarse.

—Adiós...

—Adiós. Hasta mañana.

También ella se quedaba sin conocer la riña de Pedro y Celia. Le hubiera gustado, porque pensaba que Pedro poco valía, y con sus ideas sobre la mujer, esperaba que Celia acabara por dejarlo.

Se la imaginó en su cuarto de Madrid, que tan bien conocía. Cara a la Casa de Campo, frente a la mole del Palacio Real que la caída de la tarde teñía de rosados resplandores. Aquella habitación, oliendo a perfume, a sales de baño, repleta de novelas sin abrir y con un par de cuadros sin marco. Había otro de Celia que tardó seis meses en pagar y una máquina para sus breves cartas, la que él tenía ahora, encima de su mesa. Wanda la había alquilado cierta vez que pensó escribir una obra de teatro. Pero luego, a solas, todo su afán cultural se apagaba. En verano era capaz de estar un día entero, desnuda sobre las sábanas, fumando, contemplando la ventana. Cuando apretaba el calor, recibía así a las chicas de la cafetería que llegaban con los bocadillos, hasta que se negaron a subir, dando lugar a una de aquellas interminables discusiones y a que nunca ya pudieran merendar arriba.

La verdad era que estaba muy satisfecha de su cuerpo. Pasaba mucho tiempo contemplándolo en el gran espejo del armario y se vestía con trajes juveniles que, unidos a su maquillaje, le daban un extraño aspecto de muñeca.

El día en que la llevó al café, causó gran sensación entre los pintores que la examinaron minuciosamente, nada más entrar, con su mirada táctil. Los abstractos,

Fornell o cualquier otro, apenas se hubieran fijado, pero los del café, siempre a lomo de «Vespa», en busca de paisajes y muchachas, acostumbraban a abordar en su pequeño coto del local a las mujeres solas.

Había un previo estudio a base de miradas. Luego si la ocasión parecía propicia, se acercaban intentando entablar conversación, deslizando alguna procacidad de poca monta para explorar el terreno que pisaban. Solían proponer posar para un desnudo.

Los poetas eran más lentos, menos decididos. No vestían elegantes camisas de cálidos tonos, ni chaquetas de cuero, ni largas bufandas como Juan Gris. Embutidos en sus trajes oscuros, miraban fijamente desde su rincón, limitándose a escritoras y poetisas del otro lado del Atlántico que los colegas de allá remitían con su tomo de versos recién editados y una extensa carta de presentación.

En cualquiera de los dos grupos, amén de los cineastas de los sábados, actores de televisión y gentes de teatro, podía haber hecho Wanda buen papel, el papel que de ella se esperaba. En todos, excepto en dos: en la tertulia de los abogados que blandían sus puros en círculo cerrado, ajenos a todo excepto a sus asuntos profesionales y en las reuniones del fondo del salón, donde los domingos, después de comer hasta las siete, cruzaban miradas melancólicas preludio de fugaces contactos, de llamadas telefónicas, de risas repentinas, de extraños regocijos que a veces tenían como centro la venerable cabeza de un anciano. Los camareros intentaban combatirlos cambiando por bicarbonato el azúcar del café, pero ellos resistieron largo tiempo, llenando de desazón al dueño y a los demás clientes, hasta que en un verano el calor, la terraza, los espacios abiertos o la moda simplemente, acabó por ahuyentarlos.

A Wanda el café no le agradó. Encontraba a los amigos aburridos, y él, por su parte, tampoco se esforzó en que le gustara porque en su presencia, Pedro y los demás enmudecían, acabando siempre por formar tertulia aparte. Para estar solos, mejor su habitación o el cine, donde no era preciso hablar, o algún *whisky* club, aunque también allí el tedio les seguía.

Calculó cuánto tiempo podría tardar en echarla de menos. Con libertad y dinero, con ayuda de Fornell, quizá no volviera a verla nunca. Sin embargo, cuando el teléfono volvió a sonar, rompiendo bruscamente el curso de sus meditaciones, deseó que fuese ella.

Era imposible. Suponía demasiado trabajo llamar a la central, preguntar el número del hotel.

—Diga.

—Hay un señor aquí abajo que pregunta por usted. Era Daniel, que buscaba al matrimonio.

—No están —le respondió.

—¿Que no están? Entonces, ¿se han ido?

—Se han ido del hotel.

—¿A Madrid? —preguntó Daniel con extrañeza.

—Sube si quieres y te lo explico. Es la quince.

Cuando Julio acabó de contar el incidente, Daniel pareció preocupado.

—Se les podrá ver hoy... ¿No?

—Yo creo que sí. La bronca fue ayer por la tarde. Seguro que ahora ya están como nuevos.

—¿Dónde es la pensión?

—En la Plaza Mayor.

Calle arriba, iban surgiendo sillas y tribunas en los recodos, en las placitas que se abrían fronteras. Grupos de ociosos tomaban el sol deambulando entre las tablas que formaban lentamente escalones y gradas. Una fila de niños bajaba por la estrecha acera, con un pequeño cajón envuelto en cretonas, con velas y flores de papel, y en lo alto un crucifijo. Redoblaban pausadamente sobre latas vacías, imitando el compás de las procesiones. Por debajo del paso se veían las largas y desnudas piernas del que lo llevaba. Parecía un híbrido ser, un hombrecito extraño, solo con medio cuerpo.

Pedro y Celia no estaban en la pensión.

—Salieron nada más desayunar —explicó el dueño—. Serían eso de las diez.

—¿No se llevaron las maletas?

—No. Si ya le digo que siguen aquí. Las maletas están arriba, en el cuarto.

—Es que tanto madrugar resulta un poco raro —comentó Daniel, despidiéndose del dueño—. En fin, muchas gracias.

—De nada. Si quieren les digo que han estado ustedes, cuando vuelvan.

—No se moleste. Ya les encontraremos.

—De eso bien seguros pueden estar —respondió, acompañándoles hasta la puerta—. Aquí nadie se pierde.

El viento hacía ondear en la plaza las primeras colgaduras, las banderas con los colores nacionales, los mantones. Un postrer autobús, repleto de turistas, dio la vuelta, enfilando a toda marcha el camino hacia el sur, haciendo trepidar los escaparates de las tiendas y la luna del bar de la televisión, donde un camarero soñoliento pegaba con tiras de papel dos grandes litografías en color de imágenes sagradas.

—¿No estarán en casa de tu amigo? —preguntó Julio.

—Podría ser, porque yo no lo he visto esta mañana. ¿Vamos para allá?

Julio se encogió de hombros.

—Eso depende del interés que tú tengas. Podemos tomar algo antes. Aquí donde me ves, estoy sin desayunar.

—¿En ayunas?

—A base de cigarros.

—¿Pero no tomáis nada en el hotel?

—Si supieras el café que dan...

El salón vacío reflejaba en sus espejos el resplandor de los grandes ventanales. Daniel, mientras Julio bebía su taza, miraba, de cuando en cuando, hacia la plaza.

—Ya aparecerán —le tranquilizaba su amigo—. Tampoco es como para

alarmarse. Una buena bronca acaba siempre por estrechar las relaciones. A veces soluciona la tarde, mejor que una excursión. Entre que hacen las paces y se ponen de acuerdo sobre quién tuvo la culpa, se les pasa el tiempo sin sentir. Es... ¿cómo te diría? Como una inyección sentimental, como la centramina del amor. Te la tomas y el amor sube. Mientras duran los efectos, claro...

—Lo malo debe ser acostumbrarse...

—¡Ah, eso sí! —Detuvo con un gesto la taza en el aire—. No hay que abusar porque en seguida crea hábito. Cuando quieres darte cuenta, resulta que te zumbas toda la semana. Creo que en Norteamérica es el deporte nacional.

La explanada ante la catedral aparecía desierta cuando cruzaron ante ella. Los vendedores de postales charlaban en el pórtico tomando el sol, en tanto los más jóvenes, casi niños, se perseguían sobre el gran patio enlosado, agitando en el aire sus grandes tiras de tarjetas.

La calle, en cambio, parecía revivir, abiertas de par en par sus iglesias, donde comenzaban ya a montar los monumentos.

—¿Seguro que es por aquí la casa?

—Seguro.

—¿No vivirá en algún convento?

—¿Lo dices por los que hay?

—Como solo se ven capillas...

Mujeres enlutadas, con velo y misal, algunas con sillas de tijera, salían a la luz cerrando tras de sí las pesadas puertas.

—Aquí la Semana Santa, debe ser cosa seria —dijo Julio.

—Según Joaquín, es muy importante. Más que el día del santo.

—¿Qué santo?

—El patrono.

—Hombre, ya me figuro...

—Es una virgen que tienen abajo, junto al río. Desde el huerto de Joaquín se ve la ermita. Cuando amenaza sequía, o en caso de guerra, la suben a la catedral.

—O sea, cuando van mal las cosas. Si no, nada.

—Más o menos...

—Ese Joaquín, ¿es el dueño de la casa donde tú vives?

—Justo. El dueño. Aquella que asoma. Allí es.

Pedro y Celia habían estado allí casi una hora antes. La criada suponía que andaban ahora con Joaquín en casa de Antonio.

—¡Estamos de suerte esta mañana! —se quejó Julio—. ¿No podíamos llamar por teléfono?

—El estudio de Antonio no es problema. Está aquí, al lado, a media cuesta. Solo bajar un poco...

—Lo malo es que habrá que subir luego. ¡Todo para comprobar que la pareja feliz ha vuelto a la calma!

A medida que se iban acercando, llegaban voces del otro lado de la tapia. La casa debía hallarse a la altura del río, en un minúsculo jardín que cerraba la calle cada vez más angosta. Un ciprés se mecía en lo alto y llegaba en la brisa el rumor del agua.

—¡Qué sitios se buscan para vivir tus amigos! —exclamó Julio, pensando que no estaría mal para llevar a Fornell y los otros que vinieran.

Sonó la campanilla dentro, y al cabo de unos instantes abrió la puerta un joven de afilado bigotillo que ninguno de los dos conocía. Al pronto, Julio pensó en un error, mientras Daniel preguntaba, dudando, sin recordar el apellido de su amigo:

—Antonio... ¿Está, por favor?

Les lanzó una mirada, levemente inquisitiva.

—Sí... ¿Queríais hablar con él?

—Queríamos saber si están Joaquín Coello y unos amigos.

—¿Sois amigos también?

—Según se mire —replicó Julio, cansado de tanta pregunta.

—Pasad.

El estudio de Antonio era parecido al de Joaquín, excepto en que las ventanas se abrían sobre la orilla del río.

—Por eso es un poco húmedo —explicaba el dueño, tras las presentaciones—. A veces, ya a principios de otoño, hay que encender la chimenea.

El fuego hacía el lugar más agradable, sobre todo cuando fuera susurraban los árboles.

Pedro, meditabundo, lo atizaba, un poco ajeno a la charla de Joaquín.

—Lo que tenéis que hacer los escritores —decía este— es airear por el mundo las cosas buenas que existen en España.

Celia alzaba los ojos mirándole con tedio.

—Quiero decir —continuó— los artistas, por ejemplo, que apenas se conocen.

—Se conocen todos —respondió Pedro—. Los buenos, los malos, los regulares y los otros. ¡Con decir que en Buenos Aires van a exponer cuarenta a la vez...! y eso sin contar otros tantos en Lisboa, Nueva York, Beirut, El Cairo y no sé cuántos sitios más. Calcula qué promoción. ¡Ni Florencia en pleno Renacimiento!

—Eso demuestra el interés que hay por la pintura. Daniel intervino:

—Lo que demuestra es que a la pintura se le *saca* hoy mucho dinero.

—La verdad es que en España siempre se ganó con ella —dijo Antonio—. Todos esos cuadros de historia, olvidados hoy, se pagaron muy bien a principios de siglo. Sin hablar de Sorolla o Moreno Carbonero...

—Pero, ¿y Solana? —preguntó el del bigotillo.

—Solana es caso aparte.

—Sin embargo —insistió el otro—, Solana es el Goya de nuestro tiempo.

Todos callaron. Joaquín miraba a Daniel y a Pedro como recordándoles su obligación de responder. Como no parecían decidirse, preguntó:

—¿Qué? ¿No opináis igual? Si no estáis de acuerdo, hay que decirlo.

—Hombre —repuso Pedro—, hablando de Solana, traer a Goya a colación es como comparar las Sonatas de Valle Inclán con el *Quijote*.

—¿Tampoco te gusta Valle Inclán? —preguntó *el joven*.

—Las *Sonatas*, nada.

—¿Ni siquiera como están escritas?

—Eso no es castellano, es ostrogodo. Hay que ir saltando sobre las metáforas como en una carrera de obstáculos. —Miró a Daniel—. ¿A ti no te parece?

—Yo creo que todo no puede medirse por el mismo, rasero. Valle Inclán, cuando escribía, no quiso hacer posiblemente realismo, al estilo de Galdós, por ejemplo. De modo que la comparación no me parece justa.

—¿Y Solana, qué?

—A Solana se le ve más la oreja.

—La oreja hispánica...

—La oreja literaria. Todo eso del vino y las morcillas, lo de hacer el amor con las criadas, me parece mala literatura. Debía ser un buen burgués.

—No sé por qué —replicó de mal humor su defensor.

—Porque solo los buenos burgueses presumen de eso. Un hombre auténtico no busca epatar. Por ese afán suyo de pintar calaveras, ese Juicio Final que parece atrezado por Cornejo. En cuanto se sale de pintar lo que ve y se mete en fantasías, no tiene remedio.

—Yo no estoy en absoluto de acuerdo —insistió el del bigotillo—. Yo creo que en Solana hay valores innegables.

—¡Dale con los valores! ¡Claro que los hay! Quizá fuera buen pintor, pero yo no hablo de la mano. Lo que siempre falla es la cabeza. Entre los pintores que quieren explicar en cada cuadro la génesis del mundo, y los críticos que se empeñan en vivir a base de inventar recetas de cocina, van a acabar matando la afición. Dentro de cien años no habrá pintura.

—Menos mal que en España vamos con retraso —replicó Joaquín de buen humor—. Aquí nos debe quedar un siglo por lo menos.

—A ti lo que te pasa es que no la sabes ver —dijo Julio a Daniel, rompiendo, de pronto, su silencio.

—¿Que no la sé ver?

—Que no la sientes. Lo mismo que le pasa a Pedro, por ejemplo.

—Pues si no la siento yo que la tengo en casa... —repuso el aludido señalando a Celia.

—¡Qué importa eso! Sentir la pintura es como el oído musical. Se tiene o no se tiene.

—Entonces será así —contestó Daniel—. Será que no abunda.

Pedro preguntaba:

—Bueno, y los mortales, desprovistos según tú de tan precioso don, ¿qué hacemos? ¿Suicidamos?

—No entiendo la pregunta.

—Que si nos deben prohibir la entrada en los museos...

—¡Para lo que veis!

—Lo que todo el mundo, más o menos.

—Pues ahí está lo malo, que la gente nunca ha visto la pintura. No ha podido verla hasta ahora, porque siempre se quedaba a mitad de camino, contemplando los reyes, los apóstoles, las lanzas y los paisajes de los cuadros.

—¿Y qué hay que ver entonces? Para apreciarlos, ¿hay que ser un técnico?

—En cierto modo, sí —repuso Julio satisfecho.

—Pues antes, cuando, según tú, no se entendía nada de pintura...

—Yo no digo que no se entendiese. Yo digo que el público nunca ha entendido nada. Nunca le interesó más que el asunto de los cuadros. Cualquiera cromó de Rafael le gusta más que *Las Meninas*, aunque luego diga lo contrario.

—No digo yo que no, pero antes, te repito, el arte llegaba mucho más a la gente. Gozaba de los cuadros.

—Y yo digo que la única manera de gozar de un cuadro es entenderlo. Todo lo demás no tiene nada que ver con el arte. Y con la pintura mucho menos.

—Pero —insistió Pedro aún—, entenderlo... ¿Buscando lo que quiere decir?

—¡Un cuadro nunca quiere decir nada! —clamó Julio—. Son colores. Dibujo y color, y se acabó.

—¡Tiene razón! —intervino Celia excitada—. Además —señaló a Pedro y a Daniel—, vosotros lo sabéis de sobra. Estáis discutiendo, como en el café, por afán de llevar la contraria.

Pedro se volvió hacia ella preguntando pausadamente:

—Entonces, ¿tú por qué pintas paisajes?

—No sé. Porque pintar paisajes me da... —titubeó— más alegría.

Todos se echaron a reír, hasta el del bigotillo, que ahora la miraba fijamente. Daniel fue el primero en comentar:

—Sí, señor. Tiene razón. Como que no hay nada más triste que los cuadros de ahora.

—Pero conste —aclaró Celia— que pienso como Julio.

—Y yo estoy de acuerdo con ella —confesó Joaquín, mientras Antonio comentaba:

—De todo lo que he oído, me parece la opinión más acertada.

Daniel puso punto final:

—Seguramente porque es la más sincera.

El del bigotillo alzaba su vaso con dos dedos, bebiendo la «Coca Cola» como si se tratara de un vino añejo.

—Yo siento —comenzó— haber organizado esta discusión. No creí que lo tomarais tan a pecho.

En contra de sus palabras, su rostro traslucía una gran satisfacción y ganas de

estirar el tema, pero la breve pausa había enfriado el entusiasmo. A pesar de ello, insistió:

—Verdaderamente, sobre pintura se podría estar hablando un día entero.

Como un eco, vino la voz de Joaquín.

—Sin ponerse de acuerdo.

Nadie parecía con ganas de continuar y solo Antonio, más piadoso, o por deber de dueño de la casa, se decidió a explicar:

—Fidel es nuestro escritor local.

—¡Tanto como local! —protestó el interesado.

—Quiero decir particular. Colabora en la prensa de Madrid.

El del bigotillo se apresuró a dar el nombre de un diario de la noche.

—A veces envío alguna crónica, cuando estoy de vacaciones, pero, principalmente, trabajo en la Redacción. —Dio énfasis a su voz—. Si algún día queréis algo de mí, ya sabéis dónde estoy. —Se dirigía a Celia principalmente—. Me gusta mucho escribir sobre temas de arte, y más ahora que los pintores españoles pintan fuera...

—Mejor ocasión en la vida la vas a encontrar. —Era Joaquín quien le animaba—. De cualquiera de los presentes puedes hablar. —Fue señalando a todos, que le miraban fastidiados—. Bueno, menos de Antonio, que le gustar quedar siempre en el anónimo. En lo que toca a darse a conocer piensa seguir de incógnito mucho tiempo. ¿A que es así? —le preguntó.

—Me gusta la virginidad —repuso el aludido.

—Pues a tu edad es un poco peligrosa.

Y Pedro apuntó:

—Será por los trastornos glandulares.

Celia le miró, conociendo la intención de sus palabras. Seguía sentado en sus almohadas, cerca del fuego, encendiendo de cuando en cuando su cigarro en las llamas. Sentía ahora haberle contado su recuerdo de Antonio, aunque a este la alusión no pareció afectarle. Sin embargo, cada vez que hablaba, en vez de mirar a los demás, ahora se dirigía a ella. En otras circunstancias no le habría extrañado. Muchas veces sucedía así, pero no era una mirada como la del periodista, un poco fiera, casi exhibicionista como aquellos amigos de París que fuera de la patria se crecían, era una mirada que hablaba en un aparte por encima de los otros, como una confidencia.

—Lo que más ilusión quita de exponer —decía—, es reconocer lo bien que pintan los demás.

—A mí, no —repuso Celia—. A mí eso me anima más. Siempre pienso que soy capaz de hacerlo mejor.

—Recuerdo —continuó Antonio— cuando estuve en Florencia hace un año. Me pasé todo el invierno sin coger un pincel.

El ademán de su mano izquierda hizo brillar la fina cadena de oro que adornaba su muñeca.

—Por esa parte ya no paso cuidado. Llevo casi dos años intentando convencer a Pedro para ir a Italia, y aquí seguimos.

—¿No quiere? —preguntó Antonio.

—¿Cómo no voy a querer? —respondió Pedro—. Con tal de viajar yo voy a cualquier parte. A Laponia aunque sea.

—Lo dices ahora, pero luego todo son dificultades.

—Dificultades, no. Dificultad —subrayó molesto—, una sola...

—El dinero —apuntó el periodista.

—Tú lo has dicho: el dinero.

—Si es por eso yo os lo podría arreglar.

En un instante todas las miradas, incluso la de Pedro, coincidieron sobre Antonio, que se apresuró a aclarar:

—Para un viaje corto, desde luego.

—¿Arreglar qué? ¿El viaje a Italia? —preguntó Celia sin atreverse aún a tomarlo en serio.

—El viaje; un poco de dinero.

—¿A qué llamas tú un poco?

—Unas cincuenta mil.

Arreció el entusiasmo.

—Oye, ¿y a quién hay que matar? —preguntó Julio mientras el del bigotillo clamaba:

—¡A ver cuándo me buscas a mí un chollo parecido!

—Explica; explica rápido.

Y la voz de Joaquín, en contrapunto:

—¡Siempre dije que tenías aire de mecenas!

—Dejarme que termine.

—Dirás mejor que empieces.

—Pues dejarme que empiece. Callar un poco.

Aún tardó en volver el silencio. Todos andaban interesados, excepto Daniel y Joaquín, que seguían la escena divertidos. A Daniel le hubiera gustado adivinar lo que Pedro opinaba del asunto. Aunque la idea del viaje debía agradar a cualquiera, él no parecía satisfecho.

—La cosa es que hay una sociedad americana que anda encargando una serie de reproducciones de pintores famosos.

Julio arrojó su cigarro en el gran cenicero de cobre que presidía la tertulia.

—¡Te veo copiando la Capilla Sixtina! —dijo a Celia.

—¡Si pagaran por metros!...

—Se trata —prosiguió Antonio con paciencia— de cuadros, no de frescos.

—¿Cualquier clase de cuadros?

—De cuadros con tema religioso.

—¡Acabáramos!

—Es una sociedad de Boston, que se dedica a editar la Biblia y la vende por el mundo entero.

—¿Gratis? —preguntó Julio.

—¡Cómo va a ser gratis, si dice que la vende!

—En un tomo de lujo. Muy bien editada.

—O sea: a todo plan.

—¿Pero eso es negocio?

—Debe serlo, porque quieren reunir cuadros de todo el mundo. Como saben que aquí hay buenos copistas, andan haciendo encargos. Yo conozco en Madrid a alguno de los que llevan eso.

—Lo malo es que Celia no ha sido capaz de copiar en su vida ni una postal —repuso Pedro.

—¿Y tú qué sabes?

Celia se había vuelto rápida, violenta, como si ya esperara su opinión.

—Yo lo que he visto —replicó tranquilo—. Las copias que hacías en la Escuela eran impresionantes. —Celia se puso roja, tanto, que se vio obligado a añadir—: Y conste que lo digo como un elogio. Me parece que para un pintor ser buen copista no es precisamente un mérito.

—En cambio, a mí me parece —respondió Julio— que Celia tiene razón.

—¿En qué?

—En eso de que no eres muy partidario de los viajes. A la primera ocasión, ya empiezas a poner dificultades...

—¿Dificultades yo?

—Sí. Es verdad que las pones... —replicó Celia excitada—. Ahora que me da igual, porque si tú no quieres ir, me marcho sola.

—Por mi parte...

Había en su voz un tono de humor que no engañaba a nadie. Tampoco engañaban las palabras de Joaquín, intentando paliar el malhumor de ambos.

—La culpa es de Antonio por andar haciendo proposiciones antes de tiempo.

—Si ella no quiere, voy yo —comentó Daniel—. En mi vida he cogido un pincel, pero por ese dinero soy capaz de intentarlo.

—Con las ideas que tienes —replicó Julio—, harías unas copias formidables. Yo creo que los de Boston ganarían un millón de almas para el cielo.

—¿Quién sabe? A lo mejor acababa cotizándome como Burri.

—¿Y quién es ese Burri? —deseaba saber el del bigotillo.

—Un mocito que hace cuadros con tela de saco.

—¿Y con qué pinta?

—Nada de pintar. Eso es lo bueno. Todo a base de saco.

—Eso ya se superó hace mucho tiempo.

—Pues superado o no, un cuadro suyo de dos metros alcanzó hace unos días en Nueva York la cotización de tres mil dólares, o sea a casi cien mil pesetas metro.

—¡Qué bárbaro!

—Así, como suena.

—¿Cómo dices que se llama? —preguntó Joaquín.

—Burri... —repitió deletreando.

—¡Menudo nombre! —dijo Celia—. ¡Como para hacer carrera en España!

Julio, como siempre que se hablaba de dinero, se había vuelto melancólico, exclamó:

—Lo que está más que visto es que para hacer fortuna hay que marcharse a América...

—Eso creía Colón.

—Es que él fue tonto y no quiso quedarse. —Miró al grupo que callaba en rededor, a Pedro en especial, añadiendo—: Y a propósito de ir, ¿cuándo nos vamos?

—No —repuso Antonio—. Quedaros a comer. —Y viéndoles mirarse sorprendidos, añadía—: Es decir, si no hay inconveniente.

—Por mi parte, ninguno —confesó Julio—. Al contrario...

—Yo no puedo —se apresuró a explicar el del bigotillo—. Tengo que dar mi crónica a las tres.

—¿No puedes retrasarla?

—Me llaman desde Madrid por teléfono.

—Parece el corresponsal del *Times* —comentó Julia a Pedro, mientras se levantaban—. ¿Qué tendrá que contar?

—No sé. Hablará de cómo pintan las cosechas...

Antonio propuso dar antes un paseo hasta el río. Tenía que hablar con la mujer del colono, para que preparara la comida. El periodista siguió también al grupo.

El colono trabajaba las huertas fronteras, entre el río y la muralla, propiedad también de la madre de Antonio, y su mujer arreglaba la casa, cada vez que la dueña marchaba fuera.

—En cuanto se acerca Semana Santa, se va con unas hermanas que tiene en Oviedo, y lo malo es que de pequeño me llevaba a mí también. Desde que murió mi padre, llegar abril es no parar.

—Murió precisamente en Viernes Santo —se apresuró a explicar Joaquín a sus espaldas.

El río fluía cenagoso, dejando al aire las oscuras raíces de los álamos. Arriba, el sol centelleaba entre las hojas. La brisa arrastraba el vaho pestilente de la muralla.

—Las dos únicas victorias que en mi vida he conseguido fueron dos: salvarme de mis tías y conseguir arreglar un cuarto, a mi gusto. Aún a costa de tirar tabiques, que para mi madre, viene a ser algo así como ir contra el dogma.

Joaquín, entre Antonio y Celia, seguía con atención sus palabras, comentando:

—Ahora ya hay más costumbre de arreglar habitaciones en plan moderno.

—Sí —replicó el otro de buen humor—. De estudiar poco, pero estudios se montan a millares.

—Hombre, ¿a quién no le gusta estar a solas de vez en cuando? —replicó Joaquín, sintiéndose aludido—. Siempre es agradable tener un sitio con tus libros, tus discos, con algún cuadro que te guste. Donde poder pensar, o escribir, o, ¡qué sé yo!, estar sencillamente, sin preocupaciones, a solas con uno mismo.

Celia se preguntaba qué pensaría Joaquín en su cuarto sobre la muralla, tras la casa que guardaba el recuerdo de su madre, qué escribiría, cuáles serían las preocupaciones que deseaba olvidar a solas. Su voz y las pisadas de los otros iban sonando cada vez más lejanas, fundidas en el rumor de la corriente. Antonio debió entrar a hablar con el colono y los demás se habían detenido en torno a la puerta. Siguió andando hasta doblar el pequeño recodo que el agua formaba. Podía ver a Daniel charlando con Pedro y Joaquín, sin oír lo que decían. Pedro parecía mirar el limo del fondo y Julio cerca de él, fumaba. A quien no llegó a distinguir fue al del bigotillo. Pensó que estaría con su famosa crónica, hasta que sintió sus pisadas entre los árboles. Viéndole llegar, adivinó vagamente a qué venía. Tras riñas más o menos declaradas como la que había tenido lugar hacía un rato, no era raro que alguno intentase la aventura, pero nunca tan pronto.

Aun tardó en acercarse.

—¿Qué? ¿Mirando el río?

—Un poco.

—¿O pensando en el viaje?

—También. Pensando un poco en eso.

—Yo no lo dudaría.

—Tampoco yo lo dudo.

—Ir a Italia es una de mis mayores aspiraciones. —Rio brevemente un poco forzado—. ¿Y de quién no? ¿Verdad?

—Claro...

Se alzó sobre las puntas de los pies para arrancar una vara del árbol más cercano, y con gesto nervioso comenzó a golpearse los zapatos. Celia callaba, mirando hacia la casa del colono, donde Antonio se demoraba.

—Roma debe ser... ¿cómo diría yo? Como París... Una cosa distinta. Un mundo aparte. Vosotros habéis estado en París, claro...

—Hace tiempo ya.

—¿Mucho?

—No... Mucho, no.

—Yo estuve a punto de ir a trabajar.

—¿A algún periódico?

—No. A un periódico, no. ¡Qué más quisiera yo! A una fábrica...

—Creí que de corresponsal.

—¡De corresponsal! —Se lamentó en un tono que hizo a Celia arrepentirse de su burla—. Eso no lo consigue cualquiera. Hay que tener agarraderas dentro de la casa, y yo no sirvo para bailar el agua a nadie. No me tienen ninguna simpatía porque

saben que yo no soy un periodista.

—¿Ah, no?

—No. —Hizo un gesto escéptico—. Yo soy un escritor que escribe en los periódicos. Bastante distinto, ¿no?

Celia volvió a mirarle divertida, y él esta vez no desvió sus ojos. A pesar de su aire un poco vanidoso, parecía ahora más simpático, seguramente por el modo de contar sus problemas. Debió notar su cambio de actitud porque tirando la rama que aún tenía entre los dedos, se apresuró a continuar:

—Por eso me gustaría conocer tus cuadros, para hacerte un artículo. Creo que podría meterlo un sábado en la página de Arte. Conozco al crítico y no habría problema. Con una buena foto, trabajando en tu estudio.

Mucho debía esperar, cuando tanto prometía. Por la orilla se acercaban las voces de los otros.

—Pero aquí no los tengo.

—Los cuadros... Ya supongo. Pero en algo estarás trabajando.

—Un par de guaches.

—Podíamos verlos, y los demás cuadros la semana que viene, en Madrid.

—Por mí, encantada.

Después de todo, media página no era cosa que surgiera cada día. Fornell y Pablo vendían así, con buena propaganda. En esta que Fidel proponía, el único posible inconveniente podía surgir, como siempre, a la hora del precio.

—Bueno, ya seguiremos hablando después de comer.

Sintiendo llegar a los demás, se alejó aprisa entre los árboles. De espaldas, con la cartera bajo el brazo y su traje brillante, gastado, componía una figura poco airosa.

El primero en aparecer fue Joaquín, que, al verla, se volvió gritando a los demás:

—¡Aquí está la perdida!

—Eso de perdida será sin segunda intención —advirtió Celia en broma.

—¡Oye, es verdad, perdona! —Se tapó la boca con la mano.

—Por lo menos, si lo piensas, no lo digas tan alto. Joaquín la miró asustado.

—¡Por Dios, cómo voy a pensar...!

Se detuvo, comprendiendo que la cosa no iba en serio, pero al hacerlo algo quedó en el aire haciéndoles pesar el tiempo que aún los otros tardaron en alcanzarles.

El agua barbotaba a sus pies. Arriba, los tambores retumbaban como llenando el aire. Parecían alzar con su redoble parsimonioso, un cerco sonoro en torno a la ciudad.

La plaza, al pie de la pensión, se hallaba ahora silenciosa. Tan solo voces apagadas llegaban hasta el cuarto. Debían venir del bar. Clientes a los que el frío de la noche no privaba de charlar bajo los soportales. Los menudos cascotes de un asno alzaban su fugaz repiqueteo sobre la voz queda del jinete:

—¡Vamos...!

Rotundas campanadas llegaron desde la catedral, retumbando sobre los tejados. La ciudad entera parecía dormir al amparo de su aguda flecha iluminada, de su blanca mole que el resplandor de los focos hacía surgir de las tinieblas. El viento aún subía de la Vega alzando las banderas, los paños que cubrían las tribunas, avivando la hoguera del guarda, sentado entre las tablas.

Pedro se apartó del balcón, acercándose a la cama. Estaba arreglando sus mantas cuando sintió moverse a Celia.

—Celia...

—¿Qué quieres?

—¿No duermes?

—¿Cómo voy a dormir? No hay quien pegue un ojo acostándose a estas horas.

—¿Por qué no lees un poco?

—Con la luz tan buena que tenemos...

Buscó a tientas el interruptor, y cuando consiguió apretarlo, una bombilla solitaria surgió cercana al techo.

—Apaga, apaga. Así es peor.

De nuevo a oscuras, al leve resplandor de la plaza, volvió Pedro a preguntar:

—¿Qué te decía el periodista ese?

—¿Cuál? ¿El amigo de Antonio?

—¿Cuál va a ser? El único que hay, el de Solana. —Hablaban del artículo que quiere hacerme.

—Pues por la lata que te dio parece que va a hacer una tesis. Esta mañana, ¿también te decía lo mismo?

—Esta mañana le vino la idea, por lo visto...

—¿Sin conocer los cuadros?

—Sin conocerlos.

—Yo creo que la idea le vino nada más verte.

—¿Y qué más da? A mí, por lo menos, me es igual.

—¡Y yo que al principio pensé de él otra cosa!...

—¿Ese chico?

—¡Como está todo el día con Antonio!

—Entonces Joaquín, calcula...

—Es que de Joaquín lo sigo pensando.

—¡Hombre! y dime de quién no...

—¿Qué quieres decir? ¿Que me dedico a pensar mal por sistema? Porque la que descubrió lo de Antonio fuiste tú.

—Yo solo dije que iba con los de Pepito Ochando.

—Sí... Arréglalo ahora.

—No tengo nada que arreglar. Eres tú quien te lo dices todo.

—Lo que yo digo es que si tú fueras un callo, ese no te hacía el artículo.

Celia, en la oscuridad suspiró, aburrída.

—O sea que como no lo soy, lo que tengo que hacer es rechazarlo.

—No. Yo tampoco digo eso.

—¡Pues, entonces! —repuso cansada—. Si él lo hace está mal, si no lo hace, está mal también. ¿Por qué no te encargas tú de ello?

—Sería un poco ridículo.

—Y hasta inmoral.

—Tú lo has dicho, inmoral.

—Y tú no puedes sacrificar un poco de esa moral tan elevada, para que la gente se entere de que pinto. —Es absurdo plantear así las cosas.

—Pues si es absurdo, vamos a dormir, anda. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ni siquiera llegó a cerrar los ojos. Ahora, vino hasta ella el recuerdo de Pablo. A veces, durante el día entero lo olvidaba. Quizás a aquella hora ya estaba en el Hostal. Se alegró de no tener teléfono en la pensión por su mala costumbre de llamar a cualquier hora... Pensando en él, en que al día siguiente lo vería, cerró los ojos. Súbitamente, la otra cama crujió, y, al mirar ante sí, vio a Pedro sentarse a sus pies.

—¿Te asusté?

—Un poco...

—¿En qué estarías pensando?

—Estaba casi dormida.

—Lo siento.

Veía su silueta enmarcada por la luz del balcón y temió que aquel mismo resplandor denunciara sus ojos despiertos. Pedro callaba.

Ahora venía el momento de hacerse perdonar. Lo malo era que al cabo del tiempo se había acostumbrado. Ya no la conmovía que dijera «lo siento», reconocer que había sido injusto, aunque de cuando en cuando lo aceptara para zanjar enojosos litigios. Su vida se ajustaba ahora a un rito de oposición convencional, capaz de hacer durar incidentes nimios, semanas enteras. Al final solía llegar el amor como prenda de paz y garantía de un tranquilo sueño.

Sin embargo, esta vez Pedro no llegó en busca de paz ni de un sitio en su cama. Quizás adivinó sus pensamientos. Fumando, sentado a sus pies, apenas se movía.

—Y de Italia, ¿qué te han dicho?

Le fue preciso hacer memoria.

—¿Quién? ¿Antonio?

—¿Te lo van a dar?

—¿No lo oíste esta mañana?

—Yo digo esta tarde. ¿Te ha dicho algo?

—¡Qué va a decir! Que hará lo que pueda. Hablará con el que lleva eso o con algún amigo.

—¡Si supieras copiar!

No hablaba con mala intención. Seguramente lo sentía. Por eso sus palabras le molestaban más.

—Estando tan seguro, no sé por qué te preocupas tanto, ni me llevas la cuenta...

—¿Qué cuenta?

—De las personas con quien hablo.

—Esta tarde lo pasaste en grande, charlando de tus cuadros —repuso Pedro sin ofenderse.

—Bastante bien; no lo niego.

—Pues yo fatal. No te imaginas.

—Es que te cansas pronto de todo. Ya ves —añadió—, ¡cuando yo propuse volver a Madrid, tú no quisiste!

—¿Cuánto dinero dice Antonio que es? ¿Sesenta mil?

—Cincuenta mil, lo de la copia.

—Es mucho. Da casi miedo.

—¿Verdad? A lo mejor, si me lo dan, lo devuelvo...

—¿Serías capaz de gastarlo en el viaje?

Celia, fatigada de tanta pregunta, es tuvo a punto de encender la luz, pero pensó que sería peor. En vez de ello, preguntó a su vez:

—Oye... ¿por qué no nos dormimos?

—Quiero decir si serías capaz de irte sola...

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Serías capaz de ir? —insistió.

—¡Claro! ¿Qué crees? ¿Que me da miedo?

Estuvo a punto de echarse a reír. De pronto, todo aquel misterio se resolvía en lo de siempre. Él sí que temía quedar solo, aguantar los reproches de la madre, las bromas del hermano. Ya anteriormente, en cada fugaz separación, ellos le habían empujado a hacer las paces, a olvidar, a buscarla en casa de sus padres.

Lo imaginó solo, día tras día, rodeado de sus amigos que apreciaba tanto. Quizá fuera capaz de acostumbrarse. Pablo estaba seguro, aunque él, naturalmente, hablaba en su provecho.

Pensando en la vida lejos de Madrid, la figura a sus pies se le antojó un estorbo. Quizá no era tan difícil romper aquel sórdido círculo que encerraba a los dos, que ambos habían alzado en torno a sí, poco a poco.

El cigarrillo concluía. Pedro, apagándolo, preguntó, aún, camino de su cama:

—¿Sabes si vienen esos por fin?

—¿Fornell?

—Y Pablo... Los pintores —respondió sin ganas de acostarse.

—Me parece que sí. Mañana, creo.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo dijo Wanda a Julio por teléfono.

Cerró los ojos. Deseó borrar para siempre su mirada, incluso su recuerdo, la vida de Madrid, la oscura habitación con su eterno olor a pintura, donde cada noche, rendidos, casi de madrugada, era preciso deshacer el sofá para acostarse. Acabar con la inercia de los últimos años, con lo que Pedro llamaba su vida familiar y que no era sino un triste remedo de la vida.

¿Y sus padres? Ellos quizá se mostraran generosos. No era preciso presentarles el viaje como una separación definitiva. Nunca comprendieron el matrimonio, aunque tenían el buen gusto de callarse, sin guardar apariencias como la otra familia. El único que en la de Pedro no se molestaba en fingir era el tío, que solía mirarla como los pintores en el café, despreciando todo en ella, excepto el sexo. Al tío le odiaba desde que un día, con Pedro ausente, la intentó besar y luego echó en broma el incidente, como si se tratara de una más entre aquellas de los pálidos retratos dedicados.

—¿Qué hora será? —preguntó Pedro.

—Cerca de las once.

—Si no fuera por el frío que debe hacer, me bajaba a dar un paseo.

—¿Ahora? Tú estás loco...

—¿Por qué? Estando vestido... ¿Tú no eras capaz de animarte?

—Ni lo sueñes.

—Pues yo estaba dudando si alargarme hasta el Hostal. Allí creo que dan buen café. A lo mejor hasta han venido esos...

—¿No te digo que llegan mañana? Además —añadió—, yo no te entiendo. Te pasas la vida criticándoles, y en cuanto crees que están, te falta tiempo para andar tras ellos...

—Entonces, tú no te levantas...

Pensó que su invitación era tan solo un pretexto. Demasiado sabía que no iba a aceptar.

—¿Por qué me lo preguntas tanto?

—Porque no te quedes sola aquí...

—Estás muy raro tú esta noche.

En la oscuridad, de nuevo le llenó una gran tristeza. Oyendo a Pedro insistir, parecía como si por vez primera le dejara sola. Recordó cuántas veces, en el primer año, tras la boda, había esperado en casa hasta la madrugada.

—Entonces, hasta luego...

No respondió, oyéndole cerrar en silencio.

Tras el leve golpe de la puerta, llegaron por el aire once campanadas envueltas en

el crujir de la escalera abajo.

Ahora estaba mejor, sin su impaciente ir y venir, sin sus incómodas preguntas. Él también se hallaría a su gusto, porque para paseos nocturnos prefería andar solo. Había llegado a la conclusión de que ella aún vivía en los años de la Escuela. No la tomaba en serio, la juzgaba por cinco años atrás, olvidándose incluso de Pablo, hasta que alguien como aquel periodista venía a recordárselo. Entonces llegaban los silencios hostiles o escenas imprevistas como el día que supo por la madre sus secretas entrevistas en las salas altas del Museo del Prado.

Era un día de sol, un día a principios de verano. Los dos fueron, como tantas veces, a buscar un paisaje para ella. No recordaba si para un concurso o simplemente un cuadro como tantos, pero sí que les llevó más de media mañana encontrarlo. Ya tenía manchada la tela, cuando una vez más cambió de parecer.

—Oye, Pedro...

Él, que apenas había hablado en toda la mañana, alzó, airado, los ojos del libro que tenía entre sus manos.

—¿Qué pasa ahora?

—Que tampoco me gusta este sitio.

La miró sombrío, y guardando de golpe el libro en la chaqueta, comenzó a plegar el caballete. Apenas tuvo tiempo de cerrar la caja. Tuvo que apresurarse para alcanzarle, a través de los pinos, monte abajo. A toda prisa intentaba arreglar sus bártulos sin detenerse, temiendo quedar atrás. Salieron al sol y, alcanzando una empinada vereda, lejos de los paseos asfaltados, fueron subiendo por las lomas vecinas. A medida que el tiempo transcurría, el calor parecía taladrar la cabeza, Madrid quedaba atrás, como una cinta roja y blanquecina, temblando en la calígne. Ante ella, lejos aún, pero visibles, iban surgiendo las tapias derruidas que daban ya a tierras de Aravaca. En lo alto de un cerro pelado, a plena luz, plantó el caballete.

—A ver si te gusta aquí —casi le gritó.

Ella le miraba atónita, sin saber qué responder, rendida de calor y desconcierto.

—¿Qué haces que no estás pintando ya? ¡Empieza de una vez!

La empujó hacia la tela, pero ella seguía inmóvil. Intentó arrebatarse sus pinceles, y en la breve lucha cayó la caja al suelo. La pateó con rabia como si hubiera perdido la razón, como si fuera la causa de su ira, hasta dejarla convertida en un sucio amasijo de astillas y colores. Luego, en súbito frenesí, le llevó las manos al cuello. Ella llegó a sentir un súbito miedo, hasta que en otro cambio repentino, como en un film de humor, alejándose, fue a sentarse de espaldas, avergonzada. El lienzo quedó entre los dos señalando como un hito el lugar de la refriega.

A la noche supo la verdadera razón de su cólera a través de veladas preguntas, tras una nueva batalla silenciosa. Como siempre, acabó besándola toda, de la boca, a los pies, intentando borrar la huella de los golpes, hablándola al oído, juntas las dos cabezas.

Cuando más tarde contó la historia a Pablo, este se lamentó de no poderle pedir

explicaciones.

—¡Si no fuera por no dar un escándalo, a buena hora aguantaba yo que te tratara así!

—Lo malo es que ahora cada día va a ser peor.

—¿Y quién se lo contaría a su madre? —preguntó, preocupado.

—No sé. El muy seguro no estaba de todos modos...

—¿Hasta ahora nunca te dijo nada?

—¡Si apenas habla! —Intentaba alejar de sí el recuerdo de la noche—. No creo que él nos haya visto nunca.

—¡Quién sabe! Madrid es tan pequeño... A lo mejor alguien, en el café, le ha ido con el cuento.

—Esas cosas nunca se dicen.

—¿Entonces la gente cómo se entera?

Un tren cruzaba sobre el río camino de la sierra. A lo largo de las orillas de cemento temblaban las acacias en la bruma, envueltas por el sordo crujir de los vagones.

—¿Por qué no nos marchamos? —exclamó ella de pronto—. A cualquier parte, a cualquier sitio.

—¿Para qué? ¿Por el gusto de hacer el viaje?

—Yo no hablo de viajar. Yo digo siempre.

—¿Para siempre? —repitió Pablo en tono de broma—. Eso cae un poco lejos.

—¿Pero tú te vendrías?

—Ya lo creo.

Comprendió que pensaba en otra cosa. Ni por un instante debió calcular la posibilidad de marchar con ella.

—¿Por qué eres así?

—¿Cómo soy?

—Así. Incapaz de tomarte nada en serio.

—Mujer, me estás proponiendo fantasías. ¿Qué quieres que conteste?

—No veo por qué son fantasías.

—A ver... ¿Dónde íbamos a ir? ¿Con qué dinero?

—Entonces tú, ¿qué solución le ves a esto?

—¿A esto nuestro? Ninguna. Esperar.

—¿Seguir como estamos?

Pablo había asentido, alejándose hasta el pretil del río.

Era fácil decirlo. Siguió tras él, y él la cogió del brazo llevándola a lo largo de la orilla, en la penumbra plagada de parejas. Más allá, al otro lado, se borraban los árboles y Madrid brillaba en cientos de ventanas encendidas. Por primera vez, junto a Pablo, se sintió deprimida. Él preguntaba:

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—No. —Mentía, a pesar de estar temblando.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Será por la niebla. Vamos hasta Rosales. Allí hará mejor.

La había besado fugazmente, antes de salir a la carretera. Bajo las luces de neón, parecía tranquilo, incapaz de sufrir por ella, incapaz de comprender la otra vida que luego comenzaba en casa, en la casa de Pedro, cuando empezaran a servir la cena.

Al fin, las procesiones comenzaron. La ciudad desierta, sin el zumbido habitual de los autocares, con la insólita presencia de las filas azules que formaban los niños del Hospicio, visitando los monumentos, se fue llenando tras la hora de comer. Soldados de guante blanco, chicas en trajes festivos, gente del campo, subían en cansina peregrinación por las sendas que cruzaban la muralla. Paisanos embutidos en oscuros trajes de pana, niñas y mujeres con vestidos al brazo, pausados borricos con su carga de meriendas y zapatos, con la abuela meciéndose encima, con los niños corriendo detrás junto a canes sonámbulos que olfateaban la comida.

Los pueblos de la Vega, a lo largo del río quedaron cerrados. Toda su gente andaba de camino llenando los senderos de nutridas caravanas que parecían disgregarse en los duros repechos, para reunirse luego al cruzar los arrabales. Cuando los vecinos de los arrabales mismos, de los barrios del río, cerraron también sus puertas, llenando a su vez la carretera, entonces, realmente, la Semana Santa dio comienzo.

La calle principal, más estrecha que nunca, repleta de sillas y tribunas, las plazas reducidas a pequeños círculos donde viejos municipales reñían sordas batallas con los niños; iglesias de par en par vibrando en su interior de luces y misterio, voces llamándose, gritos infantiles, solitarios nazarenos cruzando furtivamente la calzada, rostros cansados de escrutar el cielo.

Rompió a llover. Agua fina que pronto hizo más oscura la calzada y abrió algunos periódicos sobre las cabezas. El público de las sillas aprestó sus impermeables. En algunos balcones surgieron paraguas.

La espera crecía. No era nada el ir y venir de guardias y empleados del ayuntamiento, el paso rápido de algún importante encapuchado con su vara de plata en la mano, acercándose la túnica a los ojos para ver mejor. Antes de oírse los primeros tambores un murmullo corrió a lo largo del público, como animoso mensaje para olvidar la lluvia.

Los primeros nazarenos, tras su labrada cruz de guía, desfilaron un poco ajenos a la muchedumbre, sin música ni redobles a los que acomodar el paso. También ellos miraban de cuando en cuando al cielo, donde nubes plomizas se agolpaban girando sin cesar.

Nueva pausa. Un hermano mayor llegó ordenando detenerse. Ahora podían oírse claramente los tambores y una lejana marcha que la banda de la ciudad interpretaba. Los tres nazarenos de la cruz charlaban a media voz, entre sí, mientras los de las filas se entretenían con la cera de los cirios, librando sus llamas del viento. La gente los miraba con mezcla de respeto y prevención, excepto si buscaban algún familiar entre ellos.

Por fin el nazareno de la alta vara de plata llegó con los imperiosos ademanes que evidenciaban su jerarquía superior. Hubo un breve conciliábulo con los de la cruz,

durante el cual los ojos se movían inquietos bajo la tela al fondo de los pequeños agujeros.

De nuevo en marcha. Los tres delante con el madero en alto y el resto tras ellos, en dos filas, al compás del redoble, cuidando de no manchar de cera los hábitos.

Un resplandor anunció en la calle la aparición del primer paso. De nuevo se alzaron los clamores de antes. Venía totalmente iluminado, brillando los brocados que cubrían la imagen, su total policromía como una viva y reluciente nave. Rodeada de soldados, de cofrades con grandes escapularios, precedida del mayoral que ordenaba la maniobra a los que empujaban debajo, fue a pararse con un chirriar de ruedas, ante el Hostal, desde cuyos balcones contemplaban las procesiones Fornell y sus amigos.

—Yo creí que lo llevaban a hombros —dijo a Julio.

—Solo los grandes. Los pequeños van montados sobre un chasis.

—¿Y por qué los pequeños?

—Porque son los menos importantes. Los grandes salen de noche.

—Lo lógico sería poner ruedas a los que pesan más.

—No será cuestión de lógica, supongo. En buena lógica no saldría ninguno.

Llevaba la tarde entera intentando ligar algún tema que le llevase de un modo natural al asunto del libro, pero Fornell parecía rehuir sistemáticamente todo lo que pudiera referirse a su trabajo. Ahora escuchaba la saeta que una voz atiplada, como de niña, cantaba ante la puerta del hotel. Aunque la procesión se había detenido, los tambores continuaban redoblando. La voz infantil casi se perdía, sobre todo en el final, rubricado por los compases de la banda.

La imagen continuó su paso, deslizándose sobre sus ruedas invisibles arrastrando tras sí la comitiva, haciendo postrar a las mujeres, inclinarse a los hombres con la gorra o el sombrero en la mano.

El cielo se abrió. Un fuerte viento despejaba las nubes. La imagen perdió brillo pero el público respiró más tranquilo.

—Parece que se arregla esto —murmuró Julio, cubriéndose los ojos del sol pastoso que batía ahora los balcones.

—Menos mal, porque aquí, cuando llueve, ¿qué se hace?

—Ir al café. Lo mismo que en Madrid.

—¿Y con buen tiempo?

—Al café, también.

—¡Sí que es divertido!

—También puedes trabajar si te apetece. En realidad esto es para quien le guste la vida tranquila.

—¿Tranquila con este mido?

—¿Qué crees? ¿Que todo el año es aquí Semana Santa? Si hubieras visto cómo estaba esto ayer, sin ir más lejos...

—¿Vacío?

—Sin un alma. Muerto.

—A mi mujer le gustaría, entonces.

—A tu mujer, posiblemente, siendo holandesa...

—No es holandesa, es belga.

Sintió un rumor a sus espaldas y volvió la cabeza un instante. Sentados sobre una de las camas, en la penumbra, Pablo y Celia cuchicheaban. Pensó que estaban locos, con Pedro allí, a dos pasos, en el otro balcón del cuarto. O quizás no lo fueran, quizás ellos supieran lo que hacían. Fornell también se había vuelto a mirar, pero ellos ni se dieron cuenta. Fornell no dijo nada.

—¿Cuándo exponéis allí?

—¿Dónde?

De nuevo los dos, miraban la multitud, cara a la calle.

—En Bruselas... ¿Dónde va a ser?

—Querrás decir: cuándo exponen... —respondió conciso como siempre.

—¿Tú no llevas nada?

—Yo no. —Miraba abajo otra vez—. Nos separamos.

—¿Que os separáis? —preguntó asombrado, sin apenas creer lo que oía—. A ver, cuéntame eso. Desde que no te veo, ¡cuántas cosas te han debido pasar!

—No ha pasado nada. Solo que de todo se acaba uno cansando.

—¿Pero no ha habido una razón concreta?

—Ninguna —insistió en el mismo tono.

Otra vez se abismó en las procesiones. Miraba con demasiado interés los nazarenos, desfile de cruces y soldados, para pensar realmente en lo que abajo sucedía.

—Pero el grupo, ¿qué va a ser de él? —insistió Julio impaciente—. ¿Ellos siguen unidos?

Le miró cansado de tanta pregunta.

—No. Cada cual tira por su lado. Se trataba de damos a conocer y ya está conseguido. Nada más. Ya no tiene objeto seguir juntos.

—Verdaderamente, bastante sacasteis en tan poco tiempo. —Y por si el otro lo tomaba a censura, concretó—: Me refiero a nombre, a cotización, vamos. —Hizo una pausa y sin poder callar más tiempo, preguntó—: ¿Sabías que te estaba haciendo un libro?

Fornell se volvió un poco desconcertado.

—Ahora, si quedas aparte de los otros —prosiguió—, habrá que rehacer algún capítulo. Sobre todo al final.

—¿Un libro sobre mí?

—No un libro precisamente. Una serie de artículos.

—¿Y qué dices?

—Ya lo leerás cuando esté terminado. ¿No pensarás que lo iba a publicar sin consultarte? Además de la nota biográfica, quería ponerle un prólogo con algo interesante.

Pero más allá de sus palabras, del libro mismo, se preguntaba qué razón habría para sacarlo ahora, con el grupo deshecho, qué influencia perdería su amigo.

—Piénsatelo con calma —concluyó.

Y viendo que no respondía:

—Bueno, si es que te interesa...

—¿Cómo no va a interesarme?

Parecía meditar, ajeno a todo, pero Julio sabía que estaba calculando el interés que para él podía reportar aquel libro. Lo conocía bien. No podía engañarle su aire metafísico. A no ser por sus afanes, ¿dónde andaría el grupo? Probablemente ni siquiera habría llegado a formarse. Él le dio forma y cohesión, luchando con la abulia de los otros. Sí, ahora los había dejado a su suerte, algún interés debía andar por medio, aparte de que tirar de los demás, efectivamente, acababa cansando.

—Y los otros ¿qué piensan hacer?

—Ya te lo dije. Cada cual por su lado.

Lo recordaba pero no quería insistir con el folleto. Que él mostrara su interés si lo sentía.

En la calle los pasos seguían avanzando, al compás de los soldados, abriéndose camino entre remolinos de cabezas, con frecuentes paradas cada vez que una nueva imagen debía incorporarse. Un poco antes de llegar al Hostal el trayecto se estrechaba formando un recodo inverosímil. Ahora llegaba el turno a una talla de múltiples figuras, representando a Jesús ante Pilatos. Debía ser importante porque la portaban costaleros, luchando con su gran mole, con el suelo mojado, para hacerla pasar entre los muros. Se podía escuchar su pisada acorde, múltiple, acelerada, que animaba la voz del capataz.

El público desde terrazas y azoteas, en cualquier hueco abierto, o abajo, en cerrada multitud, contemplaba con emoción la maniobra. Animado por aquel sol indeciso, se estrechaba a lo largo del itinerario que abarcaba una vuelta casi total a la muralla. Los costaleros en un postrer esfuerzo, sacaron el paso sin tocar las paredes. Una salva de aplausos se dejó oír entonces, prolongada incluso por los que no alcanzaban a verlo.

Las cruces, las autoridades, los soldados romanos con sus medias rosadas y cascos de latón, debían andar ya cerca de la catedral. El público se preparaba a dejar las aceras porque tras la última imagen, la Banda del Regimiento cerraba la marcha y los desfiles de la tarde concluían.

Arriba, en el balcón donde Julio y Fornell callaban silenciosos, se encendió la luz a sus espaldas súbitamente. La voz de Celia sonó detrás.

—¿Qué tal van esas procesiones?

—Terminando —se volvió Julio a contestar.

—¿Tan pronto?

—No tan pronto. Lo menos desfilaron seis o siete cofradías.

—Yo creí que no paraban hasta la madrugada... Pugnaba por mirar. Julio sintió al

borde sus hombros, el leve roce de sus pechos.

—¿Quieres ponerte aquí? —Le brindó su lugar.

—No. Hay sitio entre los dos.

—Espera que me voy. —Se hizo a un lado Fornell—. Por esta tarde ya he visto bastante.

—¿No decís que terminaron ya?

Celia se le quedó mirando al marchar hasta verle tumbarse en una de las camas. Julio hubiera seguido tras él, pero como antes, prefería no insistir. Además llegaba Pablo que debía conocer al detalle el asunto de la ruptura.

—Parece que esta tarde no hay mucha animación. ¿Pasaron ya muchas cofradías?

—¿Cómo voy a saberlo si acabo de llegar?

—Hay que venir un poco antes —respondió Julio, a su vez.

—¿Por qué? ¿Es que no salen más?

—Ya no. Ya hay que esperar hasta la noche.

Julio miró al balcón frontero donde Pedro discutía con Daniel sin dejar meter baza a Joaquín que se aburría. Cuando este, a su vez, le descubrió se apresuró a preguntar:

—¿Te gustaron?

—No estuvieron mal.

—No valen nada...

—Es que tú eres muy exigente.

—¿Yo? ¡Todavía las de la noche...!

—¿Son mejores?

Hizo un ademán ambiguo con la mano y, de pronto, se quedaron ambos sin saber qué añadir, ni cómo desligarse. Pablo vino en su ayuda.

—Oye. ¿Qué plan tenéis para luego?

—No sé. Eso allá vosotros con vuestro comisario.

—Habría que llevarle a cenar a alguna parte. Tú conoces esto. ¿No?

—Depende del dinero que os queráis gastar.

—¿Selecciona él también para la Bienal este año? —preguntó Celia.

Pablo asintió y explicaba luego a Julio:

—A ti te interesaría conocerlo.

—Claro. ¿Cómo no me va a interesar? Pero Fornell lo debe tener, como siempre, en conserva. Pablo se echó a reír, y exclamó mirando con prevención hacia las camas:

—¡Está bueno Fornell!

—¿El comisario? Arriba debe estar.

—Pero ¿es que no sale?

—No sale. No se deja ver.

—¿A qué viene tanto misterio?

—¡Ah! —Se encogió de hombros—. No lo sé. Que no le gusta prodigarse.

—Entonces, ¿dónde crees tú que podemos ir esta noche?

—A ver, déjame que lo piense: Wamba, Villa Rosa, Morocco...

Julio calculaba rápidamente. La casa de Antonio, a orillas del río no estaría mal, pero dentro, en el estudio, porque el jardín estaría helado a aquella hora.

—Hay aquí un chico que nos podría invitar.

—¿Un artista local? No fastidies, no va. Se niega.

—Es artista local pero vive en Madrid. Además no expone, no ha expuesto nunca. Yo lo decía por la casa.

—¿Está bien?

—Está junto al río.

—Un sitio muy bonito —añadió Celia—. Ayer nos invitó a comer y no estuvo nada mal, no creas.

—Los pintores de provincias me deprimen —insistió Pablo—, todos acaban imitando a Vázquez Díaz.

—Espera a conocerle.

—Y espera tú a que nos invite —puntualizó Julio—. No vamos a presentarnos en su casa diciendo que traemos a un amigo muy simpático y queremos cenar.

—De simpático poco —aclaraba Pablo.

—Importante, quiero decir.

—Eso sí. —De nuevo hizo Pablo un gesto burlón—. Muy importante.

—No seas ganso —le regañaba Celia. Y luego a Julio—: ¿Lo arreglas tú?

—No hay nada que arreglar. Explicárselo y que él diga lo que quiera. Pero antes sospecho que habría que encontrarle.

—Estará en la plaza, dando vueltas en cuanto acaben las procesiones.

—¿Pero tú qué piensas? ¿Que es algún paleta?

—¡Ah, no sé! Lo que decís vosotros...

Julio, dudando, comenzaba a cansarse de aquel juego, pero aún preguntó a Celia:

—¿Se lo decimos a Joaquín, sino?

—Tampoco era mala idea. Ese se anima pronto.

—Espera un poco. —Pablo le detuvo por el brazo—. Déjame que pregunte yo a Fornell.

—¿Pero qué hay que preguntar? —clamó Celia impaciente.

Pablo señaló el piso de arriba con el dedo pulgar.

—Si va a venir el Boss...

—¿Quién?

—El jefe, el comisario. A lo mejor ellos tienen plan aparte, aunque me extrañaría. Pero como hablan tan poco, no hay modo de enterarse.

—¿Y no podríamos cenar sin él?

—Ni pensarlo. Con el trabajo que costó traerle. —Y adivinando un reproche en la mirada de Celia, se apresuró a rectificar—: A Julio le puede interesar ligar con él y... a ti también si fueras más sociable.

Ahora estaba peor. Él también debió comprenderlo y se alejó camino de la cama

en que Fornell leía.

—Este sigue igual —comentó Julio, cuando se hubo ido.

—Lo malo es que no se da cuenta cuando cansan sus bromas.

En la calle, tras la última imagen, la muchedumbre invadía la calzada. Comenzaba a encenderse el alumbrado: hileras de bombillas suspendidas de balcón a balcón. El público emprendía pausadamente el camino de la plaza. Los niños buscaban cabos de vela entre las sillas en desorden, y formando filas de choque, rompían la lenta multitud de los mayores. Grupos de muchachas cogidas del brazo se llamaban con agudas voces:

—¡Fermina...!

Buscaban en rededor, en la marea de rostros, sin soltarse, repitiendo su grito al que siempre acababa respondiendo algún eco burlón. Pensativos nazarenos, sin capirote ya, llevándolo en la mano, subían con la capa recogida y la novia al lado revisando los manchones de la cera en la túnica. Más chicas repelían empujones de soldados, revolviendo de vez en cuando el brazo, en veloz remolino que alzaba oleadas de protestas.

La gente de las sillas aguantaba la avalancha en las aceras y mientras la apretada corriente de rostros, polvo, capirotos, sables, tricornios y uniformes, discurría apretada; hileras de balcones se iban iluminando arriba, en los pisos donde las familias se preparaban para la pausa de la, cena.

—Seguimos sin noticias. —Pablo había vuelto—. No se sabe nada. El monstruo sagrado sigue durmiendo.

—No entiendo que se venga hasta aquí, para meterse en la cama.

—Él es así: original y epatante. Y además, ayer se acostó a las seis de la mañana.

Ya empezaba con las bromas, como antes. Julio, al volverse, vio cómo acariciaba con el mentón la nuca de Celia. Le dijo:

—¿Por qué no subes y le preguntas directamente?

—¿Despertar al Boss?

—¿Es que da tanto miedo?

No parecía muy interesado en cambiar de postura, y respondió:

—Miedo no, pero prefiero estar aquí.

—Aparta un poco. ¿Quieres? —dijo Celia, de pronto, cortando su tono festivo.

—Lo que podría hacer —dudaba si ofenderse o no—, es llamar por teléfono.

Ninguno de los dos le respondió, y de mala gana, volvió a entrar en el cuarto.

—¿Nos vamos? —preguntó Celia a Julio, lanzando una ojeada al otro balcón.

Parecía inquieta, un poco cavilosa.

—Oye... —comenzó él—. ¿Qué pasa con Fornell?

—¿Con Fornell?

—Bueno, con los del Grupo...

—¿Qué va a pasar? Que se separan...

—Ya lo sé. Me lo ha dicho él. Pero, ¿por qué razón?

—¡Ah! —hizo un gesto dudando—, parece que hubo lío.

—¿Por culpa de Fornell?

Alzó el pulgar, imitando a Pablo.

—Por culpa del Boss, supongo. Por lo visto le gusta cambiar de favorito.

—¿Y quién es la nueva promesa, si se puede saber? ¿No será Pablo?

Celia rio levemente con tristeza.

—No. No es él. Es Fontán.

—¿Fontán? ¡No gastes bromas...!

Sin embargo el rostro de Celia no mentía. Debía recordar como él, aquella apagada expresión, aquel aire ausente del más místico del Grupo. Con su pelo cortado a cepillo, quizás había batido a Fornell por horas de silencio.

—Pero oye —insistió—. ¿Estás segura?

—Me lo ha dicho Pablo. Él estaba presente el día del jaleo. Discutieron por cuestión de exposiciones o ¡qué sé yo! —Bajó la voz un poco—. A lo mejor por asuntos de tantos por ciento. El caso es ese...

—Que salieron tarifando...

—Que Fornell se separó y como era él quien organizaba todo... Luego, por lo visto, se enteró de que el comisario ya andaba en tratos con Fontán, desde antes.

—¡Caramba con el Boss! No pierde comba...

—Ellos siempre están así. Porque Fornell, antes de irse Fontán a Lisboa, también se dedicó a tirar contra él... Bueno, todo por el estudio... Entre eso y escribir manifiestos se les va el tiempo libre.

—¡Buena gente! —repuso Julio mirando tras de sí por si alguno de los otros le oía—. Pero oye. Hay una cosa que no entiendo. Si Fornell ya ha roto. ¿A qué viene aquí, con el comisario?

—Ha roto con el grupo. Con el comisario espera arreglarlo todavía.

—¿Y el otro, Fontán, se duerme en los laureles?

—Pablo dice que los tiene seguros, que Fornell pierde el tiempo.

Julio pensó que también él lo perdía. Si Fornell no iba a la Bienal, si ni siquiera podía presentarle al comisario, los dos últimos meses de trabajo habrían transcurrido en balde. Pensó en los folios sobre su mesa del cuarto, y sin poder resignarse, preguntó a Celia:

—Oye. ¿Tú crees que bajará mucho?

—¿Fornell?

—Quiero decir si dejará de cotizarse, por ejemplo. Se encogió de hombros y respondió poco convencida:

—No sé... No te puedo decir. No es lo mismo, claro. El Boss, es quien consigue los premios por ahí fuera, y sin premios, los marchantes ni caso...

—Adiós trabajo, entonces.

—¿Qué trabajo?

—El mío... Estaba haciendo un libro sobre él.

—¿Un libro? —preguntó sonriendo—. ¡Qué importancia!

—Bueno, un libro no. Un folleto, hablando de su pintura. Poca cosa. Treinta páginas.

—Y ¿a quién le parece poco; a ti o a él?

—A mí me parece demasiado para hacerlo en balde.

—Eso no es problema. —Parecía haber recobrado de momento su anterior buen humor—. Le cambias el nombre y lo dedicas a otro, a Fontán mismo... ¿Qué más da? Total, todo es hablar de espacios cósmicos, o decir eso de que es muy español, que tiene mucha fuerza. Eso les gusta a todos.

—¿Tú crees?

—Sí —añadió más en serio—. Hace poco leí en una revista de Madrid que le decían a uno... ¿Cómo le decían? —Hizo memoria—. ¡Ah, sí...! —fue recordando palabra tras palabra—. Decían que su arte, o no, mejor, su material intelectivamente controlado, surgía como la huella... —se detuvo otra vez—, eso es, como la huella de un viento enigmático, sobre arenas incalculablemente solitarias.

Descansó satisfecha, después de recordar todo el párrafo.

—Yo también he leído cosas parecidas.

—¿Pero a un jurado de Bienal?

—A un jurado no. A algún que otro crítico.

—Pues si los jurados hablan así, calcula cómo serán los discípulos.

Mirando la calle donde los municipales alineaban las sillas para los desfiles de la noche, Julio pensaba cuánto podría él tardar en ser jurado. El oficio de crítico no era mala baza sabiéndola jugar, con tal de no arriesgar nunca demasiado. Luego vendrían los libros de arte y tras ellos las disputadas conferencias por América. Allí había dinero a ganar y un poco de nombre también, aunque fuera a remolque de los otros. Celia tenía razón. ¿Qué más daba Fornell que Fontán?

Ya Pablo volvía apresurado.

—Asunto listo.

—¿Os pusisteis de acuerdo?

—El Boss viene con nosotros. Si el amigo ese dice que no, podemos ir por ahí, a comer un cochinillo.

—¡Caray con los abstractos! ¡Qué concretos sois a la hora de cenar!

—Es que hay mucho desgaste aquí —respondió señalándose la frente.

Los tres abandonaron el balcón, preguntando a Fornell que se había levantado, dispuesto a marchar con ellos:

—¿Qué? ¿Te animas?

Pero Fornell, en vez de responder, preguntó a su vez si bajaba el comisario.

—Luego le pasamos a buscar —explicó Pablo, demorándose para no entrar junto a Celia en la otra habitación, y al pasar, recordaba a Julio—: ¿No se te olvidará decírselo a tu amigo?

—No. Descuida.

—Si la cosa sale, tú te encargas después de presentarlos.

—Y a mí, ¿quién me presenta al comisario?

—No te preocupes. Yo...

Con los de la otra habitación, todos juntos, bajaban la escalera.

Cuando supo Pedro el plan para la noche, hizo votos porque Joaquín no aceptara. Daniel intentaba convencerle de que peor era volver a la pensión para cenar a solas.

—Me extraña —le decía—, con lo que a ti te gustan las tertulias...

—Las tertulias, sí, no los banquetes.

—¿Y quién habla de banquetes aquí?

—No le hagas caso —comentó malhumorada Celia—. ¿No ves que es un antojo?
¡Si se le hubiera ocurrido a él, otra cosa sería!

La madre decía que era un chico mimado. El tío, que mimado y un poco caprichoso. Les molestaba su aire ausente, su afán de vagar a solas. Parecía eternamente ajeno a ellos. Aquella prolongada soledad le había perseguido al cabo de los años, aún después de la boda.

En los primeros meses, viendo a Celia dormida a su lado, o en casa pintando, o durante la comida, le parecía su relación con ella como lejana, artificial. Se preguntaba si para Celia también sería así, o, como la madre aseguraba, la vida era una cosa tan simple que cuanto más importancia se la daba, menos se la entendía. Pero la vida, estaba seguro entonces, no era así y el amor otra cosa que los deliquios de su tío. Por no entenderlo de este modo, ahora se amargaba, convertido en un viejo. Fue a verle, por última vez, el día de Navidad, en la visita anual con su madre y Celia. Ya apenas escribía y la casa como él mismo en decadencia, detenida en el día en que la puso, parecía un cruel remedo de su época. Los divanes que conoció de niño, desde donde solía contemplar los grandes estantes repletos de libros, mostraban al aire sus despellejados brazos. La humedad invadía los rincones, las luces empotradas se apagaban y la falsa caoba de los muebles iba saltando, convertida en astillas de humilde pino. Las figuritas de cristal, los bibelots como entonces se llamaban, parecían ahora tan raquíticas, tan pobres como siempre fueron y porque recordaba haberlas admirado, como al tío, como a la casa toda, ahora las odiaba.

Haciendo memoria, de la gente que allí había conocido, en sus postreras visitas, le llegaba una sensación penosa de tiempo perdido y en ciertas ocasiones, de ira consigo mismo.

Escritores en perpetuo silencio, abismados siempre en propios pensamientos que jamás llegó a conocer, actores de voz grave, con capa a pesar de los rigores del invierno, o con bastón o perro, modestos principiantes en busca de un mendrugo, viejas actrices de flácidos pechos y eterna carcajada, de cansado mirar.

Quizás ahora, por resarcirse de pasados entusiasmos, los juzgaba peor de lo que en realidad habían sido, pero lo que resultaba difícil de olvidar, era su crueldad, su implacable dureza para los que tras ellos venían, su cerco constante a cualquiera que pudiera ayudarlos en días venideros.

A veces, a la salida de un estreno, aparecía alguno de aquellos influyentes. No era preciso verle, ni oírle siquiera, solo contemplar a los demás, al tío, por ejemplo.

Ya en los tiempos postreros flojeaba la tertulia porque todos, los escritores de monóculo y capa, los de la gruesa leontina de oro, los que jamás usaban gafas a pesar de no ver, los que aún en la vejez cultivaban su fama de espléndidas aventuras amorosas, comenzaron a faltar, coincidiendo con el primer bajón en la fortuna del tío.

Celia decía que debía haber como un tam-tam que a través de Madrid, por despachos de estilo español, por viejas *garsoniers* repletas de oxidados muebles de tubo, por oficinas de viejos ministerios, iba avisando que en casa del tío ya no se

bebía bien, ya no era posible conocer amigos influyentes. Quedó prácticamente solo, rodeado de sus libros que ya nadie leía, trabajando en alguna que otra colaboración semanal, en periódicos que aún regentaban los amigos. A veces, cuando cobraba, traía algún compañero a cenar a casa y si Pedro, por cualquier circunstancia se hallaba presente, la conversación, de un modo fatal, recaía sobre los jóvenes.

Parecían los únicos culpables de su mala fortuna. Ya se sabía: Ni escribir, ni gozar de la vida, ni menos del amor. Siempre en cuevas inmundas, en cafés, pintando estúpidos cuadros pederastas, oyendo cosas que llamaban música.

—¡Cuando veo a esos chicos por la calle! —suspiraba el tío—. ¡Cuánta salud desperdiciada! Fíjate, Miguel. No pedía más: Una inyección aquí —apuntaba con el tenedor su brazo—, y ya está, fuera, quince años menos. Otra vez a vivir...

—¿Quince años? —exclamaba el amigo—. ¡Con menos me conformaba yo, para dar lecciones a estos chicos!

Y entonces, ante el estupor de su memoria que recordaba bien los anteriores años, comenzaban a pasar revista a figuras de antaño, como si su vida hubiera sido un apretado discurrir de días exquisitos.

No. El tío jamás había ido a la ópera, ni siquiera a un concierto ni en su vida se había molestado en comprar un disco. Nunca fue más allá de las zarzuelas que defendía por españolas y porque en su juventud había escrito un par de libretos. No volvió a pisar el Museo del Prado desde que tuvo uso de razón, desde que cierta vez le llevó su padre, pero todo era hablar de Goya y Velázquez, de si pintaban o no mejor que Rubens, de si Madrid no la cambiaban por París ni Londres; de Galdós, de Benavente y Federico. Luego, como consecuencia inevitable, pasaban a su generación.

—Nuestra generación tenía más vocación que las de ahora pero se la comieron Baroja y Valle Inclán y Azorín. ¿No es verdad, Miguel?

Y Miguel respondió satisfecho:

—¡Ya lo creo!

—¿Dónde están los escritores de ahora? ¿Eh? ¿Dónde están? Nuestra generación podía haber sido precisamente una generación de grandes narradores, lo que otras no fueron. Porque en la de Baroja, ¿dónde están los novelistas?

Don Miguel asentía melancólico y Pedro por inercia.

—¿Qué van a hacer estos chicos? —Le miraba con gesto cariñoso y compasivo a la vez—. ¿Qué saben de la vida, si hoy lo único que cuenta es el dinero?

Oyéndole hablar, parecía un asceta. Resultaba difícil imaginar que importunara asiduamente a amigos de influencia, a todos los que el tam-tam había alejado de su casa, para pedir si no camiones que vender, favores, pequeñas influencias que pudieran dejarle algún beneficio con que cubrir, por ejemplo, el veraneo. Lo más penoso era que el vacío forzoso del amor lo había llenado un afán progresivo de riqueza y el dinero, ya viejo y solitario, no llegaba, y era difícil mantenerse fiel a un estilo de vida, a lo que él llamaba su mundo, sin poder asistir siquiera quince días, a

una playa de moda, aunque ahora fuera de segundo orden, donde antiguamente el ayuntamiento le invitaba. Contemplando aquel final anticipado, viviendo aquel ambiente, Pedro llegaba a temer acabar como el tío.

—Si ahora te preocupas por eso —comentaba Celia—, ¿qué va a ser cuando tengas sus años?

Sin embargo la misma sensación le asaltaba volviendo a los lugares donde antes viviera, contemplando desde el tren, días atrás, las verjas de la colonia donde para la familia comenzó la guerra. Le hubiera gustado otra vez mirar el horizonte desde aquellas lomas, imaginar junto al hermano lejanos países, vagar el día entero al azar escuchando los ruidos del frente, el compás silencioso de las horas.

Aquel deseo de volver atrás le hacía desconfiar de sí, incluso en la ciudad que tanto deseaba, al pie de su erguida catedral, en sus angostas calles un poco misteriosas que tantas veces recordara luego, en el oscuro piso de Madrid. Había visto aquellos muros iluminados, no como ahora, para los turistas, sino en el primer espectáculo que montaron los refugiados, al margen de los bailes del casino, en los ratos libres que a las chicas les quedaban de tejer pasamontañas para el frente. Representaron un auto sacramental sobre la gran explanada de piedra, donde corrían ahora los vendedores de postales en pos de sus clientes. Resplandecía la fachada, cara a las gradas del público, a los sillones de las autoridades, a los grandes focos y altavoces traídos del frente, a través de los cuales, la voz del Alma clamaba su culpa desde la más alta ventana de la torre. Quizás aquellos sillones de talla retorcida eran los mismos que ahora descansaban en las tribunas de la plaza mayor y estos hombres de súbito ceño, contemplando con su vago mirar el lento paso de las imágenes eran los mismos, aquellos que aguantaron perplejos, las dos horas largas de cada función. Ni Celia, ni Julio, ni Daniel podían comprender lo que significaba recordar aquel aire de la ciudad entonces, la sensación de caminar por la misma plaza, al compás de la multitud que la llenaba. Las mismas colgaduras, idéntico color en las ventanas. Solo faltaban las banderas del Eje ondeando en el balcón del ayuntamiento.

—¿Qué miras? —preguntó Daniel, a su lado.

—Nada; esto...

—Podíamos sentarnos.

—Tú dirás dónde. Está bueno todo...

—Dentro. En algún café.

—¿Hoy no vienen periódicos?

—Hoy no. Si acaso, los de ayer.

Las sillas de las terrazas formaban barreras de metal ante los soportales. La gente, a fuerza de girar, apurando el estrecho recinto de la plaza, se cansaba de saludar. Joaquín, delante, hacía de cuando en cuando su habitual ademán acogedor, en tanto Julio y Daniel caminaban a su lado y Pablo, como siempre, junto a Celia. Pedro se esforzaba en olvidarlos, mas si lo conseguía, bastaba no verlos un instante, para que al punto le traicionara la memoria. Allí delante marchaban, con su estúpida seriedad,

como dando a entender a los demás que su charla no tocaba asuntos terrenales. Pero los otros, como él mismo, como en tácito acuerdo, les dejaban a solas, haciendo inútil su precaución de no adelantarse demasiado. Estuvieron a punto de perderse cuando Daniel entró en el bar, buscando sitio.

—¿Pero no ves cómo está?

Una turbia vaharada de calor, de hedores confundidos, reinaba en el local sobre el humo pesado de los cigarrillos.

—Está igual que los otros —repitió sin ganas de entrar.

—Como es más grande, podía quedar libre alguna mesa.

—¡Qué va a quedar! Ahí se están todos, hasta que empiecen otra vez las procesiones.

Familias enteras copaban los rincones, con niños innumerables persiguiéndose entre las mesas, buscando las chapas de las consumiciones. Las mujeres cruzaban entre sí pocas palabras y los hombres, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraban a través de los cristales el lento ir y venir de las parejas, con aquella vaga expresión que tanto desazonaba.

La noche anterior, tras buscar inútilmente a los pintores en el Hostal, había estado allí, en la misma barra, charlando con el dueño y aquel periodista de Celia que viéndole llegar se había vuelto, sorprendido.

—¿Qué? ¿Paseando un poco la cena?

—Sí... Haciendo sueño. —Y al tiempo, preguntaba al dueño—: ¿Tiene por ahí la prensa de hoy?

—Algo debe quedar.

—Póngame un café.

—Eso sí que no puedo. Está apagada ya la máquina.

—Pues una Coca-Cola.

Mientras el dueño buscaba tras el mostrador, en el revuelto montón de diarios, el otro preguntó:

—¿Tú señora, durmiendo?

—Durmiendo debe estar...

—Tu mujer quiero decir —se corrigió, y luego, cuando vino la prensa se despidió rápidamente, perdiéndose en las tinieblas de la plaza.

Ahora, como en un juego de imágenes, allí estaba otra vez, llamando desde fuera, a través del escaparate.

—¿Has visto quién está ahí? —murmuró Daniel a su lado.

Antes de que Pedro respondiera, ya entraba el otro con Antonio al que decía:

—¿Ves cómo los encontrábamos aquí?

—¿Estáis solos? —preguntó Antonio.

—No. Están fuera los demás. Es que se empeñó Daniel en entrar a ver si había sitio.

—A estas horas está esto fatal. No hay nada que hacer. En la calle, al menos, se

respira. —Lanzó una mirada bajo los soportales una vez que hubieron salido—. ¿Han venido ya vuestros amigos?

—Aquí están.

Y tras la respuesta de Daniel, Julio comenzó las presentaciones.

—Ahora —propuso Joaquín con Antonio— podíamos aprovechar para ir poco a poco hacia casa.

—¿A tu casa? —preguntó este.

—Se quedan a cenar todos conmigo. Bueno, tanto como a cenar... A tomar un pisco para aguantar hasta la noche. Te advierto que va a venir el comisario.

—¿Y a quién va a detener? —preguntó en broma.

—No seas tonto; el de la Bienal. A lo mejor le conoces y todo.

—No me extrañaría. ¿Cómo se llama?

Joaquín interrogó a Pablo con la mirada y este respondió de mala gana:

—Vicente... Vicente Jordán...

El rostro de Antonio se animó.

—¡Claro que lo conozco! ¿Está aquí?

—En el Hostal... Luego van a buscarle.

Se unió a ellos, y Joaquín, viendo al periodista que dudaba, hizo un gesto que le incluía también.

—Un momento —advirtió Pablo interrumpiendo la marcha—. Al comisario ¿quién le avisa?

—¡Tú, por hablar! —respondía Daniel, en tanto Julio salía tras él.

Se alejó sin volver el rostro atrás. Así no pudo ver como, apenas en marcha, el periodista se apresuraba a ocupar su puesto junto a Celia, comenzando, de nuevo, como si ya mediara una larga amistad entre los dos.

—¿Qué tal desde ayer? ¿Te gustaron las procesiones?

Celia hizo como si no hubiera oído su pregunta porque sabía que dijera lo que dijera, él, por prolongar la charla, se iba a empeñar en demostrarle lo contrario, pero de nuevo su voz volvía a importunarla:

—Os pesarán tantos días aquí...

—No tantos. Desde el lunes.

—Yo en cuanto llevo aquí una semana, no respiro. Aquí no hay ambiente ni entusiasmo por nada. Ni una película que valga la pena ver. Gracias a Antonio que me presta algún libro.

—¿Y Joaquín, no? —preguntó Celia claudicando.

—Joaquín es distinto. Para menos en casa. Se pasa todo el tiempo en la finca.

—Pero Antonio ¿no vive en Madrid?

—Vivir no. Pasa temporadas en un piso que tiene, pero cuando vuelve siempre tiene su casa a disposición de los amigos.

El tema de Antonio se agotó rápidamente. Celia lo sentía, porque a base de confidencias sobre sus propios problemas, Fidel era más difícil de soportar. Ahora

cruzaban ante el ayuntamiento, frente a la tribuna cubierta con los tapices de la ciudad y paños rojos de dorados flecos. Un par de guardias municipales alejaban a los niños de los panzudos sillones destinados a las autoridades.

—¿A ti, en Madrid, dónde se te puede ver?

Pensó por un instante en la llegada del periodista a casa. Se imaginó la cara de la madre de Pedro y acabó dándole el nombre del café.

—¡Ah! —exclamó con clara prevención—. ¿Vais a ese?

—Yo solo a veces. Pedro es quien vive allí.

—Yo también he estado alguna vez, pero francamente, no me agrada.

El tono en que lo dijo devolvió a Celia el buen humor.

—¿Por qué?

—No sé... Me parece poco serio. Francamente prefiero una taberna, cualquier tasca.

—Pero, ¿por qué razón? —preguntó divertida.

—Ya digo, por nada, porque se pierde mucho tiempo. —Calló como dudando, y a poco insistía—: Entonces, ¿dónde puedo verte?

Celia había calculado que aquello llegaría por lo menos después de la cena, pero él siempre parecía adelantar sus decisiones. No supo qué responder y él viéndola en silencio, quedó un poco cortado.

—Es por el asunto del artículo —explicó, haciendo más difícil la respuesta.

—¿Por ver los cuadros?

—Y por hacer alguna foto del estudio.

—Es que no tengo estudio.

—¿Ah, no?

Vio en sus ojos un leve desencanto.

—El caso es que con unas buenas fotos, es mucho más fácil meter el reportaje.

—Es que yo pinto en casa.

—Bueno. Las hacemos en tu casa.

—Me parece que no te va a servir. Es la misma habitación en que dormimos.

—¿La tenéis alquilada?

—Vivimos con la familia de Pedro, con su madre.

La idea de verla a solas pareció alejarse de momento.

Saliendo de entre la multitud hacía frío. El periodista se alzó el cuello de la americana, guardándose las manos en los bolsillos. A Celia le vino a la memoria alguna película cuyo título no recordaba. A veces se adelantaba un poco y sacaba un manojo de papeles, algún pequeño libro, cambiándolos de sitio. Su modo de andar, sus gestos, siempre recordaban otros ademanes, fotografías de revistas, algo ya visto en otra parte.

—Cada cual debía tener un lugar apropiado para trabajar...

—Claro...

—¿Tú no crees que andaría mejor el mundo?

—Puede ser.

—A veces me pregunto: ¿Por qué cada cual no podrá dedicarse a lo que quiere? ¿Por qué habrá tan poca libertad? ¿Por qué tendremos que pasarnos la vida, trabajando en cosas absurdas?

Celia ahogó un bostezo. Aquella verborrea le aburría. Seguramente con aquel ir y venir de la acera a la calzada, con su gesto un poco desolado, acostumbraba a deslumbrar a sus amigas. Su voz, aún no muy fuerte, sonaba bronca en la calle vacía. Decidida a no aguantarle más se detuvo.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

Miraba, a lo largo de la calle, si los otros venían. Fidel también se detuvo, pasándole la mano sobre el hombro.

—Escucha —comenzó, acercando su rostro.

El gesto de Celia le cortó de nuevo.

—Por favor. No empecemos —repuso, apartándose un paso.

Él quiso replicar pero no llegó a decidirse y por fin se alejó a su vez, cuando ya Fornell aparecía. Celia temió que hubiera visto el gesto o que se imaginara aquella estúpida escena, pero él se limitó a preguntar:

—¿Sabéis si falta mucho?

—Es al final de la cuesta. Solo dos calles más abajo.

La luz tenue de un farol, descubrió al periodista esperando en el quicio de la cercana puerta. Fornell le saludó:

—Ah, hola. —Por el tono, quizás esperaba encontrar allí a otra persona. Y como si se excusara—: ¡Está tan mal iluminado esto!

—¡Para lo que hay que ver! —replicó el otro.

Y Fornell, con una furtiva mirada, murmuraba:

—Eso depende de cómo se mire. Es como todo.

El comisario se hallaba aún en pijama, a pesar de lo avanzado de la hora. Anudando su batín, estrechó la mano de Julio con aire distraído al tiempo que exclamaba:

—¡De modo que vamos a cenar en casa de Antonio!

—En casa de Antonio no —replicaba Pablo—, en casa de un amigo suyo.

—¡Qué casualidad irlo a encontrar aquí precisamente!

—Nada de casualidad, porque es donde vive.

Pero el comisario hablaba por su cuenta. Quedó pensativo y preguntó:

—¿Y quién es ese amigo? ¿Algún pintor?

—No —se apresuró a aclarar Pablo—. Amigo y nada más. No pinta. Tiene un estudio más allá de la catedral, por el gusto de tenerlo.

—¡Ah, la catedral! —repitió el comisario como un eco—. Recuérdame que vayamos a verla mañana.

—Muy bien, mañana —repuso Pablo impaciente—, pero ahora no estaría mal que te fueras vistiendo. Nos están esperando desde hace un rato.

—¿Qué estilo es? ¿Gótico?

—Gótico español, con portada Renacimiento.

Luego, suspirando, añadía:

—Anda, levántate...

—Aguarda un poco. No correrá tanta prisa, espero —consultó su reloj—. ¿Cae muy lejos de aquí la casa?

—Un poco lejos —explicaba Julio ahora—. Sobre todo teniendo en cuenta cómo están las calles. Hay un buen paseo hasta allí.

—¿Y tú, Pablo, de que conoces a ese chico?

Pablo respondió paciente:

—Te dije que me lo presentó Julio esta tarde.

Julio dio un paso adelante para darse a conocer, pero el comisario apenas volvió levemente la cabeza.

Fruncía los labios como en un tic nervioso. Pareció despertar de un profundo sueño al preguntarle:

—¿Pintor también?

—No, yo no... —repuso Julio cohibido.

—Compañero de viaje —explicó Pablo—. Quiero decir que ha venido con un grupo de pintores. ¿Tú conoces a una chica que se llama...?

—¡Por favor, Pablo, no empieces con tus interrogatorios! —protestó con gesto fatigado—. Tú debes pensar que yo llevo un fichero en la cabeza.

—Bueno, bueno. Para que no tengas que tirar de fichero: también es amigo de Fornell.

—¿De José María? —preguntó sin ningún entusiasmo.

Conociendo las relaciones entre Fornell y el comisario, Julio se preguntó qué clase de favor le estaba haciendo Pablo.

—¿Entonces, no eres de aquí?

—No, aquí estamos todos pasando la semana.

Se veía que el asunto Fornell no era de su gusto. Seguramente por ello Pablo medió de nuevo:

—Escribe de pintura.

Pero tampoco su trabajo parecía interesar demasiado al comisario cuyos ojos reflejaban, allá en el fondo, en su interior, todo el tedio del mundo. De nuevo volvió el juego de cambiar el tema de la conversación cada vez que los dos entraban en ella.

—Oye, Pablo, por cierto —jugaba con las borlas del batín—. ¿Qué hay de esa exposición?

—Tú dirás cuál. ¡Hay tantas...!

—Me parece que no inauguramos una cada día... Pablo hizo un gesto de paciencia antes de volver a preguntar:

—¿Cuál? ¿La de Lisboa?

—¿Cómo va a ser la de Lisboa, si terminó hace un mes?

—Entonces, tú dirás... Yo no llevo la cuenta.

—Anda, déjalo, es lo mismo... —Se había levantado invitándoles tácitamente a salir.

—Te esperamos en el hall, abajo.

Parecía haber roto en un esfuerzo su pereza. Arrojando el batín sobre el diván, entró en el cuarto de baño. Pablo y Julio salieron. Pablo comentaba fuera esperando el ascensor:

—Los días que se levanta así, dan ganas de tirarle un sillón a la cabeza. Si alguna vez te metes en esto, prepárate a aguantar.

Abajo, en los divanes del recibidor, aguantaron casi media hora hasta verle bajar de traje oscuro, zapatos negros y camisa impecable. Sin decir palabra le siguieron y así franquearon el portal donde los botones se hicieron a un lado, saludándole.

Cosas sin importancia, pensaba Julio, pero que contaban para Pablo aunque de vez en cuando se quejara. No hacía ni dos años que andaba por París al *ramassage*, sin tiempo ni ánimos para pintar, y ahora se permitía el lujo de tomar vacaciones. Si hubiera querido luchar más, más hubiera conseguido, pero él no era orgulloso como Fornell o vividor como Fontán y en su interior tampoco se tomaba el arte tan en serio. Le gustaba vivir bien, simplemente, y parecía haber encontrado la manera. Eludía cualquier complicación excepto las de Celia porque su afán de vivir parecía centrarlo en las mujeres. Les dedicaba mucho tiempo, demasiado, gastando en ellas el dinero que ahorraba otras cosas, y antes, cuando no lo tuvo, tardes enteras de charla y paciencia. Su éxito con ellas le debía compensar de algún otro fracaso, de su papel de eterno segundón, haciéndole más tibia la melancolía de saber que nunca llegaría a progresar dentro del grupo.

Julio, viéndole doblar el callejón frontero al Hostal, se preguntó dónde iría, pero atento a la actitud del Boss, quedó a su lado, aguardando en la acera.

—Parece que se queda buena noche —comentó—. Un poco fría —respondió a su vez, copiando su mismo tono impersonal, sintiéndose un poco ridículo al hacerlo.

Era difícil estar allí, sobre el bordillo, con su fea chaqueta y su corbata deslucida, junto al impecable comisario. El mismo Pablo vestía bien, cuando hacía con él su papel de secretario. Las camisas, los gruesos chaquetones, hasta los ademanes desenvueltos y las bromas quedaban para el círculo de amigos. En torno al Boss, parecía conveniente mostrarse circunspecto. Por un instante, mientras Pablo volvía se imaginó a sí mismo, en su lugar. Era fácil verse allí esperando, vestido de franela, con la raya horizontal del pañuelo blanco en el bolsillo alto; lejos de Wanda, de su cuarto que hedía, de sus tediosas charlas, pensando en el próximo viaje a París o al Brasil o en la casa repleta de cuadros de pupilos.

Un coche salió del callejón. Paró ante la puerta y el Boss, reconociéndole, cruzó, posando la mano en la manija de la portezuela. El rostro de Pablo asomó a la ventanilla delantera ordenando a Julio:

—Tú sube detrás, por favor.

Y cuando se acomodó, ya estaba el comisario sentado delante.

Le hubiera gustado preguntar de quién era aquel auto. Seguramente del sufrido Pablo, que ahora intentaba buscar el camino de la plaza Mayor, apartando a la gente con la luz de los faros. Tras mucho vacilar arrancó, pero pronto surgía un rústico agente de circulación ordenando detenerse.

—¿Qué hay?

—No se puede pasar. Está prohibido hasta mañana.

—¿Por qué?

—¿Por qué ha de ser, querido Pablo? —La voz del comisario se adelantó al agente—. En todos estos sitios es lo mismo. Por eso a nadie se le ocurre conducir por una calle principal en Jueves Santo. ¿No ves? Ni un solo coche.

Pablo no respondió. De mal humor dio marcha atrás, pero ahora resultaba más difícil. La gente se apartaba en el último instante, y muchos rostros curiosos miraban pegando la nariz a los cristales.

El Boss se volvía a mirar, con gesto contrariado que a veces dirigía a Julio como una vaga confidencia, mientras Pablo maldecía a su lado.

—Ahora no te pongas nervioso y atropelles a alguien. Solo nos faltaba acabar en la casa de socorro.

—¡En un manicomio debíamos estar por no ir andando!

—Pero, Pablo... —La voz siempre implacable—, no nos echas ahora la culpa a los demás, por favor...

Y Pablo, como único posible desahogo, comenzó a tocar el claxon hasta que consiguió alcanzar la bifurcación más cercana.

—Bueno, vamos a ver *si* hay suerte ahora.

Furioso hizo el cambio y el coche entró rozando las paredes en la tiniebla del callejón. Sus luces descubrían, pocos metros delante, parejas de novios, atónitas figuras que buscaban amparo en la sombra, apresuradamente. Espantaron a los clientes de un pequeño bar y alguno les gritó algo que no entendieron. Pablo no oía, iba metiendo el coche por insólitos pasos, sin darse cuenta de que la calle declinaba. Julio comprendió pronto que por aquel camino nunca llegarían a la plaza, pero calló. Su breve experiencia, cerca del comisario, le decía que un mal entendimiento entre los dos podría redundar a la larga en su provecho.

Súbitamente el coche se detuvo. Los faros alumbraban una serie de diez o doce escalones.

—¿Y ahora qué? —preguntó el Boss.

—Ahora nada. Que no sé dónde estamos.

—Querido Pablo. Cuando no se sabe, se suele preguntar.

La voz iba tomando un tono más grave. Intervino Julio:

—Por aquí salimos al río.

—Haberlo dicho antes —replicó Pablo volviéndose. Su mirada era un concreto reproche.

—Pero, ¿tú no te dabas cuenta de que íbamos bajando? —preguntó el comisario.

—¿Y qué?

—¿Dónde has visto tú una plaza Mayor a la altura del río? La plaza Mayor de una ciudad está siempre en el sitio más alto.

—Bueno, muy bien. —Se recostó sobre el volante—. A ver qué hacemos. El que conozca esto que diga por dónde hay que ir. ¡Si es que le da la gana!

Hubo un silencio en que el comisario le miró como si fuera a bajar del coche.

Afortunadamente no se apeó. Sin embargo, su gesto fue bastante explícito mientras comentaba:

—Un poco de educación no está de más en estos casos.

Otra vez marcha atrás. Luego, siguiendo las flechas desvaídas que marcaban a los turistas el itinerario nocturno, salieron junto a la catedral y desde allí, sin más problemas, llegaron a la casa.

Pablo quedó fuera aparcando. Por los rostros que vieron al entrar debían esperar ya largo rato. Nuevas presentaciones a cargo de Julio. Aquella semana —pensaba mientras los demás cruzaban sus saludos—, la recordaría como un ir y venir por la calle principal, como un perpetuo estrechar de manos.

El comisario iba tendiendo sus dedos afilados sin apenas prestar atención. Finalmente, con Joaquín, ganó el rincón donde charlaban Fornell y Antonio.

—¿Te fijaste qué manera de dar la mano? —preguntó Daniel a Pedro.

—Mirando al tendido. Ahora llega el introductor de embajadores.

—¿Qué hay? —saludaba Julio, acercándose.

—¿Se puede saber de dónde venís?

—Tuvimos que esperar un rato largo. Además nos perdimos.

—¿Tú también estás haciendo oposiciones? Hizo ademán de no entender.

—¿Oposiciones a qué?

—Tú sabrás... A secretario...

—¿Secretario de quién?

—De allí... —Y cogiéndole del brazo, le hizo girar cara al grupo donde Antonio y el Boss departían como buenos amigos.

Julio se soltó bruscamente, y en tono suave, como si no quisiera dar importancia al incidente, dijo a Pedro:

—No seas tan violento...

—Anda, corre, que te están esperando.

Pero no se movió. Por el contrario, se encaró con él.

—Te digo que no hace falta ser tan brusco. Pedro intentó seguir la broma, mirando a Daniel como extrañado.

—¿Y quién es brusco aquí?

—¡Tú!

—¿Yo?

—Sí. Muy brusco y muy nervioso. —Le miró a la cara—. Tú sabrás por qué.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Digo —repitió fríamente, despacio— que seguramente tendrás tus razones familiares...

Daniel, viendo el aire que tomaba la disputa, se metió entre los dos procurando no llamar la atención.

—Bueno, no os pongáis así por una tontería.

—¿Pero quién se pone? —exclamó Julio, señalando al otro—. ¿No ves que está de mal *yogourth* desde que se levanta cada día? ¿Qué culpa tendremos los demás de sus problemas?

Pedro se le quedó mirando como si fuera a abalanzarse sobre él, pero Julio ya se alejaba. A pesar de que todo sucedía a media voz, Celia se acercó alarmada.

—¿Qué os pasa?

—Nada, no pasa nada —respondió al cruzar—. Tu marido que nos quiere dar la noche.

—¿Le habéis hecho algo? —preguntó a Daniel.

—¿A quién? ¿A Julio? ¿Qué le vamos a hacer?

—Como os vi discutir...

—Era por una broma.

Pero no la convenció. Pedro callaba, taciturno.

Al otro lado de la habitación, Joaquín, entre Antonio y el Boss, mostraba, satisfecho, las joyas de la casa.

—Estas máscaras las trajo mi abuelo la última vez que estuvo en Filipinas. Las puse aquí como aportación personal, en contra de la opinión de mi padre.

—No hacen mal —comentaba Antonio—. Después de todo, son contemporáneas.

—Oye: del siglo sexto.

—¿Y qué más da? Del quince para atrás todo es lo mismo.

—Verdaderamente —asintió el comisario, y a poco, fijándose en un pequeño paisaje oscurecido, comentaba:

—Aquí tenéis un Palmaroli.

Los ojos de Joaquín se iluminaron.

—Novecientas pesetas en el Rastro.

Los tres, con Julio y el periodista a sus espaldas, se acercaron para verlo de cerca.

—Es muy barato. Luego dirán que ya no quedan gangas en el Rastro.

—¿Que no quedan? Mira ese cobre que hay encima.

—¿Cuánto? —preguntó Antonio—. ¿Doscientas?

—Dos cincuenta. Escuela holandesa. Una bonita mancha, ¿no?

—No es cobre —descubrió Fornell.

—¿Ah, no?

—Es latón. —Lo volvió, mirando bajo el marco.

—¿Qué más da?

—Desde luego —hablaba Antonio ahora—, contigo no se hacen ricos los anticuarios.

—No creas que siempre compro así. Tengo en la finca una virgen románica que me salió por treinta mil. Ahora que con esa pienso ganar dinero.

—¿Te interesa venderla? —preguntó el comisario.

—No me corre prisa. Quiero ver qué pasa con los precios. Ahora, con el asunto de la estabilización, es buen momento para comprar.

—¿Para comprar? —preguntó Fornell con extrañeza.

—Para estas cosas. Hay mucha gente que quebró en el Rastro.

—Y no solo en el Rastro.

—Gente que tenía invertido dinero en comprar y en unos meses se les vino el negocio abajo.

—Y tú, al tanto... —comentó Antonio.

—Yo, al tanto, claro —se echó a reír—. Así es la vida. El que está arriba se come al de debajo.

Julio, detrás, junto al periodista, pensaba que ellos dos, para Joaquín, debían pertenecer a los de abajo. Incluso Fornell y los demás, Daniel, Celia y Pedro también. Solo era preciso ver los dos círculos en que la reunión se había dividido. Él, mientras tanto, sin saber qué decir, soportaba al periodista, esperando que acabara uniéndose a los otros o, como el día anterior, a la sombra de Celia. Por parte de Joaquín, es decir en su ambiente, no era fácil medrar. En aquel momento, nada existía para el dueño de la casa, excepto Antonio y su comisario, nadie, ni Celia tan siquiera, que tan bien solía caer en aquellos ambientes.

De nuevo se reafirmó en la idea de que la mejor salida consistía en halagar al Boss, conquistarlo ahora que probablemente habría traspasado de poderes con la

salida de Fornell, algo así como nuevas elecciones.

Dando forma a aquellos pensamientos, Pablo apareció en el umbral. Lanzó una mirada al grupo de Celia y, tras dudar un poco, se decidió por el del comisario, donde Joaquín aún comentaba la baja momentánea de los objetos de arte.

—¿Qué? ¿No cenamos? —susurró Pablo nada más llegar.

Julio no le hizo caso, pero el periodista, a juzgar por su mirada, debió tomar a mal la intromisión. Pablo no añadió más, pero viendo el gesto del otro, se apartó hacia el grupo de Daniel, apresurándose a preguntar:

—Oye. ¿Quién es este pájaro?

—¿No te lo presentaron en la plaza?

—A mí, no...

—Es amigo de aquí... —Señaló a Antonio con la mano.

—Pues por los aires, parece el dueño de la casa.

—El negocio de antigüedades —proseguía Joaquín—, consiste en esperar.

—En poder esperar —aclaraba Antonio, que, al volverse, descubrió a Celia y los demás—. Oye, Joaquín, estos chicos se deben estar cansando.

—Es verdad —exclamó—. Vamos a tomar algo. Oíd —se dirigió a los otros—, vamos pasando —les mostraba la puerta del comedor— y perdonad que se me haya ido el santo al cielo. ¡Qué cabeza!

Como un director de escena, entró delante y, manejando las llaves desde la puerta, fue encendiendo la lámpara central, los barrocos apliques, las pantallas. Los espejos de las cornucopias multiplicaron su resplandor sobre la mesa.

Pedro, entrando, murmuró:

—Ahora solo falta que nos toquen la marcha de Aida.

El repentino resplandor alumbró a una vieja criada que se alzó, confusa, desapareciendo rumbo a la cocina.

—Debe haberse dormido esperando —explicó Joaquín—. ¡Pobrecilla! Como el servicio está fuera, ha tenido ella que arreglarlo todo.

Sobre el mantel blanco, en la gran mesa oval, aparecía la cena distribuida en pequeños platos, y la voz de Joaquín, como si fuera aun comentando sus cuadros, explicó:

—Es cena fría, para que cada cual pueda ir picando lo que quiera, pero como el tiempo está así, antes van a sacar un consomé.

En tanto cada uno buscaba su lugar, Antonio pasó al lado de Celia.

—¿Qué tal? ¿Dispuesta a ir a Italia?

—Dispuesta. ¡Ya lo creo! —respondió sin alzar mucho la voz.

—A ver si esta noche lo arreglamos...

—¿Por qué esta noche?

—Vicente —señaló al comisario— tiene con ellos mucha mano.

—¿Con los de Boston?

—En todos los asuntos de pintura. Con una recomendación suya es cosa hecha.

—¿Y tú crees que lo hará?

—De eso le voy a hablar.

—¿No tendrán ya algún otro compromiso?

—Tú no te alejes mucho, por si acaso.

Pero ya la voz de Joaquín la llamaba:

—Celia, por favor. —Le ofrecía con ademán galante, a cabecera de la mesa—. Vicente... —Hizo sentar al comisario en el extremo opuesto—. Los demás, como queráis.

Celia vio a Antonio alejarse y cómo las órdenes del dueño de la casa sorprendían a Pablo, demasiado lejos para ocupar su lado. Intentaba alcanzar el lugar a su izquierda, pero el periodista se le adelantó cortándole el camino y dejándole furioso. A la derecha ya estaba Daniel, separándola de Pedro.

—Bueno, otra vez juntos... —dijo Fidel sin ver el gesto de Pablo a sus espaldas.

Celia, pensando en la promesa de su futuro viaje, apenas le oyó.

—¿Conocías este salón? —insistió el periodista.

—Estuvimos el martes aquí —respondió con frialdad.

—Ah, claro... —asintió un poco decepcionado, extendiendo la servilleta sobre sus rodillas—. Supongo —titubeó, como de costumbre—, supongo que no tomarías a mal lo de antes.

Celia, por detener sus ímpetus un poco, preguntó:

—¿Qué es lo de antes?

—Lo de antes de llegar... —Bajó la voz aún más—. Lo de la calle.

Le molestó su tono y, fingiendo no enterarse, miró al otro extremo de la mesa. Allí, el comisario, entre Julio y Joaquín, charlaba en su tono confidencial acostumbrado, con los ojos fijos en el mantel, obligando a los otros a imitarle.

Llegó el consomé. Cada cual lo recibió con distinto entusiasmo, y tras servirse Celia, se lo fueron pasando de mano en mano por ahorrarle el viaje a la sirvienta. De todos modos, la mujer seguía su camino en torno a la mesa, y de cuando en cuando murmuraba:

—Muchas gracias...

Fornell apenas tomó nada. Aislado entre el mutismo de Pedro y la espalda de Joaquín, solo atento al comisario, parecía apagado. Fue Daniel quien intentó arrancarle las primeras palabras de la noche.

—¿Cómo va esa pintura?

—No anda mal —replicó, aburrido—. Trabajando para no variar...

—¿En qué etapa te encuentras ahora? —preguntó Pedro—. ¿Surrealista, expresionista o espiritista?

—Espiritista... Lo que quieras...

—Muy apático te encuentro.

—Hombre... ¡La noche no está como para dar saltos mortales!

—¿Y a quién se le ocurre venir aquí?

—¿Por qué has venido tú?

—Por salir de Madrid.

—Pues lo mismo nos pasa a los demás.

—Yo creí que los pintores descansabais menos.

—También nos apetecen, de vez en cuando, vacaciones.

—¿Y para vacaciones os venís aquí? Aquí venimos los parias, pero vosotros que gastáis tanto dinero...

—¡Tanto dinero! —suspiró Fornell. Y luego, señalando a Pablo—: Ese que compró coche...

Pablo dejó por un instante de mirar al periodista.

—¡Si tanto asco te daba, no haber venido en él!

—Porque tú te empeñaste.

El otro movió la cabeza sonriendo.

—¡Qué mártir eres! ¡Me das más pena a veces! Fornell se volvía a explicar a Daniel:

—Él fue quien quiso venir a toda costa.

Celia, oyendo sus palabras, miró a Pedro, que en aquel momento bebía. Le vio apurar su copa, preguntando luego:

—¿Os pensáis quedar hasta el lunes?

—Pensábamos estar hasta mañana, si el amo del vehículo no dispone otra cosa.

—El amo del vehículo dispone —respondió Pablo, señalando al extremo de la mesa— lo que, a su vez, disponga el gran amo general.

Su ademán no escapó al comisario, que hizo un aparte momentáneo.

—¿Habláis de mí?

—De la vuelta —respondió Pablo.

—¿Qué vuelta? —replicó, nervioso, el anfitrión—. ¿Es que os pensáis marchar ya?

En un instante, toda la mesa quedó pendiente de él.

—No —repuso el comisario—. Yo no, desde luego...

—Ni yo tampoco —aclaró Pablo—. Nadie ha dicho por aquí tal cosa.

—¿Entonces? —preguntó Joaquín aún intranquilo—. ¿Quién es el que se va?

—Yo no hablaba de irnos —aclaró Fornell, obligado—, yo decía que la vuelta, en principio era mañana.

—Bueno, eso está por ver —replicó el comisario, levemente desdeñoso.

Fornell cruzó con él la mirada un instante, un gesto acre que no escapó a ninguno, a Julio en especial, pero Joaquín continuó implacable:

—Precisamente mañana os quería llevar a que vierais la finca. Está aquí cerca, a unos pocos kilómetros.

—¿Pero tienes el coche? —preguntó Antonio.

—No es problema —se ofreció Pablo—, vamos en el mío.

El periodista consumía en los postres su tiempo solitario, en las botellas sobre

todo. De vez en cuando se volvía hacia Celia, de modo ostensible, para obligarla a entablar conversación, pero ella apenas le miraba, y la charla concluía apenas comenzada.

El fondo de los platos clareaba. La anciana criada trajo al fin el coñac.

—Oye, Antonio... —La voz de su amigo intentó sacarle de la soledad de su rincón—. ¿Tú podrás venir, verdad?

—¿A la finca? Sí, creo... Lo que hace falta es que quepamos todos en el auto.

—Los hay aquí muy buenos de alquiler —se apresuró a explicar Julio.

El Boss se volvió hacia él por vez primera.

—¿Nuevos?

—Bastante nuevos. Dos o tres «Seats». Nosotros hicimos el lunes un viaje en uno de ellos y van estupendos.

—Se podía probar. No es mala idea...

—¿Pero no estarán contratados ahora con las fiestas? —preguntó Joaquín.

—Eso —volvió a explicar Julio— se arregla antes, por la mañana temprano.

—Me parece una buena solución —asintió el comisario—, pero, ¿quién se levanta a esa hora?

A Julio le faltó tiempo para responder:

—Por mi parte, no tengo inconveniente.

El Boss le miró. Julio pensó que en aquel instante, también Pablo y Fornell debían tener fijos en él sus ojos.

—Muy bien. Tú te encargas, entonces...

Desde el extremo opuesto de la mesa, la expresión de Celia parecía enviarle una precoz enhorabuena. Pero el mensaje duró poco, porque otra vez el periodista comenzaba a importunarla. Entre el rumor de los demás llegó la voz de Antonio.

—Fidel. Acaba ya... Por favor...

Fidel calló un instante. Se entretuvo mirando la luz de la lámpara a través del cristal de su vaso, pero a poco, insistía:

—¿Entonces, del artículo nada?

—¿Pero estás sordo? —respondía ella.

—¿No lo hacemos?

—Déjala en paz... —apremiaba su amigo.

—No la estoy molestando. —Se volvió terco hacia ella—. ¿Verdad que no te molesto?

—Estás haciendo el idiota —insistió el otro. Fue a llenar su vaso una vez más, pero Antonio le apartó la botella.

—Dale con ella, a ver si termina —musitó Pablo. Fidel le oyó, respondiendo, violento:

—Dame tú, si te atreves...

Pablo, a punto de alzarse, hizo crujir la silla violentamente. Hubo un silencio y la mesa toda se volvió hacia aquel lado. Joaquín y el comisario lanzaron una mirada

inquieta, en tanto Celia enrojecía y el periodista sudaba.

El rostro de Pedro estaba blanco.

—¿Qué pasa? —preguntó:

—Es ese Fidel, que tiene mal vino —explicó Daniel, maldiciendo en su interior aquella noche.

Tras el encuentro de Julio y Pedro, solo faltaba ahora que el periodista aquel siguiera bebiendo. Quizás el café le espabilaría. La criada le servía en pequeñas tazas con pájaros pintados. Su mano temblaba, haciéndolas bailar con un repiqueteo sobre el plato. Pablo lo rechazó:

—No, gracias. Yo paso.

—¿No te gusta el café? —preguntó, rápido, Joaquín.

—Me gusta, pero si lo tomo ahora, no pego un ojo por la noche.

—Pero, hombre de Dios —se echó a reír, volviendo otra vez su tono paternal—, para hacer veinte kilómetros, ¿necesitas dormir? Oye —se dirigía a Antonio—. ¿Te acuerdas cuando estuvimos en Bruselas a ver la Exposición?

—Calla. No me lo mientes.

—¿Cuánto tiempo pasamos sin salir del auto?

—Pues todo, porque fuimos de un tirón... El viaje que tampoco estuvo mal fue aquel de San Fermín.

—Justo, tienes razón. —Se volvió a Pablo—. Otra semana en vela.

—No sería para ir a Pamplona. En una semana me doy yo la vuelta a España y me sobran días.

—A Pamplona fuimos de un tirón —repuso Joaquín un poco molesto con el tono del otro—. La semana la pasamos allí corriendo por la mañana y durmiendo la tarde. ¿Lo conocéis alguno San Fermín?

—Yo estuve allí un año... —declaró Pedro.

Todos miraron con curiosidad, porque hasta entonces no había tomado parte en la charla.

—Y no te gustó, claro...

—Me pareció una gamberrada.

—Ya me lo imaginaba —comentó Joaquín.

—¿No te gustan los toros? —preguntó el comisario.

—No. Tampoco... Me aburren...

Joaquín murmuraba algo al oído del Boss.

—Entonces, es lógico que te aburrieran los encierros.

—No. En el encierro, no; pero el encierro dura tres minutos. Lo malo viene luego.

—¿Tú llamas gamberrada —preguntó el Boss— a cantar y bailar?

—Yo llamo gamberrada a cantar y bailar los hombres solos, sin gracia, vestidos de pingajos.

—No sé cuándo lo habrás visto. Yo siempre que estuve allí encontré a todo el mundo muy correcto.

—Yo hablo de la salida de las peñas, después de las corridas, vestidos de mamarrachos, gritando y cayendo por los suelos. A toda esa chusma que pulula por allí disfrazados con colchas y sombreros.

—Eso son ganas de ver solo la parte negativa —explicó Joaquín—. No sé si sabrás que esos chicos guardan un duro cada domingo del año para poder ir a San Fermín.

—¿Para gastarlo en vino? ¡Vaya mérito!

—¿Ah, no tiene importancia correr delante de los toros?

—No es eso, hombre, no es eso... —apuntó Julio, apurando su copa—, que tiene su riesgo.

—¿Pero tú no has estado allí? —le cortó Pedro bruscamente.

—Yo, no; pero todo el mundo lo dice.

Se volvió sin escucharle apenas.

—Es verdad —concedió Antonio— que cada vez corre más gente, pero eso demuestra el interés que despierta en todo el mundo.

Y el dueño de la casa añadió:

—Ahí tienes a Hemingway, que los sacó en un libro.

—¡Vaya razón de peso!

Joaquín quedó callado, aún más molesto. Fue al Boss, quien de nuevo preguntó:

—¿Un premio Nobel no es para ti razón de peso suficiente?

—No.

—¿Ni un libro como *Adiós a las Armas*?

—Es distinto eso.

—Entonces, perdona, pero no te entiendo.

—Quiero decir —replicó Pedro—, que razón de más para no andarse exhibiendo.

—Pero, ¿se exhibe Hemingway?

—Quiero decir —replicó Pedro— que un escritor de talla no se pasa la vida por ahí siguiendo a los toreros.

Antonio intervino de nuevo intentando llevar la discusión por más tranquilos derroteros:

—Es que los buenos aficionados son así. Viven siguiendo a su torero de corrida en corrida. Si hay que viajar, viajan, y si hay que empeñar, se empeñan.

Pero Pedro no se callaba, parecía querer ganar su anterior silencio.

—Yo creo que se puede empeñar todo, hasta la razón, por algo que valga la pena.

—¿Y qué vale la pena según tú?

—No sé... —Calló pensativo—. Muchas cosas... Algo de lo que ocurre por ahí fuera, donde la gente lucha por la vida, por acabar con el hambre y la miseria. En Argelia, en Cuba, en China la gente lucha por eso. Y mientras tanto, Hemingway, ¿qué hace? Vuestro premio Nobel está allí, en su barrera, pendiente de si Ordóñez entra o no bien a matar. ¿Cómo vamos a tomárnoslo en serio?

—No todo van a ser revoluciones —replicó Joaquín.

—¡Será mejor escribir sobre Cagancho!

—Hay otros temas —replicó el otro en tono frío—. Yo, por lo que a mí me toca, bien hartito estoy de guerras.

—Y yo —subrayó Antonio.

—¿Y quién no? —dijo Julio.

—En eso —apuntó Fornell— me parece que estamos todos de acuerdo.

—Me parece —insistía Joaquín— que por ahí ninguno te seguimos.

—Y a mí, ¿qué más me da? ¡Figúrate qué pena!...

Joaquín calló sin saber qué contestar, cómo tomarlo. El Boss volvió a mirar el mantel y la mesa se pobló de miradas inciertas. Fue Antonio quien tomó otra vez la iniciativa y, haciendo ademán de ponerse en pie, dijo:

—Son cerca de las doce. Si queréis ver el Cristo de Juni, hay que ir saliendo.

Todos se alzaron rápidamente, marchando al salón, camino de la calle, excepto el comisario, que quedó rezagado con Antonio y Joaquín.

—Podemos esperar un poco.

—Por mí todo el tiempo que queráis —repuso Joaquín, viendo marchar al grupo—. Yo creo que no voy a ir. Total, ya le conozco...

—También yo —explicaba el comisario—. Lo vi en Madrid, cuando la exposición de imaginería religiosa.

—Es verdad. Allí estuvo, pero aquí, de noche, en su ambiente, es muy distinto.

—Podemos aguardar un poco y luego vamos —insistió el Boss.

—Muy bien —aceptó Antonio.

—Por mí, perfecto.

El resto del grupo esperaba en el hall.

—Bueno... ¿Venís o qué? —Era Fornell quien preguntaba.

—Nos vamos a quedar un rato con Vicente —explicó Antonio—, para acabar de conocer la casa. ¿Quieres verla tú también?

Era una invitación tan poco acogedora, que Fornell no aceptó. Bien claro estaba que preferían quedar los tres a solas.

Joaquín acompañó al grupo hasta la puerta, en tanto Antonio prometía a Celia no olvidar el asunto de su viaje.

—¿Me perdonáis, verdad, que no os acompañe?

—¡Claro, hombre! ¿Qué más da?

—Estás perdonado.

—Gracias por la cena.

—Hasta mañana...

La puerta se cerró. Celia se imaginaba el suspiro de alivio que habría sonado dentro de la casa y viendo a Fornell que se alejaba a buen paso, preguntó:

—¡Eh, José María! ¿Te vas ya?

—Sí... Al hotel, a dormir.

Parecía tener prisa. Cerca, el periodista comenzó a canturrear, apenas caminaron

unos pasos.

—¿Y ese —preguntó Pablo a sus espaldas—, por qué canta ahora?

Alguien respondió en tono brusco:

—Será porque le gusta.

—¿No estamos en Semana Santa?

—Tendrá bula, para eso está en su casa.

—¿En su pueblo quieres decir?...

El otro debió oír sus palabras porque se volvió bruscamente.

—En mi pueblo, sí... ¿Qué pasa?

—Nada —respondió Pablo, intentando apartarle a un lado—. ¿Qué va a pasar?

Pareció que la cosa iba a concluir, pero el vino había vuelto obstinado al otro, que siguió sin moverse, cerrando el paso. Cuando Pablo intentó apartarlo a viva fuerza, comenzó una lucha silenciosa. Era como si temieran romper la calma de la calle. A pesar del alcohol, Fidel lanzaba golpes secos, iracundos, precisos, que hacían a Pablo defenderse torpemente, intentando agarrarle por el cuello. Le acorraló contra la pared. Llegaba en la oscuridad el rumor opaco de los puños. Daniel y Julio consiguieron separarlos cuando ya Pablo estaba a punto de rodar por el suelo.

—¡Si es tuya la culpa! —clamaba Julio—. ¡Si es que no dejas en paz a los demás!

—¿Qué quieres? ¿Que vaya como tú a abrocharles la bragueta?

Julio, un poco cargado como estaba, se abalanzó contra él, pero ya el periodista le rechazaba al centro de la calle. No se rendía. Quiso volver, a pesar de los esfuerzos de Daniel por detenerle.

—¡Suéltame! ¡Que me dejes te digo!

—¡Venga, déjalo ya!

—¡Qué voy a dejarlo! ¡Tengo que enseñarle a ese chulo!

—¿A quién vas a enseñar? —se incorporaba Pablo.

—A ti, cabrón, a ti —respondió lanzando una patada.

Ahora los golpes, las voces, los lamentos ahogados, llegaban más sordos, más dramáticos.

—¡Por Dios! —instó Celia a Pedro, que miraba impasible—. Haz algo tú. ¿No ves que Daniel no puede separarlos?

—¿Y qué quieres que haga? Allá ellos. Que se maten.

El grupo iba y venía forcejeando en la calzada. Julio se había apartado pero Pablo y el periodista seguían con idéntica furia. Un balcón se iluminó. Todos temieron que apareciera Joaquín o el comisario, pero era de una casa vecina. Sonaron pasos y voces en la calle, y un grupo de mujeres, acompañadas de dos nazarenos, se detuvieron cerca. El más viejo de los dos se destacó, seguido del otro.

—¿Qué pasa aquí?

Su rostro enjuto, su afilada barbilla, contrastaba con el blanco rutilante del hábito.

—Nada, no pasa nada... —respondió Daniel.

—¿No tienen otro sitio mejor para escandalizar? ¿Ni un día más a propósito?

Ninguno supo qué responder. En el fondo, cada cual le daba la razón. Miró los labios de Pablo, manchados de sangre, en tanto una de las mujeres llamaba desde la acera:

—Anda, Agustín, no te metas... Vamos.

Aún lanzó una ojeada al grupo, a Celia sobre todo, sin descubrir al periodista, que nada más verle, se había refugiado lejos de la luz.

—¿Quién era? —le preguntó Julio, cuando se hubieron ido.

—Un médico de aquí. Un señor importante. Si me llega a ver, estoy listo. Mañana lo saben en Madrid.

La interrupción del médico calmó de momento los ánimos. Caminaban en silencio, separados, intentando cada cual disimular su malestar. Se oían de nuevo los tambores, cuando Fidel se despidió.

—Buenas noches.

Ninguno respondió. Solo, al fin, Celia tuvo lástima.

—Buenas noches.

No debía esperarlo porque volvió un instante la cabeza. Desapareció sin decir palabra, por la cercana bocacalle, intentando arreglar el roto cuello de su camisa.

El frío de la hora y la pelea habían despejado a Julio, pero no a Pablo, aún aturdido. Los tambores parecían retumbar en su cabeza cuando llegaron a la plaza.

Las procesiones daban vuelta ahora a lo largo de los soportales con la ciudad entera sumida en las tinieblas. El Cristo parecía caminar en un halo de luz, sobre el pausado crepitar de las cadenas que los penitentes arrastraban. Tras los primeros, como solitario protagonista de aquel lento desfile expiatorio, otro cargaba con una gran cruz, además de los hierros sujetos a los tobillos. Le seguían más cruces de madera y encapuchados de todas las edades, algunos con los brazos extendidos hacia el cielo, como alas tronchadas de una enorme gaviota. Frente a la catedral, un grupo de seminaristas rompió a cantar el *Miserere*. Las llamas de los cirios dejaban escapar chispas rosadas, en tanto las mujeres, de hinojos, se recogían para pedir alguna gracia, a la brillante luz de los fanales. De noche, en la oscuridad de la calle, todo era distinto. El Cristo parecía abarcar la plaza entera con sus brazos, con su silueta que un reflector recortaba crudamente. El olor de la cera se hacía más intenso, cada vez que el viento dejaba de soplar. Surgían, repentinos, los *flashes* de los fotógrafos iluminando el humo, los hachones, los cruces, los balcones repletos de muchachas.

Un nuevo paso de talla complicada desembocaba ya. Llenaba de luz las angostas calles del itinerario, los viejos muros, las muestras de las tiendas. Los balcones cubiertos de banderas brillaban un instante, para quedar a poco, de nuevo, sumidos en tinieblas. La pesada plataforma crujía al peso de la imagen, vibraba en continuo vaivén por el esfuerzo de los hombres que la portaban, a los que el capataz guiaba con órdenes escuetas y precisas. Cuando el esfuerzo llegaba a su límite, ordenaba un descanso y sobre la imagen se desencadenaba otra vez aquella tempestad de *flashes* y murmullos que el rumor de la banda no era capaz de acallar. La rica tela de la base se

alzaba y surgían unos rostros atónitos, un poco vergonzosos. Llegaba el monaguillo con su botijo blanco del que todos bebían. Luego, otra vez debajo, esperando la señal del capataz para ponerse en marcha.

La señal era un golpe en la madera con una dorada manecilla que el paso llevaba. Los apóstoles, los cirios, los fanales, la gran mesa de la última cena se alzaban súbitamente, alejándose, rumbo a la catedral, hasta el próximo alto.

—Bueno... ¿Nos vamos? —propuso Pedro.

—¿Por qué tan pronto? —se negaba Celia—. ¿No hemos venido a ver esto?

—Espera un poco —dijo Daniel—. Faltan más todavía.

—¿Para qué? Ya pasó el Cristo, que es lo más importante.

—Además, no creas que vas a poder dormir.

—Yo duermo con tambores y todo.

—Me parece que no —repuso Julio mirando a la pensión—. Me parece que hay gente asomada en tu cuarto.

—Pues se marchan, rápido...

—Bueno, vete ya de una vez —exclamó Celia cansada—. ¿Qué quieres? ¿Amargarnos la noche, después de quedar con Joaquín como un grosero?

—¿Como un grosero?

—Tratándole como si fuera idiota.

—¡Como lo que es!

—Ya sabemos que aquí eres tú el único listo...

Al rumor de la disputa, algunos rostros cercanos se volvían. Pedro guardó silencio, y como ningún otro paso llegaba, se despidió:

—Hasta más ver...

Mientras se abría paso entre el público estacionado en tomo, Julio le gritó:

—¡Oye! ¿Vas por fin mañana?

—Ya lo pensaré.

—No. Nada de ya lo pensaré. Necesito saberlo para arreglar lo del coche.

—¡Ah, es verdad que eres el encargado! —respondió con soma. Celia se volvió hacia Julio, impaciente.

—¡Qué atacante es! ¡Déjale! ¿No ves que lo hace aposta?

—No voy. No contar conmigo.

—¿Seguro?

—Seguro... —Lanzó una ojeada al grupo, a Celia sobre todo—. Podéis quedar tranquilos todos...

Cuando Celia fue a responder, ya no estaba. Quedó sin poder descargar su ira entre Pablo y Julio, que continuaban sin hablarse después de la pelea, rodeada de gente que los miraba curiosa.

Ahora, cada minuto inmóvil se le antojaba eterno. Pedro, como de costumbre, había conseguido desatar sus nervios. Quizá pensaba que ella tampoco iría a la finca de Joaquín con el Boss y los otros, pero se equivocaba: el tiempo de cordial sumisión

estaba caducando. Recordó el viaje prometido por Antonio, calculando que con un poco de suerte, su vida cambiaría. Si en gran parte era cosa del Boss, quizá Pablo pudiera influir en su favor. Allí estaba, a su lado, preguntando:

—¿En qué piensas?

Se esforzó en disimular su apatía, pero el tono de su voz la traicionaba.

—En nada.

—Yo creía que en mí.

Con su labio hinchado y media cara cubierta de arañazos, daba un poco de pena.

—¿Qué me dirás? ¿Lo bien que estoy?

—Estás muy guapo.

—Lo que debo estar es hecho un nazareno. —La cogió del brazo y atrayéndola hacia sí, preguntó al oído—: Bueno, ¿cuándo te veo?

—¿Para qué quieres verme?

—¿Para qué va a ser?

—Ya me estás viendo —replicó, pugnando por soltarse.

—Quiero decir en condiciones. —Lanzó una mirada a Julio y Daniel, por si le oían, y bajando la voz, prosiguió—: Mañana supongo que irás.

—No lo sé...

—¡No fastidies! Me haces venir desde Madrid y no consigo verte ni un minuto...

—Ya me estás viendo ahora.

—Bueno —insistió de mal humor—, no empieces otra vez con ironías.

Se enfadaba como un chico pequeño, y como un chico carecía de escrúpulos a la hora de mentir. Celia lo conocía bien. Tras de aquella visita, vendría alguna larga ausencia de una semana o un mes, o quizá de toda la vida.

—Te llamo mañana al hotel —susurraba.

—No hagas tonterías... Además, no hay teléfono en el cuarto. Es una pensión.

—¿En qué calle está?

—¿No la has oído antes? —Señaló la casa con un ademán—. Aquí, en la misma plaza. ¿Para qué lo quieres saber? ¿No pensarás subir?

—Te espero en el café, abajo. Estamos un rato juntos. Si tú no vas mañana, me largo a Madrid.

—¿Y vas a dejar aquí a tu comisario?

La miró, ofendido. Su rostro, hinchado ahora, parecía una ridícula máscara.

—Si no lo hago no es por falta de ganas, no creas...

—¿Por qué, en lugar de irte, no le hablas de mí?

—¿De ti? —repitió sin comprender—. ¿Qué quieres? ¿Alguna exposición?

—Si la hubiera, mejor, pero se trata de una beca.

Le explicó brevemente el asunto y Pablo quedó pensativo, como si en su interior estableciera un complicado cálculo.

—¿Y cómo sabes que tiene el Boss ahí tanta mano?

—Me lo ha dicho Antonio. Él quedó en hablarle esta noche.

—Bueno. Veremos qué se puede hacer, pero no te aseguro nada. Está el Boss imposible esta semana.

Julio durmió hasta muy entrada la mañana. Se acostó tarde, casi de amanecida, porque Daniel, a última hora, propuso ir a ver el paso del Cristo por el puente romano, y cuando le dejaron, entrando ya en la ermita con el sol a punto de salir, Celia se empeñó en tomar unos churros.

Daniel tampoco debía tener mucha prisa por volver a casa, por encontrarse con Joaquín, después del incidente con Pedro en la mesa, y así, de café en café, hallándolos cerrados, se les hizo de día sin notarlos. La tensión, el ambiente de las calles, un poco de coñac que les sirvieron en la cantina de la estación, los mantuvo en pie, pero a Julio ahora le pesaba la pelea y aquella prolongada caminata.

Nada más despertar, pensó en Wanda. Llevaba un día sin llamarla. Sintió un vago remordimiento y, descolgando el teléfono, pidió conferencia con Madrid.

Vino la voz del encargado:

—Tiene hora y media de demora. Ya le avisaremos.

Le sonó rara tratándose de un día festivo. De pronto, en la sorda confusión de la cabeza, le vino la idea de la hora. La una y cuarto. Ahora recordaba con precisión el tiempo de la noche. A su memoria vino la figura gris del comisario, y después, en repentino sobresalto, su proyecto de viaje, su promesa de buscar el coche.

Se arrojó de la cama y, vistiéndose lo más rápido que pudo, salió a la calle camino de la plaza. Comenzaba a llover. El día estaba oscuro, pero conociendo a Joaquín, irían a la finca aunque la tierra temblara. Había vuelto aquel tiempo frío de días anteriores y, aunque no le servía de mucho, se arrebujó en el impermeable de plástico.

En la plaza, ni rastro de coches. Solo algunos mirones en torno a las tribunas. Los bares, un poco menos llenos que en el día anterior. Entró en el de la televisión y le fue preciso esperar largo rato hasta que uno de los camareros apareció a su alcance.

—Oiga, los coches de alquiler, ¿paran ahí, en la plaza?

—Sí, ahí paran —le respondió sirviendo por la barra gambas y cerveza.

—¿A qué hora vienen? ¿Sabe?

Era preciso forzar el oído para enterarse.

—No tienen hora fija.

Uno de los clientes se volvió a responder:

—Venga más tarde. Ahora están durmiendo. Tienen mucho servicio por la noche.

—¿Después de comer?

El otro asentía. Hablando de comida sintió náuseas. Sería el vino de la cena y aquel coñac maldito.

—¿Me da un poco de bicarbonato?

El camarero, ante la fuente de cerveza, no le oyó o no quiso enterarse.

—Oiga —le llamó.

—¿Qué le sirvo?

—Póngame una caña.

—Va en seguida.

—Y el bicarbonato...

Al instante se sentía aliviado. Sabía mal, pero era la mejor medicina. Estaba dudando si tomarse también la cerveza, cuando descubrió, al fondo del salón, a Pablo y Celia. Alzaron la cabeza y no pudo saber si fingían cuando le preguntaron viéndole acercarse:

—¿De dónde sales?

—Estaba ahí delante, en la barra. —Le mostró su cerveza a Celia, la única que hablaba—. Mira mi desayuno.

—¿Qué tal dormiste?

—No pegué un ojo en toda la noche.

—Yo tampoco —repuso ella.

—Pues para no dormir, madrugas mucho.

Celia enrojeció, en tanto Pablo le miraba con dureza.

La hinchazón había desaparecido de su rostro, pero aún quedaban dos negros rosetones en el pómulos, sobre la mejilla.

—Esta mañana me preguntó el Boss por ti —declaró en tono hosco.

—¿Por mí? Será por lo del coche.

—Será... —Miró fuera, a la plaza, para ocultar las huellas de la noche—. Le extrañó que no hubieras llamado.

—No creí que se levantara tan temprano...

—La gente no duerme tanto como tú piensas. Para todo hay que madrugar.

Viéndole molesto, pensó que no le interesaba tenerle de enemigo. De momento urgía encontrar al Boss, informarle que lo del coche ya estaba arreglado. Volvería luego a la hora del café, y si no hallaba ninguno disponible, ya vería.

—¿Es tuyo este vaso? —preguntó a Pablo.

—Está limpio. Puedes usarlo...

Sacó su píldora, tomándola de un trago.

—¿Qué tal esa gastritis?

—Dando guerra. ¿Y tu cara?

Se llevó a ella la mano maquinalmente.

—Mejor. Ya casi bien del todo.

Cuando Julio hubo salido, Pablo le siguió con la mirada más allá del ventanal. Le vio cruzar la plaza a buen paso defendiéndose del viento.

—¿Oíste lo que dijo?

—Él es siempre así: lleno de buenas intenciones —respondió, tomando entre sus manos las de Celia.

—¿Dónde irá tan de prisa?

—A dar la novedad al comisario. —Por un momento pareció volver su buen humor—. Está listo. Se lo va a encontrar durmiendo.

—¿Pero no preguntó por él?

—Lo dije para que nos dejara en paz. ¡A ver si acaba ya de darle coba!

Una tromba de agua comenzó a caer sobre la plaza. La gente corría buscando amparo en los soportales, mientras el portero del ayuntamiento luchaba por desprender las colgaduras. Negras siluetas, envueltas en pe-Rizas, en mantones, en oscuros pañuelos, cubrían el ventanal ahora. Era preciso ponerse en pie para ver cómo la lluvia se deshacía sobre las losas de la plaza. El café rebosaba, con los recién llegados, taponando la entrada. Todos miraban el temporal, que por unos instantes era el tema, el único espectáculo.

—Me parece que se van a aguar las procesiones de esta tarde —dijo Celia.

—Yo creo que las van a suspender.

—Y puede que también el viaje.

—El viaje, no. ¿En el coche qué más da? Una vez allí, ¡con no salir de la casa! Supongo que por lo menos habrá chimenea. —Quedó pensativo, volviendo a preguntar—: ¿No hay modo de saber si va Pedro?

Celia sintió que el tedio de la noche pasada renacía. El acoso de Pablo la agotaba, y, soltando sus manos, replicó:

—¿Cómo voy a saberlo?

—Podía haberte dicho algo.

—Nada. Anoche, cuando llegué, estaba dormido, y ni se despertó siquiera.

Las casas del otro lado apenas se veían. El viento de la vega azotaba la lluvia abatiéndola en brillantes oleadas, las sillas de madera o algún can solitario que cruzaba sorteando lagunas a buscar refugio en los soportales.

—Y tú, ¿le hablaste de mí al comisario?

—¿Cuándo, si no le he visto?

—¿No estaba en el hotel cuando volviste?

—Llegó muy tarde. Le oí entrar en su cuarto, pero no iba a pasar a molestarle.

—Díselo hoy en la comida.

—No te hagas muchas ilusiones. Ahora bastante tiene con Fontán. ¡A mí ya ni me pregunta si trabajo!... —Suspiró alzándose para contemplar la plaza desierta sobre los mirones de la acera—. Y por si fuera poco, anoche tuvo otra vez bronca con Fornell.

—¿Anoche?

—Sí. A eso de las dos.

—¿Y estabas despierto todavía?

—¡A ver! Con las voces que daban, adiós sueño. Fornell debió entrar a verle, y allí empezó la cosa.

—Ese tiene menos escrúpulos que tú.

—Más confianza... —Quedó por un instante pensativo—. Pero poco le va a durar, si es que le queda todavía. No sé qué asunto se traerían en concreto, pero le oí salir dando un portazo. Creo que se marcha esta tarde a Madrid.

—¿También oíste eso a través del tabique?

—¡Qué manera de desconfiar! Me lo dijo él mismo esta mañana.

—¿Y por qué se va?

—Oye, ni que acabaras de salir de San Fernando. Al jefe hay que llevarle siempre la corriente y no alzar la voz, porque si no, patada Charlot y a la calle. ¿No me ves a mí? ¿Te parece que le aguanto poco? Pues con todo y eso, hace tiempo que estoy en cuarentena. —Miró el reloj del bar, apresurándose a llamar al camarero—. Es hora de comer. ¿Probamos a salir de aquí?

—Sigue lloviendo igual.

—Pues a ti te pilla cerca, que lo que es a mí...

—Llévate mi paraguas.

Se lo tendió, pero él lo rechazaba.

—Solo faltaba que me presentara con él en el Hostal.

Se habían levantado, y Pablo, mientras llamaba al camarero, añadió:

—Por mi gusto os invitaba a comer a los dos, pero cualquiera sabe de qué humor lo toma ese...

Se despidieron bajo los soportales. Celia tuvo que rodear media plaza hasta llegar a la pensión. Cuando entró en el comedor, Pedro leía su periódico sobre el plato.

—¿Hace mucho que esperas? —se disculpó.

—¿No ves que estoy terminando?

Dejó el paraguas en el viejo perchero de la habitación, sentándose a la mesa.

—¡Cuánta prisa!

—¡No voy a esperar a que vuelvas de paseo!

Señaló con un ademán la lluvia que caía, y Celia temió por un momento que hubiera visto el adiós de Pablo a la salida del café. La criada, al llegar, alejó sus pensamientos.

—Usted, señorita, ¿qué toma? ¿Sopa o puré?

—Sopa.

Ambas cosas le repugnaban por igual. Pedro, frente a ella, apartaba el pescado sin probarlo. Su ademán, sus palabras, mantenían la actitud de la noche. Quizá su ausencia durante la mañana había contribuido a agriarla un poco más.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó.

—Leer.

—¿Toda la mañana?

—Casi toda...

No pudo saber si había en él pena o rencor o algún reproche. Se preguntó si, en tanto tiempo, habría llegado a comprenderle del todo, si no habría estado siempre, como ahora, un poco lejos. Quizás era culpa de aquel triste comedor, donde la luz llegaba tamizada por el agua, de aquellas feas mesas, de aquella tosca lámpara, pero nunca Pedro le pareció tan solo, tan sombrío su gesto.

—Nos vamos a marchar de aquí —murmuraba. Pensó que se refería a la pensión.

—¿A dónde piensas ir?

—A Madrid.

—¿A Madrid? ¿Cuándo? ¿Mañana?

—Esta tarde, si no hay procesiones.

No quiso replicar, llevarle la contraria. En tanto la criada servía de nuevo recordó su entrevista con Pablo que la llenaba de confusión ahora. Quizás era la razón de aquella prisa imprevista.

—¿Por qué esta tarde?

—Yo no aguanto otro día. Estoy harto, aburrido...

—Vente luego con Joaquín y los demás. Total si llueve, lo suspenden todo.

—¿Quién te lo ha dicho?

Era extraño aquel tono, sus constantes preguntas, y respondió, aparentando mayor tranquilidad de la que sentía:

—En el café lo estaban comentando.

Miró el agua que batía monótona fuera.

—¿Quiénes había?

Celia calculó rápidamente.

—Julio y Daniel y después vino Pablo. Quedamos para luego, en el Hostal con el Boss.

—¿Con quién?

—Con el comisario —se corrigió rápidamente, añadiendo a su vez—: Supongo que a eso sí irás. —¿Por qué no voy a ir? ¿Por lo de anoche?

—Como ahora te dedicas a ermitaño... —Viendo que Pedro se encogía de hombros, continuó—: ¿Para qué quieres ir a Madrid? ¿Para metemos en casa hasta el lunes?

—Alguien irá por el café.

—Y yo, mientras tanto, con tu madre...

—Tú puedes trabajar.

—También puedo pintar aquí. Para eso me he traído los colores.

—¿Y qué has hecho desde el lunes? —preguntó con ironía.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho tú?

Intentó probar la sopa pero abrasaba. Dejó caer la cuchara, y al golpe, dos tratantes que comían en otra mesa de la sala, volvieron la cabeza.

—Además, quiero arreglar antes lo del viaje a Italia. ¿Por qué voy a dejarlo hasta Madrid?

—Eso no te lo dan —respondió Pedro con gesto agrio.

—Desde luego que no. Y más si no lo intento.

—A no ser que ese Antonio tenga tanta influencia como dice...

—Es que la tiene —replicó impaciente.

—O que no encuentren a otro.

—Me da igual. El caso es que yo me pueda ir.

Pedro no insistió. Si su intención era hacerla volver atrás, ya sabía que pensaba

marchar sola. Dio el plato a la criada que, otra vez, aguardaba a su lado, rechazando el que le ofrecía.

—¿No toma el pescado la señorita?

—No, gracias. No tengo ganas.

—Pero, ¿no va a tomar nada?

—No, gracias.

—¿Le hacemos una tortilla a la francesa? —Proseguía implacable la muchacha—. ¿Y de postre? —Nada...

Lo dijo en tono tal que los tratantes se volvieron a mirar de nuevo, en tanto la criada se alejaba confusa. Después de su silencio, Pedro preguntaba:

—¿Cuándo sería eso?

—¿Lo del viaje? No sé... Depende. Tardará un mes o dos, supongo.

—¿Y para cuánto tiempo?

—¿Cómo voy a saberlo? Me gustaría hacer allí una exposición.

—¡No pensarás quedarte toda la vida!

Celia se encogió de hombros. Cada vez las preguntas apuntaban a un final más concreto.

—Si no me lo van a dar. ¿A qué viene tanto interrogatorio?

—Porque no quiero más historias con mi madre.

—Si no las quieres tú, figúrate yo... Ahora, que si este viaje lo consigo, no pienses que lo pierda.

—Será contando conmigo.

No entendió el sentido total de sus palabras, pero respondió:

—Muy bien. Contando contigo.

—Contando con que voy yo, quiero decir. —Vio que Celia callaba, y, dudando un poco—: ¿A ver cómo, si no?

—No te entiendo.

—¿Cómo vas a irte sola?

Le vino a la memoria la advertencia de Pablo, cuando hablaban de viajes. Recordó que tenía su pasaporte en el de Pedro, desde el viaje anterior. Ahora pensaba que cometió un error, pero eran tiempos de amor, tiempos lejanos. Después de todo, solo era cuestión de arreglarlo.

—Podemos pasarlo como en París —insistió él—. No nos fue tan mal entonces...

Celia sintió que otra vez, la amargura la ganaba. Pedro, en cambio, más animado, proseguía:

—Bajaríamos a Sicilia, a Nápoles. En Italia hay mucho bueno que ver. Allí valen la pena hasta los museos. Florencia, Padua, Pisa, Venecia... —De pronto vio su cara, quedando taciturno—: ¿Y tú qué piensas? —preguntó ante su silencio.

—Que está bien...

—¿No te hace feliz la idea?

—¿Qué idea? ¿Marcharme?

Pedro dudó un instante.

—Lo de ir los dos.

—Sí... Claro...

—No lo dices muy convencida.

—¡No querrás que me muera de entusiasmo!

—Cuando lo de París, sí te morías.

Le miró cansada, a su vez.

—Es que voy aprendiendo con el tiempo.

La respuesta acabó de apagar a Pedro. Apartó el postre lejos de sí y cogiendo el periódico, se alzó malhumorado.

—Vámonos, anda...

—Es pronto para ir al Hostal.

—Acaba de una vez —apremió vengativo.

—Me dejarás que coja el impermeable.

—¡Cógelo! Yo voy andando.

—¿Te traigo el tuyo?

Ni contestó siquiera. Celia, en la desolada habitación, se echó una ojeada ante el espejo. Se vistió aprisa, mal, a la luz macilenta de la lámpara. A punto de salir, volvió a mirarse. La blusa le pareció horrible y tuvo que cambiarla. Cuando llegó al portal Pedro le gritó casi:

—¿Es que no puedes salir, sin arreglarte?

En silencio, le tendió el impermeable y, amargada, rompió a andar delante.

Sentía sus pasos tras ella. Comenzó a temer una nueva escena en el Hostal y estuvo a punto de volverse.

El frío y los nervios le hacían temblar. Deseó que la plaza, la calle hasta el hotel, no concluyeran nunca. Pensó pasar de largo, volver a la pensión y hacer el equipaje, marchar a Madrid, como Pedro quería, aquella misma tarde. Quizás fuera mejor renunciar a aquel viaje, encerrarse de nuevo con la madre, volver a pintar para justificar el cuarto, reanudar las visitas al tío, las tardes del café, siempre en la misma mesa. ¿Qué más daba? De todo ello estaba hecha su vida desde que salió de la Escuela. El mismo Pedro, ¿qué deseaba? Guardarla a la sombra de su madre. Dirigir su trabajo. Dejarla libre, pero no del todo. Tenerla junto a sí, sin pensar mucho en ella. Ahora quería el viaje. Estaba dispuesta a conseguirlo. Entrando a su lado en el Hostal, se prometió ser firme, no ceder. Su porvenir, el rumbo de su vida, aún estaba en sus manos.

Cruzando el hall silencioso, vacío a aquella hora, entraron en el bar, uno de cuyos muros se abría como el estudio de Joaquín, cara a la Vega.

Pablo y Julio hicieron intención de levantarse.

—¡Qué finos estáis hoy!

—Como el tiempo... —respondió Pablo, señalando las nubes que oscurecían la ventana.

—Eso es de tormenta —opinó Julio.

—Cualquiera sabe. A lo mejor despeja todavía. Bebían el café en silencio, mientras Pedro y Celia pedían los suyos.

—¿Qué tal? —preguntó Pablo.

Pedro no respondió, fue Celia la que dijo, por salvar el silencio:

—Igual que esta mañana.

—¿No contáis nada nuevo?

Pedro salió de su mutismo; replicando, agresivo:

—¿No sé el qué? ¡Como no cuentes tú!

—Lo que yo cuento ya lo sabéis todos.

—Pues eso mismo nos pasa a los demás.

—Y sacando un paquete, ofreció cigarrillos.

Julio los fue encendiendo, comentando con Pablo, tras la primera bocanada:

—La verdad es que aquí no se está mal. Podíamos esperar hasta ver qué pasa con el día.

—¡Si crees que va a levantar!

—Tanto no, pero al menos que aclare.

—¿Y quién aguanta aquí toda la tarde?

—Con unas copas...

—¡No, con un dominó!

—Organizando un buen póker, todavía...

—Con un buen póker en uno de los cuartos. Aquí estará prohibido.

—Hombre, claro. Aquí no. Arriba, en tu habitación.

Pablo y Julio eran los únicos que hablaban. Parecían haber olvidado sus rencillas de la noche anterior. Ahora Pablo, entre el humo, volvía sus ojos hacia Celia, en tanto, Julio cavilaba. Sin viaje, el asunto del coche estaba salvado. Con aquel frío, con aquel cielo amenazando lluvia, le apetecía menos aún, ir a buscarle. Sorbiendo tranquilo su copa, un sueño confortable le invadía en la butaca. El viaje a la finca se le antojó un tormento, que de pronto se concretó en la puerta en la figura del comisario que llegaba. Recién comido, limpio, satisfecho, parecía dispuesto a llegar al fin del mundo.

—Buenas tardes. ¿Qué tal? ¿Ha llegado Joaquín?

—No. No está.

—Todavía no vino.

Lanzó a su vez una ojeada al ventanal, un poco preocupado:

—Mala tarde...

Titubeó y, al final, fue a sentarse cerca de Julio.

—¿Qué tal ese coche? ¿Listo?

—Le dije que a las cuatro —mintió. Al hablar con el Boss, no se decidía a tutearle. Esta vez, con todos presentes, hizo un esfuerzo y, mirando a Pablo con intención, explicó:

—Vine hace un rato a decírtelo, pero estabas durmiendo.

No respondió. Parecía ausente, como siempre, lejos de allí, de entre los cuatro.

Luego que el camarero sirvió, el silencio pesó aún más, sin que ninguno hiciera nada por romperlo. Pedro ahogó un bostezo y Celia preguntaba:

—¿Joaquín está avisado?

—Debe saberlo —respondió el Boss, volviéndose hacia Julio.

—Le llamé yo, después de pasar por aquí.

—¿Hablaste con él, entonces?

—Con la criada...

—¿Un coche o dos?

—¡Dale con los dos coches! —exclamó Pablo, cortándole, obligándole a fijar su vista en él—. ¿Para qué alquilar dos, si tenemos el mío? El optimismo del comisario, su mismo aburrimiento, parecieron esfumarse.

—Querido Pablo —respondió irritado—: que yo sepa es la primera vez que tú hablas de venir.

—¡Si quedamos ayer todos en eso!

—Más o menos... —admitió Julio.

—Quedarías tú. Yo no lo recuerdo.

—Bueno... es igual. Lo digo ahora. A ver, ¿quiénes vamos?

—Por mí no preocuparse, yo me quedo —declaró Pedro.

Todos, incluso el Boss, se volvieron hacia él y Julio preguntó:

—¿Por qué, si hay sitio para todos?

—Porque no me apetece —repuso violento.

Pablo desvió su mirada hacia Celia que callaba. La respuesta había sido tan tajante que nadie se molestó en insistir.

—Bueno, vamos contando. Tú uno —Pablo señaló al Boss—, yo dos; Joaquín y Antonio que vendrá con él, cuatro.

—¿Y Daniel? ¿Dónde le dejas?

—Es verdad, cinco...

—¿Y Fidel?

—¿Quién es Fidel?

—Ese chico, el periodista —explicó Celia.

—¿Ese?

—¡Qué mala memoria tienes! —comentó Pedro con ironía.

—Ese no viene.

La cuenta se detuvo. Nadie parecía tener mucho interés en proseguirla, pero la voz del comisario amenazó de nuevo:

—Oye Pablo. Me parece de pésimo gusto andar imponiendo tus caprichos. Máxime cuando aquí nadie te ha pedido que organices nada.

Pablo aguantó la reprimenda, clavando los ojos en el suelo para continuar:

—Está bien. Cinco o seis. ¿Quién más?

—Yo, por ejemplo.

Se vio, obligado a añadir también a Julio en la cuenta.

—Siete... —alzó la cabeza—. ¿Ya estamos?

Todos, sin querer, acabaron mirando a Celia, a Pedro, que no obstante su abstención, seguía con interés la encuesta.

—Yo ya he dicho que no voy —repitió.

Pero la pregunta, la mirada de los demás, de Pablo sobre todo, no se refería a él, y él mismo lo sabía. Celia, en tanto, callaba y Pablo se vio obligado a continuar:

—¿Y Celia?

Pedro le miró como la noche anterior, en la mesa, de nuevo su expresión se había transformado.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? ¡Ella sabrá!

—¡Como no dice nada!

Hasta el Boss seguía interesado la escena.

—Yo voy, contad conmigo.

La voz de Celia sonó dura, casi impersonal, dejando tras sí un pesado silencio. Ninguno se atrevió a mirar a Pedro hasta que la relación no prosiguió.

—Muy bien. Ocho. En el coche caben seis.

—Contándote a ti.

—Contándome a mí, claro. No va ir el coche solo. Julio instintivamente, miró hacia la ventana. Allá, cerca del río, junto al puente romano, las hileras de álamos temblaban. Pensó en el camino hasta la plaza.

—¿Qué hora es? —preguntó el Boss, impaciente.

—Las tres y media.

Llegaban, a buen paso, Antonio y Joaquín.

—¿Habéis visto qué mala suerte tenemos con el tiempo?

Antonio vestía su chaqueta azul, pañuelo al cuello y un ligero impermeable de nylon.

—Ahora —comentó Pablo—, me parece que ya estamos todos.

—Falta Daniel.

—Y Fornell —añadió Julio.

—Daniel no viene —explicaba Joaquín sin llegar a sentarse, mientras el comisario anunciaba por su parte:

—Y Fornell se marcha a Madrid dentro de un rato.

—¿Se va? —preguntó Antonio.

—En el tren de la tarde. Están sus maletas ahí abajo.

Hubo otro silencio vacilante.

—Muy bien. Entonces, siete.

Julio pensó en quedarse, en renunciar. Quizás era la mejor solución siempre que el Boss supiera interpretar su retirada, pero la voz de Joaquín se adelantó:

—¿Cómo siete? Seis, querrás decir...

Y echando las cuentas de nuevo, excluyó al periodista, por propia iniciativa.

—¿Tampoco viene?

—¿Por qué va a venir?

—No, por nada —repuso Pablo, satisfecho—. Ahora estamos los justos.

Al salir encontraron a Fornell pagando en recepción. Se despidió de todos, incluso del comisario que fue el primero en acomodarse dentro del coche. Al llegar Julio, le detuvo, a pesar de su prisa.

—Cuando vuelvas me llamas por teléfono y hablamos del libro. ¿Tienes mi número?

—Sí, sí lo tengo.

—¿Seguro?

—Seguro. Me lo diste tú...

—Es que me lo cambiaron. —Titubeó viendo su impaciencia, pero se decidió a buscar una tarjeta.

Desde fuera llegaban voces apremiando. Julio, aún más nervioso, se excusó:

—Bueno, es lo mismo, déjalo. Se lo pregunto a Pedro.

—A mí no, porque yo no lo tengo —repuso el otro.

A pesar de su falta de entusiasmo, Fornell le entregó la pequeña cartulina que Julio guardó sin mirar siquiera.

—Ya tengo pensado lo del prólogo —insistió.

—Estupendo —repuso Julio impaciente, sonriendo.

El claxon sonaba fuera, cada vez más impertinente.

—¡Ya voy! ¡Voy en seguida! —respondía. Y a Fornell—: Nos vemos en Madrid. Están esos ahí, esperando. Te llamo por teléfono o me llamas tú. Nos llamamos... Hasta la vista. ¡Chao!

Fornell le vio salir precipitado y entrar en el auto, ocupando un lugar delante, junto a Celia y Pablo. Pedro quedaba en la puerta, mirándolos partir, viendo al coche alejarse bajo la lluvia.

Por el cristal bajado, junto a Pablo, llegaba el suave aroma de los pinos. La abrupta carretera cortaba en dos el bosque, con su cinta de arena y grava. Eran tres o cuatro kilómetros rectos, seguidos, al amparo de las copas, bajo la penumbra cambiante de sus frondas, que parecían multiplicar los troncos a lo lejos, para salir luego a campo abierto, como desde el fondo de una inmensa catedral vacía.

Las tierras ondulaban, borradas por el agua, matizadas en todo su color por la humedad. Verdes cebadas, oscuros barbechos pardos, visos plantados como peladas atalayas. A veces, quedaba atrás algún rebaño inmóvil, guarecido al amparo de un ralo bosquecillo, defendido del viento entre las paredes negras arrumbadas.

—¿Cuánto hace que no arreglan estos baches? —preguntó Pablo, luchando en el volante.

—Está así desde que la terminaron —repuso Joaquín.

—Eso de terminarla, será un decir...

—Desde que se acabó el dinero. Bastante aguanta con el trato que la dan.

—Pues hasta ahora no hemos visto ningún coche.

—La destrozan los carros...

—Y si no son los carros, ¿quién va a venir aquí?

—A veces sube el *jeep* del Patrimonio.

—Ese, ese debíamos traer.

El auto dio un tumbo rozando una de las pequeñas lagunas. Pablo maldijo de nuevo. La marcha era muy lenta para salvar el laberinto de hoyos inundados. Súbitamente el coche se detuvo y Pablo se recostó sobre el volante, exclamando:

—¡Ahora sí que estamos bien!

—¿Qué hay? —preguntaron detrás.

—Asomarse. Mirar aquí...

Joaquín miró por encima de sus hombros. Hasta el comisario se incorporó de mala gana. Ante el morro del coche un pequeño lago interceptaba el paso.

—¿Qué se puede hacer?

—¿No se puede pasar?

Se volvió hacia el comisario.

—¿Lo dices en serio? Con el fango que hay, nos quedamos ahí hasta mañana.

El comisario suspiró, volviendo a sentarse, al tiempo que Julio intervenía:

—Pero oye, yo creo que por la derecha cabe.

—¿Por dónde?

—Por allí.

Le señalaba el borde del camino, junto a la cuneta, donde un montón de cascotes marcaba alguna desconocida divisoria.

—¿Y las piedras, qué?

—Las quitamos... ¡Con mover las de este lado!

Pablo le miró con un poco de pena y luego, decidiéndose como si no quedara otro remedio salió bajo la lluvia.

—Os vais a poner perdidos —comentó Celia.

—Si te parece, las vamos a quitar desde aquí dentro...

Tomó su cazadora y seguido de Julio, que llevaba su plástico, fueron hasta el montón. A través del parabrisas se les veía discutir. Joaquín se impacientaba.

—¡Qué pesadez, ahora estábamos llegando!

—¡No me hables, por Dios! —se quejaba el comisario—. Cada día con un número de estos. Ya sabía yo que venir con Pablo era acabar así.

—Ya lo están arreglando —les tranquilizaba Antonio.

Quedó libre el camino, pero tuvieron que apearse para que Pablo, bordeando la cuneta, enderezara luego el auto. Bajo la lluvia arreciaban las protestas del Boss, en tanto los otros ayudaban moralmente, gritando:

—¡Arriba...!

—¡Vaya meneo! —comentó Julio, ocupando de nuevo su asiento.

—El meneo va a ser a la vuelta —respondió Pablo—, para pasar esto de noche.

—¿Ya quieres amargarnos la tarde? —preguntó el Boss.

—Yo no quiero amargar. Solo digo lo que pasa.

—Podemos quedar allí a dormir —propuso Joaquín—. Hay camas para todos.

Celia pensó en Pedro. Mientras tanto, Pablo comentaba:

—No es mala idea esa de dormir aquí...

Conociéndole, era capaz de fingir un accidente, con tal de no regresar hasta el otro día. Cada vez que el camino se tornaba más fácil, volvía hacia ella la mirada, como asegurándose de que continuaba allí cerca, a su lado.

La carretera estaba formada tan solo ya, por un sendero de tierra apisonada a través del bosque. Volvía el acre aroma de la jara y la penumbra fluida de las altas copas.

—Esos caminos son ya del Patrimonio —explicaba Joaquín—, por aquí es por donde sacan la madera. —Los prefiero mil veces...

Corría el auto velozmente, haciendo crujir bajo sus llantas la alfombra suave de pinocha y retama. Una racha de sol descargaba fuera del bosque, tiñendo de amarillo un pueblo que surgía cercano, entre colinas. Junto a él apareció la casa, blanca, coronada por torres de ladrillo.

—A la izquierda —ordenó Joaquín, y fueron a parar ante una simbólica puerta de hierro en la que campeaba el nombre de la finca. Julio tuvo de nuevo que apearse para empujar la verja y subiendo una cuesta bastante empinada, llegaron hasta el porche.

—Parece que esto se arregla —murmuraba Antonio al bajar, mirando al cielo.

Ahora, en el silencio de la tarde, llegaba claro el rumor de los pinos. Olía a resina, a fuego, a humedad. A través del bosque, un hombre se acercaba apresurado.

—Cuando les vi pasar me figuré que venía con ustedes —exclamó dirigiéndose al

dueño de la casa. Luego saludó a los demás—. Buenas tardes, señores.

—¿Qué tal Eusebio? ¿Todos bien por aquí?

—Como siempre, luchando con los pinos.

—¿Han vuelto a entrar?

—La otra noche partieron casi veinte retoños.

—Son los del pueblo —explicó Joaquín, con gesto contrariado, mientras el guarda partía a por la llave.

—Vienen por la noche a cortar leña y destrozan las plantas. Parece que lo hicieran a propósito. —Miró los árboles en rededor—. ¡Basta que te empeñes en sacar esto adelante...!

El guarda, siempre a buen paso, volvía.

—Bueno —les abrió la puerta—, aquí tienen ustedes. —Brindó la llave a Joaquín—. ¿Se queda usted con ella?

—Sí. Yo la tengo.

—¿Y de cenar? ¿Cómo andamos?

—De cenar, ya veremos, por fin, si nos quedamos. ¿Está su mujer aquí?

—Bajó al pueblo con los chicos, a ver la procesión, pero antes de la noche está de vuelta.

Al entrar en la casa, abrieron las ventanas del recibidor, surgieron en la pared principal cabezas de corzos y un águila disecada en su vitrina de cristal.

—¿Y eso qué es? —preguntó Pablo en un rincón.

—Eso es un buitre.

—¡Vaya bicho más feo!

—¿Hay buitres por aquí? —preguntó Julio.

—Y hasta quebrantahuesos... El guarda que teníamos antes de la guerra mató uno. Luego se perdió, cuando estuvieron aquí los italianos.

—¿Hubo frente por esta parte?

—En esta casa tenían el cuartel general. —Les encaminó hacia el piso de arriba—. Venid por aquí...

Celia temió una nueva sesión de museo y rezagándose aguardó a que Joaquín doblara el primer tramo de escaleras para salir al porche. Estaba harta de pinturas, de muebles y cortinas. Solo anhelaba respirar un poco, mirar los pinos, aquel cielo violento que entre las copas se poblaba de doradas nubes. Alguien, un pájaro, un animal cualquiera, cantaba en la espesura y otro susurro igual le respondía lejos. Llegaba a intervalos, traído por el viento, el golpe monótono de un hacha, voces, el crepitar del bosque entero.

Sonó la puerta a sus espaldas. Debía ser Pablo que andaría buscándola. Lamentó no estar más lejos para huir, desaparecer, vagar hasta la noche.

—¿Qué haces aquí, tan sola?

Era Antonio. El cambio le supuso tal alivio que se atrevió a responder señalando a su espalda:

—¡Huyendo de la guerra!

—Sí. A veces Joaquín se pone un poco pesado.

—Dudó, mirándole, y al fin, propuso:

—¿Damos un paseo?

Celia miró atrás un instante.

—Bueno. Ahí dentro tienen para rato.

Comenzaron a bajar la cuesta. Le pareció ridículo su propio entusiasmo. Tuvo que refrenar el paso para que Antonio no quedara atrás. Cuando la alcanzó exclamaba:

—¡Vaya marcha que llevas!

A medida que dejaban atrás la casa, Celia pensaba en Pablo, en el fúnebre rostro que tendría a la vuelta. También se imaginó lo que hubiera sido aquel paseo junto a él, lo que iba a echarla en cara, haber salido con el comisario. Pensando en el Boss, preguntó a Antonio:

—¿Qué tal lo de mi viaje?

—Pues... bien —respondió tras dudar un instante, y luego, para borrar la impresión de que solo trataba de salir del paso, añadía—: No creas que anoche me olvidé.

—¿Ah, no?

—No. Hablé de ello a Vicente, cuando le acompañamos al hotel.

—¿Conoce a los de Boston?

—Al de la sociedad de aquí. Por lo visto, come con él uno de estos días.

—¿Y que ha dicho?

Sonrió un poco, como si le divirtiera tanta impaciencia.

—Hay buenas impresiones.

—Pero, ¿buenas del todo?

—Yo creo que sí —respondió un poco misterioso.

El pinar, la carretera, parecieron borrarse súbitamente. Solo vio ante ella a Antonio con su aire de mecenas divertido. Recordó las disputas con Pedro, sus proyectos fallidos hasta entonces y con ellos vino el temor de que estuviera prometiendo demasiado.

—¿Y la conceden así? ¿Sin más ni más? ¿Sin un examen?

—Sin examen —respondió Antonio, mirándola de nuevo con aquella expresión particular.

Vio en él, bajo su habitual simpatía, un poco de lástima también. Quizás el dinero, la ocasión, no suponían tanto, pero en aquel momento, toda su vida atrás le pareció mezquina.

—¿En qué quedasteis? ¿Voy a verle en Madrid?

—¿A Vicente? —La sonrisa había desaparecido y Celia temió algún imprevisto incidente. En el lejano mundo de Antonio, era fácil errar.

—¿Me hago antes una copia en el museo?

—No. Ni pensarlo... ¡Qué bobada! —Calló de nuevo, para continuar, dudando

como antes—: No es eso... se trata de otra cosa.

Celia, en un súbito cambio, de humor, temió ahora una negativa.

—Acaba... di.

—Es por causa de Pablo, tu amigo... —Al decirlo, dio un tono especial a sus palabras.

—¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada —respondió mirándola con un destello de humor mientras hablaba—, solo que también él quiere ir. Dice que va a exponer allí, y de ese modo aprovecha el viaje.

—¿A Italia? ¿Pablo?

—Cuando le expliqué a Vicente tu asunto, me dijo que por él no había inconveniente, que haría lo que estuviera de su mano, pero que antes os pusierais de acuerdo.

—¿Ponemos de acuerdo? ¿Para qué?

—No lo sé —le vio dudar—. Creyó que pensabais ir juntos.

Sintió una gran vergüenza, como si aquellas palabras la humillaran.

—¿Los dos? —repitió—. ¡Si yo de lo de Pablo me entero ahora! —Recordó sus obstinadas negativas aquella mañana y la ira estuvo a punto de hacer saltar sus lágrimas. Aún tuvo ánimos para preguntar—: ¿Tú sabes si le habló de mí al comisario?

Antonio seguía sin comprender.

—¿Hablarle para qué?

—Para esto, para el viaje. Le dije como a ti que me recomendara.

—¡Ah, se lo contaste tú! —torció el gesto—. ¡Entonces por eso lo sabía!

—¿Le habló?

—Pues verás... —repuso un poco cansado, como si el asunto perdiera rápidamente interés para él— yo diría que no, porque cuando empecé con lo tuyo, quedó bastante sorprendido. Fue entonces cuando me explicó que también Pablo andaba tras lo mismo.

—Pero, ¿cuándo?, ¿cuándo se lo pidió?

—Ya te digo —hizo un vago ademán—. Anoche en el Hostal.

—¿Entonces le vio?

La miró aún más extrañado.

—¿Cómo no iba a verle, si estuvieron hablando casi una hora!

A pesar de su tedio, vio en ella tal desánimo que continuó:

—Bueno, tú no te preocupes. No es cosa de Vicente solo y todavía falta hasta que lo concedan. Además, quizá no se lo dé. Ya has visto que se llevan mal. Hay personas que tienen también mucha influencia. Se las puede ir a ver. Tú no te apures...

Pero sus palabras no podían servir de consuelo. Ni él mismo debía creer en ellas. Pablo, como Fontán, como todos ellos sabía moverse en su ambiente, conseguir siempre lo que le interesaba. Pensando que iba a encontrarle nada más regresar,

volvió a emprender la marcha entre los pinos. Anocheciendo, Antonio le advirtió:

—¿Volvemos? Es ya un poco tarde.

La noche llegaba veloz, más cálida por el cielo brillante del ocaso. Ante el porche, al final de la cuesta, vio a Pablo afanándose sobre el motor del coche, con una linterna en la mano. Les saludó hostil, y a poco tras una pausa prudencial, entró en la casa. El hall, como el resto de los cuartos, se hallaba en la penumbra, iluminado solo por el tenue resplandor de un quinqué.

—¿Sigues sin venir la luz? —preguntó a modo de saludo, y viendo a Celia sola, en uno de los divanes se acercó.

—¿Dónde estuvisteis?

—Por ahí...

—Estupendo... —comentó dolido—. Si te descuidas vuelves cuando nos vamos a marchar. —Puso aquel gesto desvalido que tanto prodigaba—. ¡Y yo, mientras tanto, aquí, esperándote...!

Se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar con sus palabras, hasta dónde sería capaz de mentirla, pero ni aun así, pudo echarle en cara su amargura.

—Creí que estabas arriba...

—¡Creías! —Se sentó a su lado, quedando inmóvil, fijos los ojos en ella.

Celia también callaba, recordando el tiempo de su amor, preguntándose qué habrían sido, en realidad, para él todos aquellos meses.

Sus ausencias, sus largos silencios, incluso su alegría que había amado tanto, tomaban ahora su verdadera dimensión, su auténtico sentido.

Y él, como siempre, sin sospechar siquiera, la abrazaba en la penumbra.

Incapaz de mostrarse violenta, le advirtió:

—Anda Antonio por ahí...

—Está arriba —repuso buscando su boca.

—Muy lejos. Ya ves...

—Entonces, vámonos de aquí.

—¿Pero dónde? ¿Estás loco?

—Ahí fuera. O dentro, aquí, en alguna parte... Lanzó una ojeada, en torno a sí, nervioso.

—Baja alguien —mintió—, ¿no oyes?

—Nadie...

La alzaba, la vencía. La sombra se colmaba de su olor, del rumor de su aliento. Su presencia, su amor, su vida toda renacía otra vez, plena de angustia, secreta. Renacía en su boca, en la mano crispada junto al corazón, en su pecho, mientras caminaba sin ver, sin oír más allá de la otra voz, de sus palabras.

Fuera, el rumor de los pinos sobre sus cabezas, pareció concretar el mundo en rededor, rescatarla de su oscuro vacío. Bajo la fría luz de las estrellas, vio a Pablo a su lado, en silencio, y lenta, quedamente, rompió a llorar.

—¿Qué te pasa ahora?

Como el llanto, la soledad parecía surgir quedamente de su pecho.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Quieres que volvamos?

No tuvo tiempo de responder. La puerta de la casa se abrió súbitamente ante Joaquín.

—¡Ah, estás aquí! Oye... Pablo.

Quedó un instante sorprendido al descubrir a Celia.

—¿Qué hay?

—¿Tienes el coche?

—¡Claro! —repuso de mala gana—. ¿Por qué? Celia, a pesar de las sombras, vio que Joaquín temblaba.

—Julio... arriba, en el cuarto de baño. —Y notando que ninguno de los dos le comprendía, añadió—: Se lo encontró Antonio en el suelo, como muerto. Anda a buscar un médico, corre.

—¿A estas horas?

—Yo voy contigo. Es aquí cerca, en el pueblo... Pablo siguió tras él, en tanto Joaquín le miraba sorprendido, camino de la puerta.

Julio, arriba, en un oscuro salón de muebles enfundados, respiraba con dificultad. La blanca envoltura del sofá, hacía resaltar aún más la palidez del rostro, cuando lo alzó, sintiéndola llegar.

—¿Qué tal? —preguntó Celia.

—Ya ves... Mal.

Parecía asustado. Le habían desabrochado la camisa, dejando al aire el flaco pecho.

—Ya va mejor —respondió Antonio, intentando animarle.

—¿Han ido a buscar al médico? —preguntó.

—Acaba de salir Pablo en el coche, con Joaquín.

—Si es con Joaquín, menos mal, porque solo no vuelve...

—Verás como no es nada.

Se levantó con trabajo, como intentando convencerse de que era capaz de hacerlo.

—¿Dónde vas ahora?

—Ahí... Al cuarto de baño.

—Que no se mueva, Antonio —llegó la voz del Boss, desde el otro extremo de la sala.

Celia lo descubrió en un rincón, silencioso, fumando.

—¡Ah, hola! —saludó, como sonámbula, pensando en Pablo.

El comisario en vez de responder, comentó, viendo salir a Julio con Antonio:

—Es una locura andar así, sin saber siquiera lo que tiene.

—Él siempre se queja del estómago.

Cubrió los ojos con la mano. Como ella solo debía desear volver lo antes posible. Llegaba el rumor del lavabo y los pasos de Antonio en el cuarto de al lado. El salón olía a cerrado, a húmedo.

La luz del pasillo recortaba la puerta, el perfil de los muebles, en la gran mampara de cristales. Celia sintió que aquella gran habitación la deprimía aún más. Ansió salir fuera, entre los pinos, lejos de aquel cargado ambiente que parecía girar pesadamente en torno a ella.

El rumor del coche, deteniéndose abajo, la desveló. Antonio y Julio también habían vuelto. El ruido de la puerta, la voz del guarda que hablaba con Pablo y Joaquín, acabaron por espantar el cansancio y el sueño. Ya se acercaban, subiendo la escalera. El médico era un hombre mayor, sin corbata, con un gran bigote canoso manchado de tabaco. Al entrar, lanzó una rápida mirada al enfermo y la sala.

—Vamos a sacarle de aquí. —Miró a su alrededor—. ¿Aquello es una alcoba?

Obligaron a Julio a entrar, a tumbarse en la cama. Quedó fuera Celia con Pablo y el Boss que ante la llegada de los otros, también se había espabilado.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las siete y media. —Pablo miraba su reloj—. Más... Casi las ocho. —Y volviendo al hilo de sus pensamientos, comentaba—: ¡Lo que no sé es cómo nos vamos a arreglar ahora!

—¿Para qué? ¿Para llevarlo?

—Para llevarlo, con esa carretera.

—Estás obsesionado con ella.

—A mí me da igual. Lo digo por Julio. Ni con una ambulancia...

—A ver qué dice el médico.

Viéndolos allí, juntos los dos, sin apenas reparar en su presencia, Celia se sintió de más, ajena por completo. Antonio no tenía razón. A pesar de que en público riñeran, no se entendían tan mal, el Boss amainaba en sus ataques cuando estaban a solas, Pablo no estaba en cuarentena como él mismo decía. Se levantó yendo hasta el final del pasillo. El viento allí soplaba en la ventana, moviendo suavemente las pesadas cortinas. Fuera, en cambio, los pinos quietos, como un pesado mar de sombras, parecían vibrar bajo el halo menguante de la luna. Sus negras copas se prolongaban en olas sucesivas, en vacíos calveros. Mirando las tinieblas, a través del cristal, sintió miedo por Julio.

La puerta de la alcoba ya se abría.

—No, no. Imposible, mientras haya peligro de hemorragia...

Joaquín parecía preocupado. El médico añadió:

—Ni pensar en moverle ahora...

Antonio señaló con un ademán la puerta de la alcoba y todos, en silencio, comenzaron a bajar la escalera.

—Si es úlcera —repuso cuando llegaron al recibidor—, corréis el riesgo de tener una hemorragia en el camino.

—¿Entonces, qué nos aconseja?

—Dejarlo aquí. ¿Qué prisa tiene? Yo vendré mañana. Cuando vea cómo sigue, con calma, ya hablaremos.

—Es que él quiere irse a Madrid.

El médico hizo un gesto elocuente.

—Eso, naturalmente, es cosa suya. Yo no puedo impedírselo. —Abrió la puerta y desde el porche saludó—: Buenas noches Joaquín, buenas noches, señores.

Joaquín hizo un gesto a Pablo que salió detrás. Cuando el rumor del coche estuvo lejos, miró a los otros preguntando:

—Bueno. ¿Qué os parece?

—Aquí hay una cosa clara —hablaba Antonio—. Si no se le puede mover hay que quedarse.

Joaquín asintió, contrariado, en tanto el comisario preguntaba:

—¿Pero, todos?

—Esa es la cosa. Hace falta saber a quién le toca.

—Todos no, desde luego. ¿Para qué? —insistía el Boss.

—Verdaderamente —se apresuraba a reconocer Joaquín, añadiendo por su cuenta—: Además, están aquí los guardas...

Los demás callaron. Celia pensó de nuevo, en aquel bosque negro rodeando la casa.

—Pero si le pasa algo de noche —repuso Antonio al fin—. ¿Tú crees que los guardas le sirven para algo?

—¿Y de que sirvo yo? Lo único que puedo hacer es avisar al médico, como ellos...

—El coche no se queda, claro —insistió aún Antonio, poco convencido.

—¿Y quién lleva entonces a los demás a casa?

—Puede ir y volver.

—¡No conoces a Pablo! —exclamó el comisario.

Era Joaquín quien preguntaba a Antonio, ahora:

—¿Por qué no te quedas tú aquí, conmigo?

Antonio dudaba. Ninguno quería opinar, pero la voz de Julio, desde la escalera, tampoco les dio tiempo.

—¿Se ha ido Pablo?

Bajaba sin fatiga, al parecer, con la camisa abrochada de nuevo, anudándose la corbata.

—Pero ¿dónde vas? —preguntó Joaquín.

—Al hotel.

—Tú no estás bien de la cabeza. ¿Sabes lo que ha dicho el médico?

—¡Anda, no hagas tonterías! —le riñó Antonio, aburrido.

Quedó un poco cortado por el tono brusco de los otros, pero como si su voz le diera nuevas fuerzas, insistió aún:

—¿Dónde ha ido? ¿A llevar al médico?

—Escucha. —Celia le hablaba más cordial—. Es solo hasta mañana. Mañana, si el médico dice que puedes ir, te marchas...

—¿El qué sabe?

Joaquín se adelantó malhumorado.

—Ha dicho que si sales no responde, que te puedes quedar en el camino. De modo que piénsatelo bien.

Se apartó rumbo a la escalera, dejando a Julio confuso, cara a los demás como en busca de ayuda.

—Es por tu bien —insistía Celia—. ¿Qué pintas en el hotel esta noche? ¿Quieres que llame yo a tu casa?

—No. Ni se te ocurra.

Fueron sus únicas palabras antes de que el coche estuviera de vuelta.

El regreso, a través del bosque en tinieblas, duró para Celia mucho más que el primer viaje. Dejando la finca y en ella a Julio con su mal, de nuevo volvía su depresión, su anterior tristeza, entre el comisario que dormía detrás y Pablo silencioso, pendiente del volante.

—Bueno. Di —preguntó a medio camino, apartando un momento los ojos de la ruta—. ¿Por qué vas tan callada?

Hubiera deseado hablar, gritarle, pero toda su ira, su despecho, se deshacía otra vez en llanto.

—¿No quieres contestar?

Volvió el rostro al otro lado, buscando nerviosa su pañuelo.

—Anda, no hagas escenas.

—¡Déjame en paz! ¡Acaba!

—¿Estás llorando?

—Sí —respondió violenta—. Estoy llorando. ¿No lo ves?

—Hablamos luego... —posó su mano en el muslo de ella—. En Madrid... En el café, mañana.

—No. Nunca...

Pablo estuvo a punto de detener el coche, pero viendo que el Boss se despertaba, aceleró otra vez, sin insistir.

—¡Está bien; como quieras...!

A la difusa luz que reflejaban los faros, su expresión infantil se había borrado. Su voz era otra vez normal cuando respondió al comisario sobresaltado por las voces:

—Nada, no pasa nada. Estábamos hablando.

Ya en las afueras, entrando en la ciudad, vino hasta ellos el rumor familiar de los tambores.

—Por fin salieron... —murmuraba Pablo.

—¿Cómo dices? —preguntó el Boss.

—Que por fin se arregló lo de las procesiones.

—Esperemos que nos dejen llegar hasta el hotel.

—Yo me bajo aquí —murmuró Celia, cerca ya de la plaza.

—¿No quieres que te acerquemos? —se ofreció el comisario.

—No vais a poder llegar hasta la pensión.

Pablo detuvo el coche, tendiéndola la mano.

—¿Salís después de cenar?

—No —respondió con firmeza, y luego, al Boss—: Si no nos vemos, buen viaje.

—Hasta Madrid, supongo.

—Adiós, hasta Madrid —repitió como un eco sonámbulo.

En las aceras húmedas, brillantes, la mitad del público que en el día anterior. Las sillas yacían arrumbadas y en los espacios acotados, tras de las barandillas, las mujeres en pie, se impacientaban... A través de su blanco armazón de madera, sin dosel ni tapices, la fachada del ayuntamiento lucía su reloj y su balcón corrido, donde un par de ordenanzas tomaban a poner las colgaduras.

No había aquel clamor del público acogiendo la entrada de los pasos, ni colchas ni mantones, adornando ventanas. La música, el paso de la tropa, retumbaba en vacíos callejones donde hileras de nazarenos se apresuraban, calentando sus manos en la llama de los cirios. Sus pies descalzos daban frío bajo un cielo nítido, de helada. Tras los breves descansos, las filas disgregadas se reunían pronto para seguir su camino, al agudo sonar de las trompetas.

A Celia no le fue difícil llegar a la pensión. Miró en el comedor, pero Pedro aún debía estar en el cuarto. Cuando empujó la puerta y fue a encender la luz, él se le adelantó desde la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—No sé. Cerca de las diez. Hora de cenar —repuso de mal humor, dejando a un lado los zapatos cubiertos de barro—. ¿Sabes que Julio se puso malo?

Él pareció no oírla. Levantándose, fue a sentarse, como de costumbre junto a ella.

—Se quedó allí —continuó, pero Pedro, ajeno a sus palabras, comenzaba a besarla.

—¿Por qué no me escuchas?

—¿Qué me importa a mi Julio?

—No seas bárbaro. Está bastante malo, de verdad... La estrechaba aún más. La besaba de nuevo, hundiendo su boca como siempre en el suave cauce de la nuca.

—Estate quieto, acaba... —Intentó librarse; dejarle; salir del cuarto.

—¿Pero, qué tienes?

—Nada. Déjame en paz.

—¿Por qué no quieres? —insistió.

—¡Que me sueltes, te digo! —repitió con ira.

Pero Pedro no cedía. Buscaba como en tantas ocasiones, un mal gesto para responder, para humillarla.

No lloró. Sobre el dolor, más allá de su postrera humillación, un nuevo sentimiento de libertad nacía en ella. Por vez primera comprendió también que su vida estaba a punto de cambiar. Sus días junto a Pedro, como aquella semana, como su amor por Pablo, habían terminado.

Un pesado *pullman* subió desde la Vega, retumbando. Dio vuelta a la plaza con dificultad y cruzó, a todo sonar del claxon, ante las terrazas de los bares.

—Ya están ahí otra vez —exclamó Daniel.

—¿De dónde vienen? ¿De Sevilla? —preguntó Pedro, en tanto el macizo autobús se detenía junto a la catedral.

—De Andalucía. Vuelven a casa.

Pedro sorbió el café. Al tibio sol de las doce, un grupo de obreros desmontaba sin prisas las tribunas. La plaza volvía a su aspecto normal y el único recuerdo de las pasadas fiestas eran dos brillantes pistas de cera que el paso de los carros no tardaría en borrar. Las gentes de los pueblos vecinos hacían sus compras postreras antes de subir a los viejos autobuses que otra vez ocupaban su lugar habitual, en tanto los clientes de la barbería fumaban ante la puerta aguardando su turno.

Hasta el tiempo volvía al calor de días anteriores y el bar de la televisión alzaba otra vez sus cristales. Surgían, tras las lluvias, las lozas verdes y amarillas en las fachadas de las tiendas, los tejidos de difícil bordado, encajes, espadas, tabaqueras de cuero, trajes para toreros infantiles que colgaban en el umbral, sujetos a un cartón, como la sombra multicolor de un diminuto ahorcado. Los escaparates parecían rebosar, fluir a través del cristal, invadiendo los muros cercanos.

Un nuevo autocar apareció en la cuesta, trayendo a la memoria de Daniel, la vuelta a Madrid.

—Oye —preguntó a Pedro—. ¿Qué vamos a hacer con Julio?

—No lo sé —repuso ensimismado.

—No nos vamos a ir, dejándole aquí solo.

Pedro, por un instante, pareció realmente escucharle.

—¿Qué te dijo Joaquín anoche?

—Me contó lo que había pasado. Me dijo que si su padre volvía por la noche, le dijera que estaba aquí por la mañana.

—¿Nada más?

—Nada más. Demasiado porque la línea estaba fatal. No creas que fue fácil entender eso.

—¿Y el padre ha venido?

—Afortunadamente no. Malditas las ganas que tengo de comer con él mano a mano.

—¿Y hoy con quién te toca?

—Con Joaquín si viene. Si no, como ayer, solo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque te vengas, si quieres, conmigo.

Le miró, sin comprender del todo su invitación y Pedro, adivinándolo:

—Es que Celia no está.

—¡Ya...! —Hizo un gesto como si sobrara lo demás—. Se marchó esta mañana...

Aquella era la razón de su actitud, de su silencio. Daniel, recordando su charla con ella en aquel mismo café, se preguntó qué habría sucedido aquella noche, a la vuelta del viaje.

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

—Irme también —repuso Pedro con ironía—. ¡No querrás que me quede aquí toda la vida!

—Digo en Madrid.

—En Madrid —se encogió de hombros—. A casa de mi madre...

—¿Y Celia?

—Ella sabrá...

Era como si el destino de su mujer, solo de ella dependiese. Sacó un nuevo paquete de cigarrillos y los dos fumaron en un silencio poco agradable.

Las terrazas, los cafés cercanos, se animaban paulatinamente. Volvían los primeros turistas desde la catedral, hacia los puestos de loza, cruzando con parsimonia, deteniéndose ante la luna del bar a leer la minuta.

—¿Y tú? —preguntó Pedro, de pronto—. ¿Cuándo vuelves?

—Te esperaré.

—Pareces el amigo del difunto...

Rio con desgana, sacudiendo el cigarrillo. Luego, cambiando de expresión, añadió:

—Mira; ahí vienen esos.

El coche de Pablo salía a toda marcha de la calle principal y tras dar vuelta a la mitad de la plaza, fue a detenerse al borde mismo de las mesas.

—¡Hola! —saludó, sin apearse, asomándose a la ventanilla.

—¿Ya os vais? —preguntó Daniel, viendo arriba las maletas.

—Ahora mismo salimos.

—Y Julio, ¿dónde está?

—En el hotel otra vez —repuso el otro, con aire satisfecho.

—¿En qué hotel?

—¿En cuál va a ser? En el de antes. Le acabamos de dejar, hace ya un rato.

—¿Pero no se encontraba tan mal?

Pablo se volvió a decir algo dentro al comisario, a juzgar por la otra voz que llegaba. Luego declaró:

—Le vio el médico esta mañana, y como no había hemorragia, se empeñó en venir. No hubo quien le hiciera esperarse.

Pedro callaba, escuchando. De nuevo Daniel:

—Y el médico, ¿qué dijo?

—El médico que no, y él que sí. Total: que tuvimos que traerlo. Ahí está —señaló hacia la calle del hotel.

La voz del comisario llegó desde el interior del coche:

—A ver si os pasáis por allí un rato.

—¿Es que no puede salir él?

Pablo torció el gesto, respondiendo, ambiguo:

—Está un poco fastidiado.

Cruzó sin querer la mirada con Pedro, que pareció no verle y como si repentinamente le asaltara una gran prisa, se apartó del cristal, arrancando.

—¿Vino Joaquín con vosotros? —les gritó aún Daniel, levantándose.

—¡Le dejamos con Antonio en su casa!

Daniel siguió con la mirada el camino del coche hasta verle desaparecer por la cuesta.

—¡Qué locura! —exclamó.

—¿Lo de Julio?

—Lo de Julio... Traerlo.

—¿Y tú qué sabes cómo está?

—¿Qué hacemos? ¿Nos acercamos ahora? —preguntó, dudando si sentarse de nuevo.

—Esperamos un rato...

Al cabo de una hora, Julio les vio entrar en el cuarto. Apenas se había desnudado. Aún sin afeitarse, llevaba la camisa del día anterior, con los puños sueltos cubriéndole las manos.

—¿Ya os fueron con el cuento?

—Nos dijo Pablo que estabas acostado.

—Ah, Pablo...

Se movió, impaciente, entre las sábanas, buscando una postura cómoda.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bah, regular... —Y añadió como justificando estar en la cama—: Me he metido aquí para poder marcharme mañana a Madrid.

Daniel pensó que de haber estado tan solo regular, como decía, hubiera seguido en el coche de Pablo.

—¿Comes algo?

—Leche y caldo. Un menú apetitoso...

Había un vaso intacto en la mesilla. Allá, bajo las sábanas, se agitaron sus manos. Debían haber vuelto sus famosos dolores, aquel ardor que a veces le asolaba el estómago.

—Oye. Mirad si están por ahí encima las pastillas. Daniel fue a buscar sobre la mesa, entre periódicos y catálogos. Al fin aparecieron las píldoras rosadas en el bolsillo interior de la chaqueta. Intentó salir a por un poco de agua, pero Julio le detuvo.

—Déjalo. La paso con la leche.

—¡Se te va a formar una ahí dentro!

Aún se siguió quejando, encogido, cambiando de postura hasta sentarse en el lecho.

—¡Es absurdo! —exclamó Daniel, viendo que el dolor iba en aumento.

—¿Y qué quieres que haga? —replicó iracundo.

—No sé. Vete a un médico, drógate, algo, pero no estés así...

—Eso hace —replicó Pedro. Alzó las pastillas, mirándolas de cerca—. ¿Qué crees que le va a recetar el médico más que esto?

Julio aguantaba y los dos asistían a su dolor sin poder remediarlo. Pedro se había alejado hasta el balcón.

—¿Qué hacemos? —preguntó Daniel.

—Esperar...

Al fin las piernas se fueron relajando. Julio suspiró y quedó tendido entre las sábanas. Daniel, viéndole tranquilo, por hacer algo, le tendió la leche.

—¿Te apetece ahora? A lo mejor eso te viene por tener el estómago vacío.

—Lo único que quiero es dormir. No pegué un ojo en toda la noche.

Sonó el teléfono sobre la cabecera, y Julio, adelantándose a Daniel, se apresuró a descolgarlo.

Sería una conferencia con Wanda. Decidieron dejarle a solas.

—Oye, nos vamos a marchar.

Él les hizo un ademán de despedida, escuchando ya la voz que llegaba por el auricular. Cuando bajaron, a punto de salir, el conserje reconoció a Pedro.

—¿Qué tal su amigo? ¿Está ya mejor?

—Ya casi bien. Durmiendo un poco.

—Le dio un mareo aquí, al subir la escalera. ¡Menos mal que estaban los otros! ¿Hablaron con ustedes?

—Sí. Ya los encontramos.

En la calle, ninguno de los dos supo qué hacer. Fue Pedro quien propuso ir a tomar algo en el mismo restaurante del bar. A medida que el día avanzaba, su humor se agriaba de nuevo. Ya a la hora de escoger sobre la carta, riñó con el camarero. Fue una comida larga, interminable, acompañada tan solo por la monótona charla de la radio. Por suerte, tras el café se despidió:

—Nos vemos luego... Me voy a la pensión. A ver si duermo un rato.

Pero no iba a dormir, y Daniel lo sabía. El recuerdo de Celia andaba otra vez en su memoria, y a medida que la tarde avanzaba, iría a peor. Él mismo explicaba, a menudo, sus noches. Horas interminables en que palabras, imágenes, recuerdos, volvían allí dentro, en su cabeza. Escenas que luchaba por apartar de sí, que sin embargo la soledad animaba, que él mismo envilecía.

—¿Vas luego a ver a Julio?

Lo había olvidado ya. Tardó en responder.

—¿Por el hotel? Sí... A última hora.

Salió, dejando a Daniel solo en aquel comedor recién pintado, que parecía reunir entre sus cuatro paredes todo el tedio de la tarde. A poco, también él cruzó por la terraza que ya, de tan vista, le aburría. En las mesas, un grupo de franceses mataba el

tiempo escribiendo tarjetas. Miró el reloj. Las cuatro. Podía coger el tren y a las siete en Madrid, en la pensión. El lunes, de nuevo en la academia, a luchar con los chicos, aquellos muchachos en la peor edad, los más torpes de cada familia, los que, como el sobrino de Joaquín, no admitían en los colegios principales, con todo su dinero. Trató de mirar el porvenir serenamente. Alguna vez aquello acabaría, los forcejeos con el director a la hora de cobrar, las pilas de ejercicios, el tedio de un trabajo en el que no creía. A fin de cuentas otros vivían peor. Él mismo pasó rachas de clases en cadena, de correr todo el día de un barrio a otro para acabar rendido y madrugar de nuevo al día siguiente.

Cruzó la plaza, y andando un poco, entró en la catedral. Un corro de turistas susurraba cerca del altar, contemplando el retablo. En escenas separadas, como una historia de añejas aleluyas, se narraba la vida de un santo principal. Siguió al grupo de capilla en capilla, desde el claustro al tesoro, hasta acabar en la enorme sacristía. Pero no era como estudiar, como cuando olvidaba alguna repentina depresión, entre los libros. Aquello le era ajeno, no le añadía nada en su interior, ni siquiera las historias que el guía relataba sobre el Greco. Allí estaban sus cuadros hablando por él. El resto era solo anécdota, sobraba.

Salió a la luz, yendo a sentarse, a su pesar, en la terraza. El reloj giraba lentamente. Arriba, en la pensión, Pedro debía velar pensando en Celia, y Julio, en el hotel, a vueltas con su miedo.

Con el sol ocultándose y los bares repletos, se encaminó hacia casa de Joaquín. No vio al padre, pero supo que estaba, por el tono de la criada al saludar y su activo deambular por las habitaciones.

Joaquín se hallaba examinando los estragos de la carcoma en los armarios.

—¡Solo falta que nos lleguen también las termitas aquí!

Al verle, se apresuró a preguntar:

—¡Qué! ¿Cómo sigue Julio?

—Mejor... Estuvimos con él esta mañana.

Volvió su atención al carpintero. Sus palabras fueron, como Pedro decía, para cargarle con el muerto, para hacerle el traspaso formal de su responsabilidad en el accidente. Debía estar cansado de aquella semana, hartado del grupo.

En el estudio se entretuvo arreglando la maleta, haciéndola con calma exagerada, mirando luego atardecer sobre la vega, sobre los diminutos pueblos que en la noche se encendían. A última hora entró Joaquín.

—¿Te marchas?

—Ahora, no. Mañana, a eso de las diez. ¿Por qué? ¿Querías algo?

—No. Quizá vaya yo por Madrid esta semana. ¿Dónde vas luego entonces?

—A ver a Julio. Al hotel.

Dudó otra vez, como si alguna responsabilidad pesara sobre él aún.

—Me parece que yo debería ir contigo...

—Vente si quieres. Yo solo pienso estar un rato.

Aún debía temer que le cargaran con la suerte de Julio, pero su presencia debió tranquilizarle. Además tenía ganas de charlar, porque apenas en la calle, comenzó:

—Son un poco especiales tus amigos.

—¿Por quién lo dices? ¿Por Julio?

—No, por Julio, no. Ese tiene buen conformar. Lo digo por el que está casado con la pintora. ¿Es siempre así? ¿O solo con su mujer delante?

Le pareció de mal gusto la alusión, pero sabía que tarde o temprano tendría que soltarlo, porque a pesar de su afán por hacer favores, tarde o temprano acababa cobrándolos.

—Tiene a menudo rachas parecidas —respondió.

—¡Pues debe ser difícil aguantarle!

—Cada uno es como es... Además, tampoco él pretende ser amable.

—Eso puedes jurarlo. Es lo primero que se nota. A quien no le arriendo las ganancias es a su mujer.

—No veo por qué.

Joaquín se echó a reír de buena gana.

—Debe ser una broma vivir con una persona así toda la vida.

—Estará enamorada...

—¿Tú crees? —preguntó con asombro fingido—. Viéndole, nadie lo diría.

Su tono acabó de irritar a Daniel.

—Supongo que en amor no todo será lo que se ve. También hay otras cosas que tienen su importancia.

—¿El qué, por ejemplo?

—Por ejemplo, la cama.

Quedó molesto, un poco confuso. Cuando adoptaba aquella actitud, era el único modo de pararle. Daniel lamentaba acabar así, pero también él descargaba en sus espaldas la fácil ironía de que no era capaz con los demás.

—Te aseguro —murmuró el otro— que no comprendo la idea que tenéis vosotros de la vida.

—¿Y tú? ¿Qué idea tienes?

—Más limpia, desde luego.

—Un término un poco vago ese...

—¿Qué adelantáis con destruirlo todo? —preguntó, deteniéndose de pronto con aire dolido—. ¿Por qué veis solo el lado malo de las cosas?

Fue Joaquín quien sintió ahora ganas de reír.

—Hombre, lo de la cama no me parece un lado malo, sino todo lo contrario, y sobre lo de destruir, ¡qué más quisiera yo! Bastante tengo con ir tirando. Además, no sé por qué hablas en plural. ¿Qué tengo yo que ver con Pedro ni con nadie?

—Le estás defendiendo —replicó el otro un poco resentido.

—Explico como es y nada más. —Intentó dar un tono más amable a sus palabras—. También te defendería a ti si estuvieras en su caso.

—Lo dudo —insistió Joaquín—, lo dudo mucho...

—Bueno, es lo mismo; es así, aunque tú no lo creas.

En la calle principal encontraron a Fidel con una chica. Al verlos les lanzó un vago saludo desde la otra acera.

—Ya me enteré de lo de Julio. ¿Sigue en el hotel?

—Allí sigue...

—A ver si nos vemos por Madrid.

Se despidió.

De nuevo la muchacha se cogió a su brazo y lentamente se perdieron calle arriba.

—¿Quién es? ¿Su novia?

—Sí. Eso creo —repuso Joaquín—. Ahora se van al café, se sacan cada uno su tomo de la Austral, y, así, hasta la hora de la cena. Nunca la presenta, ni a Antonio siquiera.

Parecía como si él también quisiera borrar el efecto de sus anteriores palabras. Entrando en el hotel, preguntaron al conserje por el enfermo.

—No pasó mala tarde. Se había dormido, pero le despertaron los padres al llegar. Daniel se detuvo a punto de subir la escalera.

—¿Están sus padres aquí?

—Llegaron a eso de las seis.

Miró a Joaquín, que también parecía extrañado.

—¿Les llamasteis vosotros?

—¿Nosotros? ¡Si fue él el primero que no quiso! ¡Como no haya cambiado de opinión! Pero me extraña...

—A mí me suena más raro todavía. —Y aún temiendo que Joaquín comenzara otra vez con las preguntas, aclaró—: Será cosa de Celia.

Como esperaba, el otro se apresuraba a preguntar:

—¿Es verdad que se ha ido a Madrid?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Pablo esta mañana. Fueron a verla a la pensión para despedirse antes de marchar, y no estaba. —Comenzaron a subir la escalera—. ¿Y Pedro?

—Pedro sigue aquí...

Quedó tan satisfecho de que fueran ciertas sus sospechas, que no volvió a acordarse de Julio hasta que no se hallaron ante la puerta de la habitación.

—Oye —comenzó lanzando una ojeada al sórdido pasillo—, me parece que yo no voy a entrar.

—¿Por qué? ¿Por los padres?

—Claro. Tú los conoces, pero yo, ¿qué pinto ahí dentro?

—Lo que yo, más o menos, pero bueno, déjalo, haz lo que quieras.

—Dile que se mejore. ¡De verdad! —Hizo una pausa como acordándose de la pasada discusión—. ¿Y a ti? ¿Cuándo te veo?

—Luego. Depende de lo que pienses hacer...

—Voy a casa de Antonio.

—Entonces, hasta la noche.

Se alejó a toda marcha de aquel inhóspito descansillo que le deprimía, que le llenaba de tristeza como todo lo que a sus ojos respiraba miseria.

Dentro, en la habitación de Julio, vio Daniel a sus padres. Los recordaba de alguna fugaz visita, años atrás. Pedro acababa de marcharse hacía un rato.

—No sé cómo no te lo encontraste. Creo que iba a buscarte.

El padre guardaba un silencio taciturno, hostil, en tanto la madre luchaba con el enfermo para que tomase una taza de caldo. Julio se resistía. Ahora, con Daniel delante, se debía sentir un poco ridículo. A cada negativa, el padre, desde su rincón, lanzaba una mirada de reproche. Por fin cedió, bebiéndolo con repugnancia.

—¿A que ahora estás mucho mejor?

—Sí, mamá; ahora estoy formidable. —Se volvió hacia Daniel, que seguía en silencio la escena—. ¿Me haces un favor?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Recógeme aquellos papeles que hay sobre la mesa, y las fotos. Me las guardas en la cartera que hay sobre la máquina.

Los padres seguían las palabras de los dos, las maniobras de Daniel, como si pretendiera hurtar a su mirada el trabajo del hijo, sus cuartillas. Daniel se dio cuenta y preguntó, señalándolas:

—¿Terminaste por fin el libro?

—Me queda un poco todavía.

—Ahora, si tienes que hacer reposo, en unos días cae.

—No creas que me importa mucho —repuso con desgana—. Lo de Fornell me parece que pasó a la Historia.

—¿Y lo del Boss?

—Eso es lo que interesa.

—¿Quedasteis en algo?

—En que iría a verle en cuanto me ponga bien. Estuvo aquí un rato con Pablo antes de marcharse. Parece que quiere echarme una mano. ¿Sabes que cuando quiere es bastante amable?

La madre seguía con cierto respeto sus palabras. Parecía reflejar en su mirada la esperanza del hijo. Así preguntó:

—¿Quién es ese señor de quien habláis?

—Uno muy importante.

—¿Le conociste aquí estos días?

—Claro, mamá, claro... —asintió sin ganas de explicar más.

—¡Si por lo menos él te sacara adelante!...

Le acarició las manos, doblando hacia dentro los puños de la gastada camisa. El padre fumaba en silencio. Ya estaban los papeles ordenados y Daniel, acercándose, explicó que se iba.

—¿Tan pronto? —preguntó Julio desde el lecho, comprendiendo, sin embargo, sus razones.

—Tengo que buscar a Pedro para cenar.

—¿Ese que preguntaba por usted?... —medió la madre.

Le tendían la mano. Quedaban allí los dos junto a Julio, con su nueva esperanza, con la ilusión de un porvenir más seguro para el hijo, dentro de un mundo que no comprendían, que despreciaban y, sin embargo, era bastante ofrecerles un camino, una leve vía, para hacerles ceder, para hacerles creer que el porvenir estaba claro, que también los dos llevaban en él su parte. Julio no lo entendía así. Prefería una lucha enconada, un duelo que se agriaba cada día. Posiblemente tendría sus razones. No era lo mismo aconsejar al margen que tomarse aquella odiosa taza de caldo.

Salió a la calle que, en la noche del sábado, comenzaba a animarse. Grupos de chicas, paisanos y soldados paseaban a la luz de las tiendas, que ofrecían los primeros modelos de verano traídos de Madrid. Era difícil andar, ni aún por la calzada. Los jóvenes se amontonaban ante las carteleras de los cines que al día siguiente volverían a abrir. Los niños, como siempre, entorpecían el paso, zumbando en torno a las parejas. Por vez primera en la semana se veían nuevos rostros en la ciudad, distintos a los de días atrás, a la gente de campo. Algún pequeño «Seat» se abría paso entre la multitud, y, desde su interior, los ocupantes saludaban, al pasar, a chicas de mirada impasible y alto pelo cardado. Bajaban camino del Hostal, de su salón de té, en tanto la apretada corriente subía hacia la plaza. La calle hervía de gritos, de voces, de rumores; y sobre la ciudad, más allá del río, por encima de conventos, de viejos soportales, de ciegos campanarios, de calles en penumbra, de tímidos anuncios luminosos, la catedral alzaba su torre poderosa, blanca, encendida, como un perenne centinela, dominando el oscuro cielo de la villa.



JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS. (Madrid, 1926 - 1988) Escritor, director de cine y guionista español. Representante de la novela social de mediados del siglo XX, practicó también la ficción histórica. Cursó estudios en la Facultad de Letras de Madrid, que abandonó para seguir sus intereses teatrales (fue director y actor del Teatro Experimental Universitario) y literarios (frecuentó el grupo del Café de Gijón, es decir, el de los jóvenes escritores que en los años cincuenta intentaban introducir la problemática social en la narrativa española).

Sin embargo, las experiencias teatrales se vieron reemplazadas muy pronto por las del cine; Fernández Santos fue el guionista y director de una nutrida serie de documentales sobre la cultura artística y literaria española y, al mismo, tiempo crítico cinematográfico. Su iniciación literaria —publicó tres cuentos en la *Revista española* (1953-1955)— acabó confirmándose como una auténtica vocación gracias a la segura construcción narrativa de la novela *Los bravos* (1954); esta obra, articulada en torno a la participación coral de un pueblo, es emblemática de una visión realista y crítica del ambiente rural español.

Siguieron dos novelas igualmente vinculadas a esta investigación social, *En la hoguera* (1957), que explicaba las amargas vicisitudes de dos jóvenes de la ciudad que se refugian en el ambiente rural, y *Laberintos* (1964), una crítica de las relaciones precarias y egoístas en un grupo de artistas de la pequeña burguesía urbana. También remite a la tendencia realista de las tres novelas el libro de relatos *Cabeza rapada* (1958), por su contenido y por la correspondencia entre las estructuras sociales consideradas y las estructuras lingüísticas. En los años siguientes, los de la difusión

de los narradores latinoamericanos, la narrativa de Fernández Santos se centró en un interés específico por el individuo y, sobre todo, por una búsqueda consciente de técnicas narrativas y de posibilidades expresivas.

Ambas novedades estaban ya presentes en la novela *El hombre de los santos* (1969), articulada en torno a la introspección de un protagonista atormentado por su vida interior, pero no separado del mundo exterior, y se hacen más perentorias en las cuatro obras siguientes: dos libros de cuentos, *Las catedrales* (1970) y *Paraíso encerrado* (1973), en los que debe subrayarse la unidad estructural y de composición, en el primero con la referencia espacial a cuatro catedrales, y en el segundo con la referencia espacial al parque del Buen Retiro, y dos novelas, *Libro de las memorias de las cosas* (1971), galardonada con el Premio Nadal 1970, y cuyo tema, las historias de una comunidad confesional "heterodoxa", y cuya motivación temática es la crisis del sentimiento religioso, representan una nueva preocupación humana de Fernández Santos; y *La que no tiene nombre* (1977), que juega en torno a un contrapunto de voces narradoras y contenidos narrados, punto culminante de una experimentación consciente, atenta a no ceder a veleidades vanguardistas.

La novela *Extramuros*, de 1979, Premio Nacional de Literatura, inauguraba con fortuna la trayectoria cultural de la narración histórica, de la que participan también las novelas *Cabrera* (1981), *Jaque a la dama* (1982), *Los jinetes del alba*, de 1984, y *El Griego* (1985). Estas obras reconstruyen un momento de la historia española, incluso a nivel expresivo (en particular *Extramuros* y *Cabrera*), y en cada circunstancia histórica recuperada se mueven personajes imaginarios (incluso el Greco lo es), y vividos a través de sus estados de ánimo, a fin de alcanzar un realismo intimista que se puede señalar como una constante de la narrativa de Fernández Santos.

La vena del intimismo atraviesa también el cuarto libro de relatos *A orillas de una vieja dama* (1979) y las dos narraciones breves inéditas que integran la antología *Las puertas del Edén* (1981). Los textos periodísticos, las notas de viaje y de crónica aparecen reunidos en *Europa y algo más* (1977) y *Palabras en libertad* (1982).